

LECTULANDIA

**ISAAC ASIMOV
ROBERT BLOCH
HAROLD LAWLOR**
El cinturón de Venus



Lectulandia

La parábola, la intriga y el humor, tan escaso éste en las formas de mayor impacto comercial de la narrativa de ciencia-ficción, son los elementos que dan coherencia a este conjunto de relatos en el que se recogen obras sustanciales de los grandes maestros del género, desde Asimov, Bloch y Lawlor, a figuras menos conocidas en España, pero que constituirán sin duda una revelación para el lector interesado en la aventura de las nuevas fórmulas expresivas. **El cinturón de Venus**, de Harold Lawlor es significativo al respecto. Algunos de estos relatos plantean la posibilidad de una visión crítica y humorística del género, y abren perspectivas renovadoras a unos esquemas sumidos desde hace años en el conservadurismo formal y en la esterilidad imaginativa.

Lectulandia

AA. VV.

El cinturón de Venus

Antologías Ciencia Ficción Caralt - 13

ePub r1.1

Hechadelluvia 20.07.14

Título original: *The Girdle of Venus*

AA. VV., 1977

Traducción: Antonio Prometeo Moya y Pablo Mañé Garzón

Editor digital: Hechadelluvia

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Índice

EL CINTURÓN DE VENUS, *The Girdle of Venus* (1947), de Harold Lawlor.

MADRE, *Mother* (1953), de Philip José Farmer.

ENSAYO AL VIEJO ESTILO, *The Old College Try* (1963), de Robert Bloch.

ESPEJISMO, *The Bald-Headed Mirage* (1960), de Robert Bloch.

EL PEQUEÑO TERROR, *The Little Terror* (1953), de Will F. Jenkins.

EL ROBOT AL-76 SE EXTRAVÍA, *Robot AL-76 Goes Astray* (1942), de Isaac Asimov.

EL MAESTRO QUE VINO DE MARTE, *The Teacher from Mars* (1941), de Eando Binder.

NADA SIRIO, *Nothing Sirius* (1944), de Fredric Brown.

VAGABUNDO DEL TIEMPO, *Wanderer of Time* (1944), de John Russell Fearn.

LA ISLA QUE FALTABA EN LOS MAPAS, *The Uncharted Isle* (1930), de Clark Ashton Smith.

HAROLD LAWLOR

EL CINTURÓN DE VENUS

The Girdle of Venus

La primera vez que Kenny Wilcox oyó hablar a su esposa del increíble Cinturón de Venus, ambos se estaban vistiendo para salir por la noche.

Estaba en pie ante la cómoda, los tirantes sosteniendo los pantalones de noche, los hombros delineados bajo la blanca camiseta, las manos sosteniendo un cepillo militar. Lanzaba maldiciones por lo bajo, pero con profundo sentimiento, mientras intentaba fútilmente suavizar las ondulaciones de su rizado cabello negro.

Baby estaba ante el tocador, ignorando la forma habitual de su boca al tratar de pintarla de manera distinta, obscena y provocativa, delineándola caprichosamente con espesa y roja crema.

—Hoy compré un cinturón —dijo Baby al mismo tiempo que se pasaba el lápiz de labios. De modo que sonó «ho ompré un urón». Llevaban ya tres meses casados, lo bastante para que Kenny supiera traducirlo.

—¿De veras? —dijo él ausente—. ¿Piensas pasar contrabando a Newcastle?

Era una broma, y bastante fina, pensó él, pues contenía implícitamente una alusión a la perfecta silueta de Baby. Sin embargo, a Baby no le sentó bien, pues su ebúrnea frente se frunció suavemente, y sus ojos buscaron el reflejo que le devolvía el espejo del tocador.

—No sé de qué estás hablando —dijo—. El caso es que compré este cinturón a un viejecito que me asaltó en Michigan Boulevard mientras miraba un escaparate. Le di diez dólares por él. ¿No es magnífico?

Por el rabillo del ojo, Kenny captó un relámpago de fuego rojo, verde y blanco. Juró lo que se entiende por un buen y rotundo juramento, y colgó el cepillo militar. No era la clase de cinturón que él creía adecuado para ella. Era un estrecho cinturón adornado con malla dorada, incrustado de brillantes gemas que lo hacían muy pesado.

Lo suficiente para sacarte un ojo de un golpe.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Kenny—. Esas piedras parecen auténticas.

—Bueno, ¡es que lo son! —Baby estaba indignada—. Lo llevé después al Barham

y me dijeron que los diamantes, rubíes y esmeraldas eran auténticos, tal como me había imaginado. No creerás que iba a gastar diez dólares...

—¡Pero fíjate! —dijo Kenny—. ¡Diez dólares! Entonces son peligrosas. Las han robado.

Esta observación sólo consiguió poner a Baby más nerviosa.

—¿Acaso soy un policía? ¿Es que también tenía que haberle preguntado un montón de cosas insidiosas que no son de mi incumbencia? Además, me *dijo* que el cinturón era suyo, y que tenía perfecto derecho a venderlo. ¡Chúpate ésa, mangas verdes!

Cuando Baby llegaba a este estado, lo más recomendable era intentar aplacarle el genio. Baby era hermosa, pero no muy inteligente. Sin embargo Kenny sabía por experiencia que, siguiendo la extraña lógica que ella adoptaba, resultaba más lista de lo que parecía, una auténtica maravilla, a su manera.

Así, teniendo esto en cuenta, Kenny procuró ser muy, muy amable.

—Escucha, Baby —dijo—. ¿Por qué ese viejo iba a venderte por diez dólares lo que valdría una pequeña fortuna?

Baby resopló.

—Él me explicó todo eso. Me dijo que diez dólares era sólo un... un pago simbólico. Dijo que realmente lo estaba vendiendo con espíritu de malicia. Y dijo que apaciguaría su mente vendiéndoselo a la primera mujer hermosa que apareciera por la avenida. Y obviamente, fui yo.

Satisfecha de su explicación, Baby cogió un vestido de noche negro y se lo pasó por su brillante y rubia cabeza.

—¿Espíritu de malicia? —dijo Kenny pensativamente—. ¿Qué crees que quiso decir con eso?

Por desgracia, iba a descubrirlo demasiado pronto. Aunque no exactamente entonces. Y no por Baby, ni por el anciano, de quien nunca más se supo.

—No lo sé —Baby se encogió de hombros—. Pero eso es lo que dijo. Ah, y también que era el Cinturón de Venus.

La frase sonó melodiosa en la mente de Kenny, conjurando románticas imágenes.

—El Cinturón de Venus —repitió suavemente.

—¡Ajá! Ya sabes, Venus, donde hay góndolas.

—¡No, no, no, por el amor de Dios! ¡Eso es Venecia^[1]! —exclamó Kenny con desesperación, emergiendo de sus ensoñaciones—. Venus era la diosa del Amor.

Aquello impresionó a Baby, aunque no mucho.

—¡Oh! Bueno, lo que sea. Él caso es que ahora yo tengo su cinturón.

Se colocó el enojado cinturón en torno a su estrecha cintura y corrió a contemplar con admiración el efecto que hacía ante el espejo.

Y fue justo entonces cuando ocurrió lo más incomprensible.

Pero antes de proceder con el relato del Cinturón de Venus, es necesario que lancemos una mirada retrospectiva sobre Baby.

Cuando la señora de Oren P. Nicolson se divorció del señor Oren P. Nicolson, percibió para sobrevivir cien mil dólares de la fortuna de medio millón que poseía su marido. Poco después, y más bien a la ligera, el señor Oren P. Nicolson se casó con la señorita Baby Czwatka, la chica menudita y muy rubia que despachaba tabaco en el vestíbulo del Edificio Nicolson.

Baby se hizo cargo del resto.

Todo el mundo quería a Baby, y todos le desearon suerte en su romance, con la posible excepción, claro, de la primera señora de Oren P. Nicolson. Pero hasta las fregonas del Edificio Nicolson le mostraron su afecto y buena voluntad. Una delegación de las mismas, encabezada por una tal señora Tillie Kopek, sonriendo de oreja a oreja, obsequió a Baby con un ramillete de flores la víspera de su boda. Baby estaba bastante emocionada. Incluso derramó unas cuantas lágrimas. Y prometió afectuosamente a la señora Tillie Kopek que nunca, nunca la olvidaría.

Y así se casaron. El matrimonio duró siete meses... agitados meses aquéllos, cuyos días y noches se sucedían con casi turbulenta actividad. A veces, el señor Oren P. Nicolson se preguntaba cómo podían aguantarlo sus arterias.

Hasta que, por fin, no aguantaron más.

La mañana del catorce de agosto, al despertarse, Baby se encontró al señor Oren P. Nicolson muerto por fallo cardíaco sobre su cama de madera pulimentada, pareja con la suya propia.

Fue todo muy trágico.

Baby, que había cobrado afecto al hombrecito, se sintió desconsolada. Aunque no inconsolable. A fin de cuentas, reflexionó, la viudez podía haber sido peor. Ella era joven. De luto estaba para comérsela. Además era propietaria de un cuarto de millón de dólares, un abrigo de visón, un «Lincoln Continental», y deslumbrantes joyas.

Todo eso, menos los veintisiete dólares con cincuenta que se había gastado en procurar una placa al monumento de Oren P. Nicolson en el cementerio de Evergreen.

Pero es que era así de generosa.

—Así soy yo —confiaba Baby a Kenny Wilcox un año después—. Soy la clase de persona que daría a otra su última camisa. Dame cien dólares y no seré feliz hasta que no haya encontrado a quién dárselos.

—Bueno, en ese caso —sugirió Kenny, una repentina idea—, dame cien dólares.

—¡Por aquí! —exclamó bruscamente Baby, furiosa. Entonces vio el destello de malicia en los soñadores ojos azules de él, y dijo—: ¡Oh, tú y tus eternas tomaduras de pelo!

Por entonces estaba enamorada de él. Era tan guapo, alto y moreno, sus mejillas un poco hundidas, la expresión indolente de sus ojos azules mantenían en lo más

profundo un destello divertido ante el boato efímero. Y ella pensó que era muy inteligente, casi hasta dar asco.

—Porque ¡fíjate! —señaló ella, a modo de prueba—. Eres *periodista* en un *periódico*.

Ante tal muestra de sagacidad, por parte de la chica, Kenny ni se atrevió a replicar. Sólo podía asentir tolerante, modestamente.

Él era periodista de salón de un periódico matutino, y su trabajo se desarrollaba por la noche, en los clubs. Por cierto, había conocido a Baby en una de sus rondas, en el bar Bami-Bami. Y le pareció una chica muy divertida. Desde entonces le acompañaba siempre. Todo era gratis y, además, los lugares que él visitaba estaban, según frase de Baby, emporcados de mujeres guapas. Uno se tropezaba con ellas por todas partes. Obviamente, él necesitaba una mano que lo contuviera, y hasta con Baby a su lado...

—¡La leche! —diría Kenny con pasión, echando el ojo a una *danseuse* de cabaret de cabello anaranjado, generosamente ataviada con tres pedazos de seda estratégicamente situados y media docena de diamantes de bisutería—. Escucha eso, ¿quieres?

Baby escucharía y comenzaría a pinchar.

—Su silueta no es ni pizca mejor que la mía —diría ella a la defensiva—. Lo que pasa es que ves más de lo que hay.

Kenny se apresuraba a admitir la justicia de la observación.

—Cierto —acordaría él, y Baby volvería a respirar otra vez.

Así las cosas, quizá no extrañe a nadie que fuera Baby la primera en pensar que el matrimonio podía ser una buena idea. Y sin avisar, una noche, en el Golden Pumpkin, se lo propuso a Kenny, al que cogió con la guardia baja, y que, al escucharla, se quedó con la boca abierta.

—Ya sé —asintió ella, advirtiendo su asombro—. Sin duda piensas que estoy loca, al querer casarme contigo...

Pues no. Él no se hubiera atrevido a afirmar tal cosa.

—... teniendo yo tanto dinero y todo lo demás —prosiguió Baby, sin escucharle—. Pero, a fin de cuentas, el dinero no lo es todo. Y de cualquier modo, todo quedará a mi nombre.

—Oh —dijo muy débilmente.

—¿Así que lo comprendes? —dijo Baby—. Entonces todo está arreglado.

—Pero —atajó él, con tanta delicadeza como le fue posible—, yo no estoy enamorado de ti.

—¡Lo estarás! —exclamó Baby, y él pensó que su confianza era realmente espeluznante.

—Pero yo no *quiero* casarme —dijo esta vez en tono hostil.

—¿Y qué importa? —Baby alzó un dedo admonitorio—. Yo sé lo que te conviene.

Naturalmente, él no tenía la menor intención de casarse con la chica. Por supuesto que no, ¡por todos los dioses! Tan seguro estaba de su decisión que sin duda no sabría explicar a nadie cómo pudo ser posible que tres semanas más tarde se casara. Dios sabe que ha intentado racionalizar su demencia desde entonces. Quizá el parloteo de Baby lo llevó hasta un estado semicomatoso, dejándole indefenso. Realmente no lo sabe. Queda a la estimación personal de cada uno.

Esto nos conduce a la noche en que Baby se puso el Cinturón de Venus y en la que ocurrió lo más incomprensible.

Pues una extraña metamorfosis tomó cuerpo en Kenny. Descubrió, repentinamente, que no quería salir. No quería ir a trabajar. No quería hacer nada sino quedarse en casa y hacer el amor con Baby.

Sin duda se había vuelto loco. Idiotas como eran sus corazonadas, aún le quedaba el suficiente sentido común como para darse cuenta de lo excéntrica que era su conducta. No la había amado cuando se casó con ella, y en tres meses, que él supiera, no habían cambiado sus sentimientos.

Pero ahora... ahora la miraba con ojos de carnero degollado, mientras el corazón se le ablandaba. Nunca se le había aparecido tan hermosa, tan deseable. En torno a ella se derramaba un aura que irradiaba la cualidad de la luz. A la mierda con el trabajo. Comenzaría por trabajarla a ella, con los brazos extendidos, y los ojos brillantes como los de un lobo.

Baby necesitó un momento para reaccionar.

—¡Por Dios! —exclamó, casi estrangulada por el abrazo y los besos de él—. ¿Qué mosca te ha picado?

Ella no estaba exactamente sorprendida. Pero él nunca se había comportado así antes. En ocasiones anteriores, ella era siempre la primera en meter mano y sus afectuosos abrazos le eran invariablemente devueltos por él con lo que ella pensaba todo el ardor de un bacalao muerto.

Su confusión actual, en tal caso, era perdonable.

—¿Qué te pasa? —dijo ella.

—No lo sé —respondió él acremente, como farfullando para sí mismo—. Lo único que sé es que te amo. No salgamos. Quedémonos y...

—No seas enfermizo —avisó Baby, ruborizándose un poco. Se acercó a él. Aquello era tan gratificante como misterioso. Tenía que tener tiempo para pensar—. Claro que vamos a salir.

Él estaba prácticamente en manos de ella, lo cual era, en verdad, una situación nueva.

—Muy bien —dijo él—. Saldremos. Haremos lo que quieras.

Y le sonrió alegremente.

Ante tal canina devoción, su asombro no hizo sino aumentar. Kenny jamás había sido así. No sabía qué hacer con la sumisión. Pero se puso sobre los hombros el abrigo de visón, y los dos salieron del apartamento.

Eso y meterse en líos fue todo uno.

El mozo del ascensor, vestido con una chaqueta raída y unos pantalones de un color muy chillón, no alzó la mirada del tebeo que leía cuando ambos entraron. Mecánicamente, condujo el ascensor hacia abajo; pero al llegar a la planta baja, alzó la mirada, quizá por costumbre, esperando una propina.

Entonces fue cuando se fijó en Baby. Parpadeó una vez, dos veces. Su boca se abrió y se cerró como la de un pez fuera del agua. Y una expresión de lo más beatífica se extendió lentamente sobre su pecoso rostro.

Al parecer, Baby no se percató de la existencia del joven. Pero Kenny sí, y se sintió molesto. Mientras abandonaban el ascensor y caminaban por el vestíbulo, desierto a tan temprana hora, el mozo les siguió un corto trecho con los ojos hipnotizados y fijos en Baby.

Kenny se dio cuenta de este acecho silencioso. Normalmente era el más amable de los hombres, pero su reciente comportamiento arriba, en el apartamento, le había dejado algo trastornado. Como no podía evitar sus reacciones anteriores, se posesionó, en cambio, del poder de interrogarlas. No le gustó el sentimiento que había experimentado no hacía mucho y que, por alguna extraña razón, se había enseñoreado de sus emociones.

Así, con los nervios ya excitados, comprobó que la conducta del mozo del ascensor no había servido sino para acercarle más al borde del precipicio.

—Tranquilo, muchacho —avisó por encima del hombro, intentando controlar el deje irritado de su voz.

—Pero si no hago nada —respondió el otro—. Me limito a mirarla. No puedo evitarlo. Está tan... tan...

Evidentemente, la deleitable contemplación de Baby era lo que impedía completar la descripción.

Baby, dándose cuenta por fin de la curiosa conducta del mozo, miró intrigada a Kenny.

—Pero ¿qué...?

Kenny se encogió de hombros. Su posesivo apretón en el codo de Baby la hizo apresurarse.

—¡Largo! —exclamó Kenny por encima del hombro.

Pero el mozo no le hizo caso. Tampoco las siguientes advertencias hicieron decrecer su admiración.

Kenny, por último, se vio obligado a pararse. Se volvió. Extendió la mano y la

plantó sobre la cara del muchacho, empujándole al mismo tiempo. El chico cayó al suelo sobre sus pantalones chillones, y un sonido de amenaza cruzó el aire.

Pero no había resentimiento en el rostro del joven por haber recibido aquel trato. Por el contrario seguía mirando a Baby con expresión fascinada, casi con ojos de carnero degollado.

Kenny, murmurando con ira, empujó a Baby hacia la puerta giratoria. Aunque los problemas no habían hecho más que comenzar.

Se puso delante de Baby e hizo una seña al portero para que parase un taxi. Cuando éste se detuvo junto al bordillo, Kenny se hizo a un lado y ayudó a Baby a entrar.

Los ojos del portero cayeron sobre ella por vez primera, la enfocaron y se agrandaron. Les siguió a lo largo de la acera, pegado a los talones de Kenny. Incluso intentó meterse en el coche con ellos.

Kenny se detuvo. Su puño derecho le golpeó con furia en el costado.

—Pero ¿no hay más que locos en esta casa? —murmuró.

Kenny no se molestó en argumentar. De nuevo extendió la mano, dando el empujón de rigor. Y el portero, sin resentimiento, se quedó allí, sentado en la acera, rodeado de pedazos de mica, no más brillantes, sin embargo, que la mirada que mantenía fija sobre Baby.

Kenny sacudió la cabeza y se dispuso a entrar en el taxi para reunirse con Baby. Lo hizo a tiempo de descubrir al taxista bajando el vidrio de separación y saltando al asiento trasero.

Por entonces, Kenny ya estaba empezando a darse cuenta de que algo no iba del todo bien.

—¡Por todos los diablos! —exclamó irritado—. ¿Qué narcótico te has puesto? —Y al taxista—. ¡Vuelva junto al volante, antes de que le rompa los dientes!

Baby se rió ahogadamente. El taxista hizo caso omiso del empujón que, por cierto, no fue suave, y de repente el renacuajo y gordito conductor se encontró clavado sobre la separación. Pero no parecía importarle. No podía dejar de mirar a Baby.

—Por favor —dijo Baby suavemente—, vuelva tras el volante. Queremos ir al Club Carioca.

—Por usted, señorita —susurró el taxista—, haría cualquier cosa.

Y obedeció, sonriendo con cara de bobo. E incluso mientras conducía, Kenny advirtió que no dejaba de mirar a Baby por el espejo retrovisor.

Había una peculiar expresión en el rostro de Baby. Una mezcla de desconcierto, iluminación, esperanza, y autosatisfacción. En verdad era un estudio de emociones.

—No entiendo nada —dijo Kenny.

La rubia cabeza de Baby asentía.

—Creo que sé dónde está la causa.

—Bueno, ¿qué es lo que hace que todo sea tan extraño?

—El Cinturón de Venus —susurró Baby.

—¿El Cinturón de Venus?

—¡Ajá! Creo que me convierte en una mujer irresistible. —La miró como si se hubiera vuelto como una cabra y entonces ella añadió—: ¡Oh, Kenny, piensa en ello! Debo estar muy cerca de la diosa del Amor.

—Quizá seas una góndola —soltó Kenny. Era cierto que aquella noche ejercía alguna extraña influencia sobre los hombres, pero su localización del poder era completamente fantástica. La abrazó y la estrechó contra sí—. No digas sandeces.

El caso es que, tal como siguió la cosa, Baby demostró estar muy sana...

Todavía hablan de aquella noche en el Club Carioca.

El negocio se fue al traste.

Nada más entrar Baby, un hombre le echó una mirada frívola, que pronto se quedó fija. Otros, advirtiendo la dirección del mesmérico ensimismamiento y la expresión más bien de imbécil que había en su cara, se volvieron para mirar también.

Sus miradas también se quedaron fijas en ella.

La autoseguridad de Baby, mientras se dirigía con Kenny a una mesa bien delante, era sorprendente. Apenas se instaló en la mesa elegida por ella (el *maître* estaba demasiado atareado para atenderles, como suele ocurrir con todos los *maîtres*) cuando todos los hombres del lugar dejaron sus sillas para formar una especie de círculo encantado en torno a ella.

No avanzaron. No hicieron nada ofensivo, Únicamente permanecían quietos, mirándola como se mira a un ídolo de oro.

Esto fue suficiente para Kenny, que sintió un repentino escalofrío.

Todas las mujeres que habían quedado abandonadas miraban a Baby con ojos como puñales. Y muchos silbidos de protesta se adivinaban detrás de las manos alzadas. Una mujer, más decidida que el resto, se levantó, se acercó a su compañero y le cogió de una oreja, pero él se limitó a encogerse de hombros.

Los músicos hacía rato que habían abandonado sus instrumentos para ir a engrosar el corro. La cohorte de adoradores aumentó el nerviosismo de Kenny. No es que nadie le estuviera mirando a él, pero el hecho de brillar a costa de la gloria ajena le hacía sentirse molesto.

—Diles que se vayan —pidió a Baby.

—¡De acuerdo! —dijo Baby, aunque su satisfacción era obvia—. En realidad, la situación es bastante embarazosa. —Movié la mano con actitud de reina—. Caballeros, pueden marcharse ya.

Los caballeros obedecieron y se alejaron, aunque con cierta resistencia localizada en las persistentes miradas que lanzaban al marcharse reculando.

—¿Ves? —dijo Baby, no pudiendo reprimir una risa tonta de excitación. Aquello era lo que todas las mujeres soñaban: convertirse en irresistibles para todos los hombres. Era suficiente para desquiciar una cabeza más sabia que la de Baby.

Kenny comenzó a bramar. ¡Santo Dios! ¿Qué había ocurrido ante sus propias barbas? ¿Qué extraño poder había adquirido Baby sobre los hombres? Entonces, mirando de reojo, localizó a un hombre que no había obedecido la petición de Baby. Un hombrecillo, estrecho de pecho y barrigón, en forma de quemador de incienso.

El personajillo se acercó a la mesa y, sin ser invitado, se sentó junto a ellos.

—¡Jamás vi cosa igual! —dijo a Kenny, sin dejar de mirar a Baby—. ¡Qué atractivo erótico! Es como Dorothy Lamour, sólo que más... más así. No puedo resistirme a ella.

—¿Y quién es usted? —preguntó fríamente Kenny.

Aquello pareció herir los sentimientos del hombrecillo. Se levantó, no muy raudamente, y dijo con *empresement*:

—Soy Serge Ratkov, presidente de los estudios de la Twentieth Century Ratkov, Hollywood, Estados Unidos.

—Perfecto, ya puede largarse —dijo Kenny fastidiado—. ¡Señor, qué noche!

El señor Ratkov se quedó mirando a Baby.

—¿Bromea? —dijo señalando a Kenny.

—Claro que sí —Baby miró a Kenny. ¿Quién podía ser tan violento con un magnate del cine?—. ¿Qué puedo hacer por usted, querido señor Ratkov?

El señor Ratkov puso el índice sobre la mesa.

—Quiero que firme un contrato para actuar en el cine.

Sonrió alegremente. Era evidente que esperaba que Baby se desmayara. Y quizá debiera haberlo hecho (¿qué mujer puede resistirse a la tentación de Hollywood?) de no haber soltado Kenny un puñetazo sobre la mesa. Aquello era demasiado.

—¡Ella no quiere firmar ningún contrato! ¡No quiere ir a Hollywood! —gritó—. ¡Está casada conmigo! Y se va a quedar aquí, ¿entiende?

El señor Ratkov lo ignoró y se dedicó a Baby.

—¡Vamos! ¿Va a quedarse aquí cuando podría encontrarse en cualquier parte con Errol Flynn y Tyrone Power?

—Oh, Kenny —dijo Baby—. ¡Errol Flynn y Tyrone Power! ¡Piénsalo!

Kenny, enormemente deprimido, lo pensó.

El señor Ratkov estaba dejando su tarjeta en la mano de Baby.

—En mi oficina. A las diez en punto, mañana por la mañana —dijo—. ¡Firmaremos nuestro contrato!

Parecía que ya nada más tenían que hacer allí, salvo marcharse. Cualquier otra cosa habría sido anticlimática. Así, pues, se dirigieron hacia la salida, aunque todos los hombres del lugar pretendieron seguirles.

Baby tuvo que volverse en la puerta y decirles que permanecieran en el interior. Obedecieron, aunque su resistencia era visible.

Después de llegar a casa se entabló una pequeña batalla entre los dos. Ni que decir tiene que hubo otros altercados menores por el camino, cuando otro taxista, el portero, el mozo del ascensor y varios caballeros desconocidos del vestíbulo intentaron seguirles hasta el apartamento.

Kenny cogió al último de ellos en el pasillo, justo frente a su puerta, y lo aplanó contra la pared. Cuando pudo cerrar la puerta a sus espaldas, quedándose solo con Baby, boqueaba pesadamente.

No derrochó tiempo en diplomacias. Dijo llanamente:

—¡Ya estás quitándote ese jodido Cinturón de Venus!

—Pues a mí no me da la gana.

—Pero ¿no te das cuenta? —dijo Kenny desesperadamente—. Es la causa de todo este lío. Puede ser, mejor dicho. Nunca, hasta hoy, has causado tanta conmoción entre los hombres.

—Mira, yo no llamaría lío a un contrato cinematográfico.

—Pero tú no vas a firmar ese contrato, ¿verdad que no?

—Por supuesto que sí. ¿Quién dice que no?

Kenny paseó por el piso.

—Pues yo no voy a Hollywood. Mi trabajo está aquí. ¿Qué iba a hacer yo allí?

—Pero, Kenny, querido. Seguramente ganaré una fortuna. No necesitarás hacer nada.

Detuvo su paseo irritado y se la quedó mirando.

—¿Acaso es eso lo que piensas de mí? ¿Que me voy a contentar con ser sólo el marido de una estrella de cine? ¡Pues no! ¡Ya te estás quitando esa sucia idea de la cabeza!

—Tú eres el único que se está comportando sucia e irrazonablemente, y ya estoy cansada de discutir sobre el asunto. —Se levantó y se dirigió al dormitorio—. Ya no te haré más caso.

Pero cuando desaparecía, había una pensativa expresión en su rostro. Una vez que ella cerró la puerta a sus espaldas, Kenny se dejó caer en una silla y escondió la cabeza entre las manos. ¡Si pudiera al menos hacerla comprender! Si ella se iba a Hollywood, todo terminaría entre ellos. Habían sido felices aquellos últimos meses. Sí, él lo había sido. Más aún: él... él *amaba* a Baby.

—¡Dios mío! —dijo en voz alta, con temor, cuando esta consideración se le hizo patente.

Pero era cierto. La amaba.

Cuando salió del dormitorio, se había puesto una bata. Kenny se sentía muy desgraciado, demasiado agobiado por el reciente descubrimiento de que realmente la

amaba como para darse cuenta del brillo extraño que había en los ojos de ella. Si lo hubiera visto, se habría entristecido más. Se habría preguntado para qué se había levantado ahora.

Fue ella la que cogió el hilo de la conversación, reanudándola donde la habían dejado.

—No veo por qué tienes que preocuparte por lo que yo hago —dijo ella. Él se sentía excesivamente preocupado como para advertir la oculta expresión que ella adoptaba—. Deberías alegrarte de deshacerte de mí. Nunca me amaste. Al principio, no querías casarte. Prácticamente, te forcé a ello. De modo que si firmo el contrato, tú serás libre.

Ella quería reconciliarse. Se notaba.

De modo que él dijo:

—De acuerdo. Pero recuerda esto. Ahora te quiero. Y siempre te querré.

Ella permaneció inmóvil, mirándole con la boca abierta. Evidentemente, no podía pronunciar palabra. Lo único que hizo fue volverse y caminar hacia el dormitorio.

Kenny suspiró y la siguió desapasionadamente.

Todo giraba en torno a ese Cinturón de Venus. Si ella no se lo pusiera por la mañana, Serge Ratkov se preguntaría qué había visto en ella la noche anterior. Ella sería incapaz de secundar la sensación ya creada. Serge creería que la reacción de los hombres del Carioca la pasada noche no había sido más que una broma.

¡Si Baby no tuviera el cinturón!

Kenny se incorporó en la cama, para reflexionar mejor en ello. No era hora para deshacerse de él. Esperaría a la mañana. Siempre se levantaba antes que Baby. Cogería el Cinturón de Venus y lo vendería al precio que fuera.

En cierto modo, pensó lleno de remordimientos, sería una sucia maniobra. Pero todo era lícito en el amor y la guerra. La pérdida del cinturón podría matarla. Hasta podría llegar a odiarle. Pero él la apaciguaría. Derramaría tanto amor sobre ella, que no podría resistirse.

Sonrió en la oscuridad y sintió que se le quitaba un peso de encima. Por fin se sumió en un sueño profundo y sin pesadillas.

Pero por la mañana, cuando se despertó, Baby se había marchado ya.

Al principio no podía creerlo. Realmente no lo creyó hasta que, al abrir el joyero de ella, comprobó que también el Cinturón de Venus había desaparecido.

Era demasiado tarde.

Lo que más le hería era que ni siquiera hubiera dejado una nota. Se había ido sin decirle adiós. Como si nunca le hubiera amado. No la insultó. Era culpa suya. El amor no podía vivir del aire. Su indiferencia durante los pasados meses podía haber matado cualquier amor que ella sintiese por él.

Se maldijo a sí mismo abyectamente y paseó de un lado a otro de la habitación

como un alma en pena. Nunca pensó que la ausencia de Baby pudiera representar tal diferencia. Nunca había pensado que pudiera preocuparse por ella tanto, y que la vida le pareciera ahora tan vacía.

Cuando llegó la tarde, todavía estaba sentado frente al fuego moribundo. Entonces oyó un ruido a su espalda.

Baby.

Al principio creyó que era una materialización de sus evocaciones. Pero era muy real.

Se puso en pie como un rayo, sin creerlo.

—¡Baby! ¡Has vuelto!

Estaba ya entre sus brazos, vertiendo una lluvia de besos sobre ella.

Y ella le susurraba palabras entrecortadas, ahogada por las lágrimas.

—¡Es verdad! ¡Me amas! Y por mí misma y no por llevar el Cinturón de Venus. Lo descubrí anoche. Cuando me dijiste que me amabas, *yo no llevaba puesto el ceñidor*. ¡Me lo había dejado en el dormitorio!

—Y... ¿dónde está ahora?

—¿Importa algo?

—No.

Kenny la abrazó con más fuerza.

—¿Y el contrato?

—Oh, ¿a quién le interesa Hollywood? —Una luz soñadora apareció en la mirada de Baby—. Después de todo, el dinero no lo es todo, como siempre he dicho. Y de cualquier manera —arrugó la frente—, ese Ratkov tuvo la osadía de ofrecerme sólo cien dólares a la semana para empezar.

Baby rehusó llanamente decir a Kenny lo que había hecho con el Cinturón de Venus. Y quizás él nunca lo hubiera descubierto. Pero una noche llegó a casa muy tarde. Había hecho cola durante varias horas para ver a la increíblemente sensacional Gloria Gayle en la increíblemente sensacional película *Corazones despedazados*.

Se había tragado la película tres veces, con el resto de la audiencia masculina, incapaz de abandonar la sala. Había abandonado el cine, ya de noche, cuando éste se cerró.

Se lo confesó todo a Baby. Y ahora, mientras él se sentaba al borde de la cama, con aire soñador y absorto, y se quitaba los calcetines, dijo suspirando:

—¡La Gloria Gayle! ¡Es bestial! Deberías verla. Todo el mundo estaba hipnotizado.

Miró a Baby, sentada sobre un almohadón, con la barbilla apoyada en una mano, y una maliciosa sonrisa en los ojos.

—¿Sonríes? —dijo él—. ¡Que te digo que la tía es bestial! Me pregunto de dónde la habrán sacado.

Baby se echó a reír.

—Kenny, querido...

—¿Sí?

—¿Todavía me amas a *mí*?

La ausencia abandonó sus ojos y volvió a mirar a Baby como siempre... a Baby, que lo había sacrificado todo por él.

—¡Claro que sí! ¡No digas sandeces! —Con tan romántica declaración, le echó la zarpa y de forma inimitable le demostró que estaba satisfecho de ella.

Vaya que sí.

Cuando la dejó respirar nuevamente, ella dijo tranquilamente:

—Entonces te diré quién es Gloria Gayle. Su verdadero nombre es Tillie Kopek. Y se dice que fue la mujer de la limpieza en el Edificio Nicolson. Pero, claro —añadió maliciosamente—, esto puede ser una artimaña de una mujer celosa.

PHILIP JOSÉ FARMER

MADRE

Mother

—Mira, madre. El reloj va al revés.

Eddie Fetts señaló las manecillas del reloj de la sala de mando, siempre ajustado a la Hora Oficial del Centro, sin duda porque la mayor parte de la expedición creía que les recordaría su estado de origen, Illinois, siempre que lo mirasen. Cuando se viaja por el espacio, una hora es tan buena como cualquier otra.

—El golpe debe haberlo alterado —dijo la doctora Paula Fetts.

—¿Cómo ha podido ser?

—No podría decírtelo. No lo sé todo, hijo.

—¡Oh!

—Bueno, no me mires con esa cara de decepción. Soy patólogo, no ingeniero electrónico.

—No te enfades, madre. No puedo soportarlo. No ahora.

Salió de la cabina. Y ella le siguió angustiada. Haber enterrado a la tripulación y a sus compañeros científicos había sido una prueba para él. La sangre siempre le había hecho sentirse enfermo y mareado; apenas pudo controlar sus manos lo suficiente como para ayudarla a recoger los huesos y las entrañas desperdigados. Él había querido echar los cadáveres al horno nuclear, pero ella se lo había prohibido. Los contadores «Geiger» de la nave estaban repiqueteando estrepitosamente, anunciando que en la popa había una muerte invisible.

El meteorito que había alcanzado la nave en el momento en que ésta salía de la Translación al espacio normal, probablemente había destruido la sala de máquinas. O al menos eso era lo que ella había logrado entender de las incoherentes frases de un colega, antes de que éste huyera a la cabina de mando. Ella había corrido en busca de Eddie. Temía que la puerta de su camarote estuviera todavía cerrada, pues había estado grabando una cinta con el aria *Inmóvil pende el albatros* de *El anciano marinero*, de Gianelli.

Por fortuna, el sistema de emergencia había desconectado todos los circuitos de cierre. Al entrar, le había llamado, temiendo que estuviera herido. Se encontraba

medio inconsciente en el suelo, pero su desmayo no se debía al accidente. La causa era un objeto, tirado en un rincón, al habersele caído de las manos: un termo con tapón de goma. De la entreabierta boca de Eddie surgía un olor a whisky de centeno, que ni siquiera las pastillas habían sido capaces de ocultar.

Secamente, ella le había ordenado levantarse y meterse en la cama. Su voz, la primera que oía, logró atravesar la falange de la Vieja Estrella Roja. Se tambaleó, poniéndose en pie, y aunque ella era más pequeña, logró, por su peso, meterlo en cama.

Se había recostado junto a él, protegiéndose mutuamente. Sabía que el viejo bote salvavidas también había sido destruido y que lo único que podía hacer el capitán era tratar de descender la nave hasta la superficie del planeta Baudelaire, cartografiado aunque no explorado. Los demás habían ido a sentarse tras el capitán, incapaces de ayudarlo más que con su silencioso apoyo.

El apoyo moral no había bastado. La nave había descendido en un ángulo poco oblicuo y, sin embargo, demasiado rápidamente. Los motores afectados no pudieron aguantarla. La proa había sufrido el golpe más duro, y también los que se encontraban en ella.

La doctora Fetts había mantenido la cabeza de su hijo apretada contra su regazo, mientras rezaba en voz alta a su dios y Eddie roncaba y murmuraba entre dientes. Luego se oyó un ruido similar al que se produce cuando se cierran las puertas del infierno: un tremendo *gong*, como si la nave fuera el badajo de una gigantesca campana tañendo el mensaje más horrible que el oído humano pudiera concebir. Después... un estallido de luz cegadora... la oscuridad y el silencio.

Momentos más tarde, Eddie comenzó a gritar con voz infantil:

—¡No me dejes morir, madre! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

La madre estaba inconsciente junto a él, pero él no lo sabía. Lloró durante un rato, y luego se hundió de nuevo en su estupor producido por el whisky —si es que alguna vez había salido de él— y se durmió. Nuevamente la oscuridad y el silencio.

Era el segundo día después del accidente, si es que la palabra día puede describir el perpetuo crepúsculo de Baudelaire. La doctora Fetts seguía a su hijo a todas partes. Sabía que era muy sensible y que se sobresaltaba fácilmente. Toda su vida lo había sabido y había tratado de ubicarse entre él y cualquier cosa que pudiera hacerle daño. Lo había conseguido, pensaba, bastante bien, hasta hacía tres meses, cuando Eddie se fugara de casa.

La chica se llamaba Polina Fameux, la actriz de piernas larguiruchas y pelo rubio, cuya imagen tridimensional, grabada, había sido enviada a todas las estrellas en las que se admiraba un poco el talento histriónico y unos pechos bien desarrollados. Como Eddie era un celebrado barítono de la metrópoli, el matrimonio había provocado tal ruido que todavía el eco sacudía la Galaxia civilizada.

A la doctora Fetts le había sentado muy mal esta fuga, pero había sabido ocultar su dolor bajo una máscara de sonrisas. No le dolía el tener que separarse de él; a fin de cuentas ya era todo un hombre y no un crío, aunque, aparte de las temporadas del Metropolitan y de sus giras, nunca se había separado de él desde los ocho años de edad.

Eso había ocurrido durante la luna de miel con su segundo marido. Y aun entonces la separación no había durado mucho porque Eddie se había puesto muy enfermo y ella había tenido que volver para cuidarle, pues el niño insistía en que ella era la única que podía sanarlo de veras. Además, no se podía decir que todos los días de ópera fueran días de separación total, pues cada noche la llamaba por el video y mantenían una larga conversación, sin importar el coste de tales comunicaciones.

La expectación causada por el matrimonio de su hijo se vio aumentada una semana más tarde. Se trataba de la noticia referente a la separación del matrimonio. Dos semanas después, Polina solicitaba el divorcio alegando incompatibilidad de caracteres. Los documentos le fueron entregados a Eddie en el apartamento de su madre. Ella estaba de regreso el día en que él y Polina habían decidido que «no se aguantaban». O, según le declaró a su madre, que «no podían continuar juntos».

La doctora Fetts sentía, obviamente, mucha curiosidad por conocer las razones de la separación, pero, como ella misma explicaba a sus amigos, «respetaba el secreto», diciéndole además que ya llegaría la hora en que él se lo confiara todo. La «depresión nerviosa» de Eddie se produjo poco después. Estaba muy irascible, voluble y deprimido, y aún empeoró más el día en que un mal amigo le dijo que cada vez que Polina oía su nombre se reía a carcajadas. El amigo añadió que la tal Polina había prometido contar algún día la historia de su breve unión.

Aquella noche, su madre tuvo que llamar a un médico.

En los días que siguieron, pensó abandonar su puesto como patólogo investigador en De Kruif para dedicar todo el tiempo a su hijo y lograr que volviera de nuevo a ser como antes. Que no se hubiera decidido al cabo de una semana, era ya signo de la lucha que se producía en su interior. Acostumbrada a una rápida consideración y solución de un problema, no podía aceptar la investigación sobre la regeneración de los tejidos.

Justamente, en el momento en que estaba a punto de decidirlo a cara o cruz, algo que para ella era increíble y vergonzoso, fue llamada por su superior. Éste le comunicó que había sido elegida para ir con un grupo de biólogos en un viaje de investigación a diez sistemas planetarios seleccionados de antemano.

Encantada, había tirado los papeles con los que habría podido meter a su hijo en una clínica. Y, puesto que era bastante conocida, había utilizado su influencia y buen nombre para conseguir que el gobierno permitiera a su hijo que la acompañara. Aparentemente, iba a realizar una investigación sobre el desarrollo de la ópera en los

planetas colonizados por los terrícolas. Que el yate no visitara ningún planeta colonizado no parecía preocupar mucho al departamento. Pero no era la primera vez en la historia del gobierno que su mano derecha ignoraba lo que hacía la izquierda.

En realidad, iba a ser «reconstruido» por la madre, que consideraba que su terapia era superior a las vigentes: A, F, J, R, S, K, H. Era verdad que algunos de sus amigos contaban maravillas de algunas de esas técnicas denominadas con símbolos, pero, por otra parte, sabía de dos amigos íntimos que las habían probado todas, sin conseguir el menor resultado de ninguna.

A fin de cuentas, decidió, ella era su madre y- podía hacer más que nadie; él era carne de su carne, sangre de su sangre. Aparte, no estaba tan enfermo. Lo único que ocurría era que en ciertas ocasiones se sentía tremendamente deprimido, y hacía escenas inverosímiles arguyendo su deseo suicida, o bien se sentaba para contemplar el espacio. No obstante, ella sabía cómo manejarlo.

Por ello le seguía ahora desde el lugar del reloj que iba al revés hasta su cuarto. Y vio cómo entraba, miraba y se volvía a ella con el rostro contraído.

—Neddie está destrozado, madre. Completamente destrozado.

Ella miró el piano. Se había salido de los soportes de la pared a causa del choque, destrozándose contra la pared opuesta. Para Eddie no era precisamente un piano, sino Neddie. Daba un nombre familiar a cada objeto que entraba en su área durante un tiempo. Era como si saltase de un nombre a otro, como un antiguo marinero que se sintiese perdido de no encontrar puntos familiares en la costa. De otro modo, era como si Eddie fuera a la deriva en medio de un caótico océano, anónimo y sin forma.

O, utilizando una analogía que le cuadraba mejor, era como el hombre de vida nocturna que se siente ahogado a menos que vaya de mesa en mesa en el club, de un grupo conocido a otro, evitando las figuras sin rostro de las mesas desconocidas.

No lloró por Neddie. Ella habría deseado que lo hiciera, pues durante todo el viaje se había mostrado apático. Ni siquiera el esplendor sin par de las estrellas desnudas, ni la inexpresable extrañeza de los planetas desconocidos lograron sacarle de su estado por mucho tiempo. ¡Si al menos llorase o riese con fuerza, o reaccionase violentamente ante los sucesos! Hasta hubiera preferido que, dominado por la ira, la hubiera golpeado o insultado.

Pero no, ni siquiera durante la recogida de los cuerpos mutilados, cuando por un momento pareció que fuera a vomitar, había dejado expresar la necesidad de una reacción física. Ella sabía que si se desataba se sentiría mejor, porque en ese caso se liberaría de buena parte de su molestia psíquica y también física.

Pero el caso era que no lo había hecho. Había continuado recogiendo carne y huesos dentro de las grandes bolsas de plástico, con mirada de resentimiento y mal humor.

Ahora esperaba que la pérdida del piano le hiciera llorar y estremecerse. Entonces

podría estrecharle entre sus brazos y darle protección. Volvería a ser su pequeña criatura, temerosa de la oscuridad, del perro muerto por un coche, que busca en sus brazos la seguridad inequívoca, el cariño.

—No te preocupes —dijo ella—. Cuando vengan a por nosotros, te compraré otro.

—¡Cuándo...!

Alzó las cejas y se sentó al borde de la cama.

—¿Qué vamos a hacer?

Ella se mostró enérgica y eficiente.

—La ultrarradio se puso a funcionar en el momento en que nos golpeó el meteorito. Si sobrevivió al choque, todavía debe de estar lanzando mensajes de socorro. De lo contrario, nada podemos hacer, pues no sabemos cómo repararla.

—Sin embargo, es posible que en los últimos cinco años, desde que este planeta fue cartografiado, otras expediciones hayan aterrizado aquí. No de la Tierra, sino de alguna de las colonias. O de planetas no humanos. ¿Quién sabe? Vale la pena comprobarlo. Vamos a verlo.

Una sola mirada bastó para destruir sus esperanzas sobre la ultrarradio. Había sido machacada y rota hasta ser irreconocible como máquina que lanzaba ondas más rápidas que la luz a través del no-éter.

La doctora Fetts dijo con falso tono de ánimo:

—Bueno, esto es todo. ¿Qué importa? Vamos al almacén y veremos.

Eddie se encogió de hombros y la siguió. Allí, la doctora insistió en que cogiesen un panradio. Si por alguna razón tenían que separarse, siempre podrían establecer comunicación mediante los LS —los localizadores de sentido que llevaban acoplados— y localizarse. Habiéndolos utilizado otras veces, conocían la capacidad de los instrumentos y lo esenciales que eran en las exploraciones o incursiones.

Los panradios eran cilindros de poco peso, de unos setenta y cinco centímetros de altura y veinte de diámetro. Llenos, contenían los mecanismos de un par de docenas de aparatos distintos. Nunca se quedaban sin energía porque las baterías se recargaban con la electricidad corporal de los propios usuarios y eran prácticamente indestructibles, pues funcionaban bajo las más adversas condiciones, incluso bajo el agua, o en medio del frío y el calor extremos.

La doctora Fetts insistió en que sujetasen las muñecas izquierdas a los cilindros siempre que estuviesen fuera del yate. De este modo no se caerían ni perderían el contacto. Eddie pensó que tal precaución era ridícula, pero no dijo nada.

Permaneciendo lejos del costado de la nave que tenía el gran agujero, sacaron sus panradios. Eddie investigó las ondas largas mientras la madre movía el dial que controlaba las ondas cortas. No es que esperaran oír algo, pero la búsqueda era mejor que no hacer nada.

Al encontrar vacías las frecuencias de onda modulada, Eddie cambió a las continuas. Le asombró un sonido de cadencia repetida.

—¡Madre! ¡Hay algo en los mil kilociclos! ¡Sin modular!

—Claro, hijo —dijo ella, un tanto exasperada pese a su alegría—. ¿Qué quieres esperar de una señal radiotelegráfica?

Encontró la banda en su propio cilindro. Él la observó con mirada ausente.

—No sé nada de radio, pero esto no es morse.

—¿Cómo? ¡Sin duda te equivocas!

—No creo.

—¿Sí o no? ¡Por Dios, hijo, decídetelo de una vez!

Aumentó el volumen. Aunque no era necesario, arrimó la cabeza para oír. Como ambos habían estudiado galactomorse a través de las técnicas de hipnopdeagogía, ella confirmó en seguida lo que él había dicho.

—Tienes razón. ¿Qué crees que pueda ser?

Su entrenado oído escuchó las vibraciones.

—No únicamente punto y raya. Hay cuatro longitudes de tiempo, seguidas.

Se mantuvo escuchando.

—Incluso tiene un cierto ritmo. Puedo distinguir grupos definidos. ¡Ah, éste es la sexta vez que lo oigo! Y este otro, y también éste.

La doctora Fetts agitó su rubia cabeza. No podía distinguir otra cosa que una serie de zumbidos. Admitía que había ritmo en ella, pero aun después de esforzarse por identificar algunas unidades, no las reconocía cuando las volvía a oír. Bueno, se encogió de hombros. Era negada para la música. Sin embargo, Eddie había heredado las cualidades de su padre.

Miró la aguja del LS.

—Viene del noreste desde el este. ¿Intentamos localizarlo?

—Claro —dijo ella—. Pero será mejor que comamos algo primero. No sabemos lo lejos que está, ni tampoco lo que encontraremos allí. Mientras preparo una comida caliente, tú dispón el equipo para un viaje.

—De acuerdo —dijo él, con más entusiasmo del que demostrara hasta entonces. Cuando regresó su madre, engulló el plato que le había preparado en la cocina, indemne tras la colisión.

—Siempre haces unas comidas excelentes —dijo.

—Gracias. Me sorprende ver el hambre que tienes. Y me alegra. Creí que todo esto te iba a poner enfermo.

Él hizo una vaga pero enérgica señal con la mano.

—Ya sabes, la llamada de lo desconocido y todo lo demás. Tengo el presentimiento de que las cosas van a ir mucho mejor de lo que esperábamos. Mucho mejor.

Ella se le acercó y le olió el aliento. Olía limpio, ni siquiera se notaba el olor a comida. Eso significaba que había tomado clorofila, o que a escondidas probaba algún oculto potingue. De otro modo, ¿cómo explicar su desenfado ante los peligros posibles? No era una actitud normal. No dijo nada porque sabía que si trataba de esconder una botella entre sus ropas o en la mochila, mientras buscaban la fuente de las señales de radio, ella la encontraría pronto. Y se la quitaría. Él no protestaría. Simplemente, dejaría que se la quitase de su mano inerte, mientras los labios se le hinchaban de resentimiento.

Ambos salieron, llevando mochilas y panradores. Él se había colgado un arma al hombro y ella el pequeño maletín negro que contenía el equipo médico y de laboratorio. El mediodía de finales de otoño estaba inundado por un débil sol rojo que apenas si se lograba ver a través de la densa cortina de nubes. Su estrella gemela, más pequeña y de color lila, se estaba ocultando por el horizonte del noroeste. Caminaban en una especie de brillante atardecer, lo mejor que podía encontrarse en Baudelaire. Y no obstante, a pesar de la ausencia de luz, el aire estaba demasiado caliente. Aquello era un fenómeno común en ciertos planetas situados más allá de la nebulosa del Caballo, fenómeno que, aunque se estaba investigando, aún carecía de explicación.

El paisaje era montañoso y tenía muchos desfiladeros profundos. Aquí y allá aparecían promontorios lo bastante altos y escarpados como para considerarse incipientes montañas. Y teniendo en cuenta las asperezas del terreno, había una sorprendente cantidad de flora. Todas las hojas, relativamente grandes, giraban hacia el sol con la esperanza de recibir la mayor cantidad de luz posible.

De cuando en cuando, mientras los dos terrícolas atravesaban ruidosamente el bosque, pequeños animales multicolores, semejantes a insectos, y criaturas parecidas a los mamíferos, se deslizaban de una madriguera a otra. Eddie decidió descolgar su arma y llevarla apoyada en el antebrazo. Luego, después de verse obligados a subir y bajar por recortadas colinas y a abrirse camino por entre los matorrales que se volvían inesperadamente espesos, se la volvió a colgar del hombro.

A pesar de sus esfuerzos, no se cansaron en seguida.

Pesaban casi diez kilos menos de lo que habrían pesado en la Tierra y, aunque el aire era menos denso, por alguna extraña razón era más rico en oxígeno.

La doctora Fetts caminaba al mismo ritmo que Eddie y, aunque era treinta años mayor que él, hasta de cerca pasaría por la hermana mayor de aquel joven de veintitrés años. Las píldoras contra la vejez se encargaban de ello. Y, no obstante, él la trataba con toda la gentileza y caballerosidad que se merece una madre, ayudándola en las pendientes inclinadas, aunque las subidas no hacían que su pecho exigiese una mayor cantidad de aire.

Se detuvieron en una ocasión, a la orilla de un riachuelo, para orientarse.

—Las señales han cesado —dijo él.

—Claro —replicó ella.

En aquel momento, el radar incluido en los panradores comenzó a lanzar agudas señales. Automáticamente, ambos alzaron la vista.

—No hay ninguna nave en el cielo.

—Tampoco puede venir de aquellas colinas —señaló ella—. Allí no hay sino una roca sobre cada cima.

—Sin embargo, viene de allí, supongo. ¡Oh, oh! ¿Has visto eso? Parecía como si un gran tallo hubiera sido movido tras aquella roca.

Ella miró bajo la pálida luz.

—Creo que imaginas muchas cosas, hijo. Yo no he visto nada.

Entonces, en tanto persistía el sonido metálico, comenzó otra vez el zumbido intermitente. No obstante, tras un estallido sonoro, cesaron ambos.

—Subamos a ver qué es lo que se distingue —propuso ella.

—Qué raro —dijo él.

Ella no contestó.

Vadearon el arroyo y comenzaron el ascenso. A mitad de camino, se detuvieron asombrados ante la persistencia de algún fuerte olor, arrastrado por el viento.

—Huele como una jaula llena de monos —dijo él.

—Excitados —dijo ella. Aunque él tenía mejor oído, ella poseía mejor olfato.

Continuaron ascendiendo. El radar comenzó a sonar de nuevo con su tono histérico y constante. Atónito, Eddie se detuvo. El LS indicaba que los impulsos del radar no procedían, como antes de la colina a la que ascendían, sino de otra situada más allá del valle. De repente, el panradio quedó silencioso.

—¿Y ahora?

—Hay que acabar lo comenzado. Primero esta colina. Luego la otra.

Él se encogió de hombros y se apresuró tras el alto y esbelto cuerpo de ella, embutido en un mono. Seguía literalmente su olfato. Y nada podía detenerla. Justo antes de llegar al peñasco, que tenía el tamaño de una casa pequeña y que coronaba la cima, logró alcanzarla. Ella se había detenido para contemplar estudiosamente la aguja del LS, que osciló ampliamente antes de detenerse en zona neutral. El olor a jaula de monos se hizo ahora muy fuerte.

—¿Supones que pueda tratarse de alguna especie de mineral capaz de emitir ondas de radio? —preguntó ella, decepcionada.

—No. Esos grupos eran semánticos. Y el olor...

—Entonces...

No sabía si sentirse complacido o no, pues ella, repentina, pero de forma evidente, le había pasado la responsabilidad y la acción. Le invadió el orgullo y una cierta sensación de empequeñecimiento. Pero se sentía contento. Se sentía, pensó, como si estuviera a punto de descubrir lo que había estado buscando durante largo tiempo. ¿Y

qué era lo que había estado buscando? Esto no podía decirlo. Pero estaba excitado y no del todo temeroso.

Empuñó el arma, una combinación de escopeta y fusil de dos cañones. El panradio estaba silencioso.

—Tal vez ese peñasco oculta alguna red de espionaje —dijo. Aquello le sonó estúpido incluso a sí mismo.

Tras él, su madre boqueaba. Se giró y alzó el arma, pero no había nada contra qué disparar. Ella estaba señalando la cima de la colina, situada al otro lado del valle, temblando y diciendo algo incoherente.

Podía ver una larga y delgada antena que, al parecer, se proyectaba desde la monstruosa roca situada allí. Al mismo tiempo, dos pensamientos se disputaron el lugar preferente en su cabeza: uno, que debía ser algo más que una coincidencia que ambas colinas tuvieran sus cimas de estructura rocosa tan idéntica, y dos, que la antena debía haberse movido hacía poco, pues estaba seguro de no haberla visto la última vez que había mirado hacia allí.

Nunca logró decirle a ella sus conclusiones, pues algo delgado y flexible le agarró por la espalda. Elevado en el aire, fue conducido hacia atrás. Dejó caer el arma y trató de agarrar los tentáculos que le sujetaban para arrancarlos con sus manos desnudas. No pudo conseguirlo.

Tuvo una última visión de su madre corriendo colina abajo. Luego, cayó una cortina y se vio sumido en una completa oscuridad.

Antes de poder darse cuenta de lo que había pasado, Eddie sintió que, todavía suspendido, era girado. No podía estar seguro, naturalmente, pero pensó que estaba dando la cara exactamente a la dirección opuesta. Simultáneamente, los tentáculos que atenazaban sus brazos y piernas se soltaron. Tan sólo continuaba cogido por la cintura. Lo apretaban tan fuertemente que gritó de dolor.

Luego, golpeando con los tacones alguna sustancia elástica, fue conducido hacia delante. Detenido, enfrentado a no sabía qué horrible monstruo, se vio de repente asaltado, no por un pico aguzado, o un colmillo o cuchillo, o cualquier otro instrumento cortante o triturador, sino por una densa nube del mismo olor a monos.

En otras circunstancias habría vomitado. Ahora no se concedió tiempo para que su estómago considerase tal posibilidad. El tentáculo lo elevó aún más y lo lanzó contra algo blando y elástico: algo relacionado con carne y mujer, casi semejante a un seno por su tacto, suavidad y calor, y hasta por su leve curvatura.

Se apoyó con las manos y pies para ofrecer resistencia, pues pensó por un momento que iba a ser hundido, cubierto totalmente, engullido y digerido. El pensamiento de una gigantesca ameba escondida en aquella roca hueca o cascarón le hizo agitarse y gritar, y dar empujones a la sustancia protoplásmica.

Pero no sucedió nada de eso. No fue hundido en ningún agujero absorbente y

cenagoso que lo despojaría de su piel y de su carne, para luego disolver sus huesos o escupirlos. Simplemente, fue empujado repetidamente contra la suave hinchazón. Cada vez que él empujaba, pateaba o golpeaba. Tras una docena de esos actos aparentemente inmotivados, fue apartado, como si lo que estuviera moviéndole, se hubiera quedado perplejo por su comportamiento.

Había dejado de gritar. Los únicos sonidos eran ahora sus jadeos, el zumbido y el continuo tintineo del panradio. En el mismo momento en que se dio cuenta de ello, los zumbidos cambiaron de intensidad y se convirtieron en una modulación reconocible: tres unidades que sonaban una y otra vez.

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted?

Claro que también podía haber sido:

—¿Qué es usted? —O—: ¡Qué mierda! —O—: *Nov smoz ka pop?*

O nada, hablando semánticamente.

Pero no creía que fuera esto último. Y, cuando fue dejado suavemente en el suelo, estaba seguro de que la criatura estaba emitiendo alguna comunicación, o al menos tratando de hacerlo, destinada a él.

Fue este pensamiento el que evitó que empezase a chillar otra vez en la oscura y pestilente cámara, donde, a ciegas, buscaba instintivamente una salida. Dominó su terror y abrió una pequeña trampilla en el costado del panradio, introduciendo en ella su dedo índice. Entonces lo colocó sobre un pulsador y, tras un momento, cuando cesó la transmisión, devolvió lo mejor que supo *los impulsos que había recibido*. No era necesario que encendiese la luz y girase el dial para ponerlo a mil kilociclos. El instrumento buscaría automáticamente la frecuencia por la que había estado recibiendo.

Lo más extraño de todo era que su propio cuerpo estaba temblando de una manera descontrolada a excepción de una parte. Esta parte era su dedo índice, la única parte que parecía tener una función definida en esta situación totalmente absurda. Era la parte de él que estaba ayudándole a sobrevivir, la única que sabía cómo hacerlo en aquel instante. Incluso su mismo cerebro no parecía tener conexión con el dedo. Aquel dedo tenía vida propia, y el resto del cuerpo parecía estar simplemente adherido a él.

Cuando hizo una pausa, el transmisor empezó de nuevo. Esta vez las unidades eran irreconocibles. Había un cierto ritmo en ellas, pero no podía saber lo que significaban. Mientras tanto, el LS continuaba con su sonido continuo y vibrante. Algo, en alguna parte de aquel agujero oscuro, mantenía un rayo tirante sobre él.

Apretó el botón de la parte superior del panradio, y la linterna que llevaba incorporada iluminó el área situada frente a él. Vio una pared de una sustancia gomosa de color rojo grisáceo, y en la pared una protuberancia aproximadamente circular, de color gris claro, y de un metro veinte de diámetro. A su alrededor, y con

aspecto de medusa, estaban enrollados doce tentáculos muy largos y delgados. Aunque temía que si les daba la espalda los tentáculos lo asieran de nuevo, su curiosidad le hizo girar y examinar a través del brillante haz sus alrededores. Se encontraba en una cámara en forma de cúpula, de unos diez metros de largo por cuatro de ancho, y de dos a tres metros de altura en la parte central. Estaba formada por un material de color rojo grisáceo y liso, salvo a intervalos regulares en los que aparecían tuberías azules y rojas. Obviamente, se trataba de venas y arterias.

Una parte, del tamaño de una puerta abierta en la pared, tenía un corte vertical que la segaba. Estaba bordeada de tentáculos y supuso que se trataba de una especie de iris, abierto para engullirle.

Esparcidos por las paredes o colgados del techo, se veían grupos de tentáculos con forma de estrellas de mar.

En la parte opuesta al iris había un tallo largo y flexible con un collar cartilaginoso alrededor de su extremo libre. Cuando Eddie se movía, también él se movía, siguiéndole con su punta ciega al igual que una antena de radar sigue al objeto que está vigilando. Esto era, precisamente. Y a menos que estuviese equivocado, el tallo también era un emisor-receptor de ondas continuas.

Paseó la luz por todas partes. Cuando llegó al extremo más alejado de él, quedó sin aliento. ¡Diez criaturas agrupadas estaban frente a él! Aproximadamente del tamaño de un cerdo joven; se parecían más a los caracoles desprovistos de concha; no tenían ojos, y el tallo que surgía de la frente de cada uno era un pequeño duplicado del que se hallaba en la pared. No parecían peligrosos. Sus bocas abiertas eran pequeñas y sin dientes, y se movían muy lentamente, igual que los caracoles, sobre un largo banco de carne; un músculo locomotor.

No obstante, si se quedara dormido podrían dominarlo por la ventaja del número, y aquellas bocas podían babear algún ácido capaz de digerirlo, o quizás ocultasen algún aguijón venenoso.

Sus especulaciones fueron violentamente interrumpidas. Fue asido, alzado, y pasado a otro grupo de tentáculos, y llevado más allá del tallo-antena, hacia los caracoloides. Pero antes de llegar a ellos fue detenido frente a la pared. Un iris, hasta entonces invisible, se abrió. Su luz brillaba en el interior, pero no podía ver nada sino circunvoluciones de carne.

Su panradio le dio un nuevo modelo sonoro, esta vez tableteante. El iris se abrió hasta que fue lo bastante amplio para admitir su cuerpo, si es que era introducido con la cabeza por delante, sin que esto importara mucho. Las circunvoluciones se alinearon, y se convirtieron en un túnel. O una garganta. De millares de pequeños agujeros emergieron millares de pequeños y aguzados dientes. Surgieron y volvieron a esconderse, y antes de que hubieran desaparecido, millares de otras pequeñas puntas de lanza brotaron y se introdujeron en las mandíbulas recesivas.

Era como una trituradora de carne.

Más allá del mortífero conjunto, en el extremo de la garganta, veíase una enorme bolsa de agua, un verdadero tanque. De él salía humo, y con él llegaba un aroma similar al del guisado de su madre. Trozos oscuros, presumiblemente carne, y pedazos vegetales flotaban en la superficie.

Luego se cerró el iris y fue girando para encarar las babosas. Suavemente, pero sin que hubiera duda posible, un tentáculo azotó sus nalgas y el panradio zumbó-tableteó una advertencia.

Eddie no era tonto. Ahora sabía que las criaturas no eran peligrosas, salvo que las molestase. En tal caso había visto lo que podía pasar... si no se portaba bien.

De nuevo fue alzado y llevado a lo largo de la pared, hasta ser empujado contra el punto de color gris claro.

El olor a jaula de monos, que había desaparecido, se hizo patente de nuevo. Eddie identificó su procedencia con un agujero muy pequeño que aparecía en la pared.

Como no respondía —no tenía ni idea de qué tenía que responder—, los tentáculos le soltaron tan inesperadamente que cayó de espaldas. Sin hacerse daño por lo blando de la carne, se incorporó.

¿Cuál iba a ser el paso siguiente? Explorar sus recursos. Inventario: el panradio. Un saco de dormir, que no necesitaría mientras se mantuviese la actual temperatura, demasiado cálida. Una botella de cápsulas de Viejo Estrella Roja. Un termo de gravedad cero, con biberón adherido. Una capa de raciones «A-2-Z». Una cocina plegable. Cartuchos para el fusil de dos cañones, que ahora se encontraba en el exterior del caparazón de la criatura. Un rollo de papel higiénico. Cepillo de dientes. Pasta dentrífica. Jabón. Una toalla. Píldoras: clorofila, hormonas, vitaminas, longevidad, reflejos y somníferos. Y un cable del grosor de un cabello, de unos treinta metros de longitud enteramente desenrollado, conteniendo en su estructura molecular un centenar de sinfonías, ochenta óperas, mil tipos distintos de piezas musicales y dos mil grandes libros que iban desde Sófocles a Dostoyevski, Hammet y Henry Miller, hasta el último best-seller. Todo esto podía oírse por el panradio.

Lo introdujo; apretó el botón apropiado y dijo:

—La grabación de *Che gelida mattina*, de Puccini, por Eddie Fetts, por favor.

Y mientras escuchaba aprobadoramente su magnífica voz, abrió una lata que había encontrado en el fondo de la mochila. Su madre había puesto en ella la comida que había sobrado de lo que preparase en la nave.

Sin saber todavía lo que ocurría, y no obstante estando seguro de ello, por alguna razón, de que por ahora estaba a salvo, masticó la carne y los vegetales alegremente. Eddie pasaba fácilmente de la náusea al apetito.

Limpió la lata y acabó con unas galletas y una barra de chocolate. No quería racionar la comida. Mientras durase, comería bien. Luego, si nada surgía... Pero, en

ese caso, se aseguró a sí mismo, mientras se chupaba los dedos, su madre, que estaba libre, ya habría encontrado para entonces alguna forma de sacarle del problema. Siempre lo había hecho así.

El panradio, silencioso durante un rato, comenzó a emitir señales. Eddie iluminó la antena y vio que apuntaba hacia los caracoloides, a los que, de acuerdo con su costumbre, había dado un nombre familiar. Los había llamado Babosos.

Los Babosos se dirigieron hacia la pared y se pararon junto a ella. Sus bocas, que se encontraban en lo alto de la cabeza, se abrían como las de los pájaros famélicos. El iris se abrió y dos labios formaron un conducto. De él fluyó agua hirviendo y trozos de carne y vegetales. ¡Estofado! Un estofado que cayó en cada una de las bocas anhelantes.

Así, Eddie aprendió la segunda frase del lenguaje de Madre Polyfema. El primer mensaje había dicho: «¿Qué es usted?» Esto era: «¡Venid y cogedlo!»

Hizo un experimento. Tecleó una repetición de lo que acababa de oír. Inmediatamente, los Babosos, excepto el que estaba siendo alimentado en aquel momento, se giraron hacia él y caminaron unos pasos antes de detenerse, asombrados.

Dado que era Eddie quien emitía, los Babosos debían tener algún sistema de LS. De otro modo no habrían podido distinguir entre sus impulsos y los de su madre.

A continuación, un tentáculo golpeó a Eddie en la espalda, arrojándole al suelo. El panradio zumbó su tercer mensaje inteligible:

—¡Nunca repitas eso!

Incluso un cuarto, al que los diez retoños obedecieron girando y reasumiendo sus antiguas posiciones:

—Por aquí, niños.

Sí, eran las crías, viviendo, comiendo, durmiendo, jugando y aprendiendo a comunicarse en el seno de su madre: la Madre. Eran la descendencia móvil de aquella enorme entidad inmóvil que había cazado a Eddie como un sapo caza a una mosca. La Madre. Ella que alguna vez había sido un Baboso, hasta la hora de su desarrollo, y había sido expulsado del seno de su madre, y que, rodando como una bola, había caído por la ladera de su colina natal, se había extendido al pie de la misma y había reptado hasta llegar a la siguiente colina; luego había bajado por ella y continuado hasta encontrar el cascarón vacío de un adulto fenecido, o, si deseaba ser un ciudadano de primera clase en su sociedad, y no una simple inquilina sin prestigio, hasta ocupar la cima desnuda de una colina elevada, o un promontorio que se alzaba sobre una gran extensión de terreno, recostándose allí...

Y allí había depositado numerosos filamentos capilares en el suelo, y en las fisuras de las rocas, filamentos que extendían sustancias del grueso de su cuerpo, y que crecían y se extendían hacia abajo y se ramificaban en otros filamentos

secundarios. Muy por debajo de tierra, las raíces realizaban su química del instinto: buscaban y hallaban el agua, el calcio, el hierro, el cobre, el nitrógeno, los carbonos; también encontraban los gusanos, las larvas y los insectos, extrayéndoles los secretos de sus grasas y proteínas, separando la sustancia deseada en oscuras partículas coloidales, abriéndolas por las cañerías de los filamentos de vuelta al pálido y adelgazado cuerpo tendido en un espacio llano sobre un farallón, una colina, un picacho.

Allí, usando de los craneotipos almacenados en las moléculas del cerebelo, su cuerpo tomaba los elementos como si fueran ladrillos y con ellos construía un caparazón muy delgado con el material más a mano. Un escudo lo bastante grande como para poder expansionarse hasta llenarlo, mientras sus enemigos naturales, los hambrientos y feroces animales de presa que erraban por el penumbroso Baudelaire, lo olisqueaban y raspaban en vano con sus garras.

Luego, cuando su siempre creciente masa estaba ya apretada, reabsorbía el exoesqueleto. Y si ningún colmillo la encontraba en los pocos días que duraba este proceso, construía otro más grande. Y así una docena de veces, si no más.

Hasta que se hubiera convertido en el monstruoso y muy distinto cuerpo de una hembra adulta y virgen. El exterior estaría compuesto por la materia que tanto se parecía a la roca, y que realmente era piedra: o granito, o diorita, o mármol, o basalto, o simple pizarra. O, en ciertas ocasiones, hierro, vidrio, celulosa.

En su interior se hallaba el cerebro, localizado en el centro, probablemente tan grande como el de un hombre. Rodeándolo, había toneladas de diversos órganos: el sistema nervioso, el poderoso corazón, o corazones, los cuatro estómagos, los generadores de ondas largas y cortas, los riñones, los intestinos, la tráquea, los órganos olfativos y gustativos, la fábrica de perfumes que producía olores con los que atraer animales y pájaros lo bastante cerca como para capturarlos, y el enorme seno. Y las antenas: la pequeña del interior, para enseñar y vigilar las crías, y el largo y poderoso tallo exterior, que se proyectaba desde lo alto del cascarón, retráctil si había peligro.

El siguiente paso era el que iba de virgen a Madre. De tipo inferior a tipo superior, como era designado en su lenguaje de impulsos por una pausa más larga antes de la palabra. Hasta que no había perdido su virginidad no podía alcanzar un puesto elevado de su medio social. Sin modestia, sin ruborizarse, ella misma realizaba la propuesta, aceptaba, se rendía.

Tras lo cual se comía a su pareja.

El reloj del panradio le dijo a Eddie que se encontraba en su trigésimo día de prisión. Se sintió asombrado, no porque esto ofendiese su moral, sino porque él mismo había sido considerado como pareja. Y como comida.

Su dedo tecleó:

—Dime, oh Madre, lo que quieres decir.

No se había preguntado antes cómo podía reproducirse una especie que no tenía machos. Ahora lo averiguó. Para Las Madres, todas las criaturas excepto ellas mismas eran machos. Las Madres permanecían inmóviles y femeninas. Los seres móviles eran machos. Eddie había sido móvil, luego era un macho. Se había acercado a esta curiosa madre en la época del apareamiento, esto es, durante la crianza de una carnada. Ella lo había detectado mientras se acercaba por la orilla del riachuelo, en el fondo del valle. Cuando estaba al pie de la colina, había percibido su olor. Era nuevo para ella. Lo más cercano a él que podía encontrar en sus centros de memoria fue una bestia similar a él. Por su descripción, se imaginó que debía ser un mono. Así que había emitido de su repertorio oloroso su aroma de atracción. Cuando cayó en la trampa, ella lo había atrapado.

Se suponía que debía atacar el punto de concepción, aquel promontorio de color gris claro en la pared. Cuando lo hubiera rasgado y cortado lo bastante para iniciar las misteriosas operaciones del embarazo, él hubiera sido lanzado a su iris-estómago.

Afortunadamente, él no disponía ni de pico afilado, ni de colmillos, ni de garras. Y ella había recibido sus señales devueltas por el panradio.

Eddie no entendía por qué era necesario usar un móvil para el apareamiento. Una Madre era lo suficientemente inteligente como para tomar una piedra afilada y atacar el punto ella misma.

Le hizo entender que la concepción no comenzaría a menos que fuese acompañada por cierta sensación nerviosa: un frenesí y su satisfacción. El porqué de la necesidad de este estado emocional era algo que la Madre no sabía.

Eddie trató de explicarle cosas tales como genes y cromosomas, y por qué tenían que estar presentes en las especies muy desarrolladas con el fin de tener diferencias y selecciones de características favorables y abrir las puertas a los cambios evolucionados.

La Madre no comprendió.

Eddie se preguntó si el número de rasguños y cortes en el punto apropiado correspondería con el número de crías. O si había un amplio número de potencialidades en las cintas hereditarias colocadas bajo la piel de la concepción. Y si la irritación producida al azar y la consecuente estimulación de los genes equivaldría a la combinación casual de los genes en el coito entre el macho y la hembra humanos, resultando crías con características que eran el producto de uniones y disimilaridades entre las de los progenitores.

¿O el inevitable devorar del móvil tras el acto tenía otro significado aparte de ser un reflejo emocional y nutritivo? ¿Indicaba que el móvil cogía los dispersos nódulos genéticos como si fueran semillas, junto con la piel rota, entre sus garras y colmillos, y que esos genes sobrevivían al hervor del estómago del estofado, y que luego eran

pasados en las heces? ¿Era posible que los animales y los pájaros las cogiesen con sus picos, dientes o garras, y luego, al ser capturados por otras Madres, en este apareamiento indirecto, pasasen los agentes de la transmisión de la herencia a los puntos de concepción al atacarlos, raspando y dejando los nódulos en la piel y la sangre de la hinchazón, al tiempo que recogían otros? Luego, los móviles eran comidos, digeridos y defecados en ese oscuro pero ingenioso ciclo interminable, asegurando así el continuo y azaroso combinar de los genes, las posibilidades de variación en las crías, las oportunidades de mutación, etc. ¿Era todo esto posible?

La Madre le transmitió que estaba asombrada.

Eddie lo dejó estar. Nunca lo sabría. ¿Importaba acaso?

Decidió que no, y se levantó, dejando la posición prona, para pedir agua. Ella ahuecó el iris y escupió un tibio cuartillo a su termo. Él dejó caer una píldora, la agitó hasta que se disolvió y bebió una imitación bastante aceptable de Viejo Estrella Roja. Prefería que la bebida fuera fuerte y poderosa, aunque habría podido conseguir suavizarla. Lo que quería eran resultados rápidos. El sabor no le importaba, pues le desagradaban todos los sabores alcohólicos, de modo que bebía igual que los borrachos, estremeciéndose lo mismo que ellos, cambiando su nombre por el de Viejo Estrella Roja, y maldiciendo el destino que lo había hecho caer tan bajo como para tragar aquella porquería. La bebida calentó su estómago, esparciéndose rápidamente por sus miembros y su cabeza, helada tan sólo por la creciente escasez de la cápsula. Cuando se le acabasen, ¿qué pasaría? En esos momentos echaba mucho de menos a su madre.

El pensar en ella le hizo derramar algunas lágrimas. Dio un suspiro y bebió un poco más, y cuando el mayor de los Babosos se le acercó para que le rascara la espalda le dio en su lugar un trago de Viejo Estrella Roja. Baba para el Baboso. Despreocupadamente, se preguntó que efecto tendría la afición al alcohol en la raza, cuando las vírgenes se convirtieran en Madres.

Y en ese momento fue sacudido por lo que pareció una maravillosa idea salvadora. Aquellas criaturas podían absorber los elementos deseados de la tierra, y con ellos duplicar estructuras moleculares extremadamente complejas. Siempre que, naturalmente, tuvieran una muestra de la sustancia deseada para analizarla en algún extraño órgano.

Y bien, ¿qué otra cosa más fácil que darle una de sus queridas cápsulas? Una se podía convertir en muchas. Eso, con la abundancia de agua, que era bombeada por los huecos filamentos subterráneos desde el cercano arroyo, sería suficiente para que cualquier destilería palidiese de envidia.

Se lamió los labios y ya estaba a punto de teclear su petición, cuando lo que ella transmitía penetró en su mente.

Bastante irritada le decía que su vecina del otro lado del valle estaba alardeando,

porque también ella tenía prisionero a un ente móvil que podía comunicarse.

Las Madres tenían una sociedad tan jerárquica como el protocolo de un banquete en Washington o el orden de comida en un gallinero. El prestigio era lo que contaba, y el prestigio estaba determinado por la potencia de emisión, la altura de la prominencia sobre la que se hallaba la madre, que gobernaba la extensión territorial abarcada por su radar, y la abundancia de novedades y la agudeza para la conversación. La criatura que había capturado a Eddie era una Reina. Tenía primacía sobre unas treinta de su especie. Todas ellas tenían que dejarla emitir primero y ninguna se atrevía a iniciar su emisión hasta que ella no hubiese terminado. Entonces comenzaba la siguiente en la jerarquía y así a lo largo de la línea. Cualquiera de ellas podía ser interrumpida en cualquier momento por la Número Uno, y si alguna del escalón inferior tenía algo interesante que comunicar, siempre podía interrumpir a la que estaba emitiendo y pedir permiso a la Reina para contar su historia.

Eddie sabía esto, pero no podía escuchar directamente la charla entre colinas. El grueso caparazón de pseudo-granito le impedía hacerlo y esto hacía que dependiera del talle interno para recibir información.

De vez en cuando, la Madre abría la puerta y permitía que sus crías se deslizaran al exterior. Allí practicaban, emitiendo y recibiendo, con los Babosos de la Madre situada al otro lado del valle. Ocasionalmente, aquella Madre se dignaba emitir a los jóvenes y la protectora de Eddie hacía lo mismo con sus crías.

Plataforma giratoria.

La primera vez que las crías se habían deslizado a través del iris de salida, Eddie había tratado, como Ulises de pasar por una de ellas y arrastrarse en medio de la manada. Ciega, pero no como Polifemo, la Madre lo había atrapado con sus tentáculos y lo había metido dentro.

A partir de ese incidente había comenzado a llamarla Polyfema.

Él sabía que ella había incrementado enormemente su ya gran prestigio con la posesión de aquel objeto único: un ente móvil transmisor. Había crecido tanto su importancia que las Madres de los bordes de su zona pasaron la noticia a las otras. Antes de que hubiera aprendido su lenguaje, todo el continente estaba sintonizado. Polyfema se había convertido en una verdadera redactora de noticias. Miles de millares de habitantes de las colinas escuchaban ansiosamente sus relatos de las experiencias con aquella paradoja caminante: un macho semántico.

Aquello había sido magnífico. Pero, hacía poco, la Madre situada al otro lado del valle había capturado otra criatura similar, y de un salto se había convertido en Número Dos en la zona. Y, a la menor ocasión, podría arrebatarse la posición preponderante a Polyfema.

Eddie se excitó enormemente por las noticias. A menudo había pensado en su madre y se había preguntado qué era lo que estaría haciendo. Curiosamente,

finalizaba muchas de sus fantasías con murmullos, reprochándola casi inaudiblemente el haberle abandonado y el no efectuar ningún intento de rescate. Cuando se daba cuenta de su actitud, se avergonzaba. Y, no obstante, sus pensamientos estaban teñidos por una sensación de deserción.

Ahora que sabía que estaba con vida y que había sido capturada, probablemente mientras intentaba salvarle a él, se despertó del letargo que lo había hecho últimamente proclive al sueño. Preguntó a Polyfema si abriría la entrada para que pudiese hablar directamente con el otro cautivo. Ella dijo que sí. Deseosa de oír una conversación entre dos entes móviles, se mostró muy dispuesta a cooperar. Después tendría mucho que comentar sobre tal conversación. Lo único que empañaba su alegría era el pensar que también la otra Madre iba a tener acceso a esto.

Luego, recordando que aún era la Número Uno y que sería la primera en emitir los detalles, vibró tanto de orgullo y éxtasis que Eddie notó cómo temblaba el suelo.

Abierto el iris, lo atravesó y miró al otro lado del valle. Las faldas de las colinas todavía eran verdes, rojas y amarillas, como si las plantas de Baudelaire no perdieran sus hojas durante el invierno. Pero algunos espacios blanquecinos demostraban que el invierno había comenzado. Eddie tembló ante la mordedura del aire frío en su piel sin protección. Hacía tiempo que se había quitado la ropa, a causa del calor que irradiaba el seno; por otro lado, Eddie, siendo humano, tenía que deshacerse de los productos de desecho, y Polyfema, siendo una Madre, tenía que expulsar la suciedad con agua caliente de uno de sus estómagos. Cada vez que explotaban las válvulas de las tráqueas, surgían torrentes que arrastraban los elementos no deseados a través de los esfínteres del iris, y Eddie quedaba empapado. La ropa que se había quitado, fue arrastrada flotando. Tan sólo sentándose sobre su mochila, había evitado que ocurriese lo mismo con él.

Luego, él y los Babosos, habían sido secados por aire caliente bombeado a través de las mismas válvulas, aire que tenía su origen en la potente batería de pulmones. Eddie estaba bastante confortable (de cualquier forma, siempre le había gustado que lo bañaran), pero la pérdida de sus ropas le impedían la fuga. Si lo hiciese, pronto moriría helado en el exterior, a menos que alcanzase rápidamente el yate. Y no estaba seguro de recordar el camino de regreso.

De modo que ahora, al salir, dio un paso o dos hacia atrás y dejó que el aire caliente emitido por Polyfema lo cubriese como si fuera una capa que echaran sobre sus espaldas.

Entonces miró a través de la kilométrica distancia que lo separaba de su madre, pero no pudo verla. La semipenumbra y la oscuridad del interior de su raptora la ocultaban.

Dijo en morse:

—Cambia a la misma frecuencia.

Paula Fetts lo hizo así y comenzó a preguntarle, frenéticamente, si se encontraba bien.

Él replicó que estupendamente.

—¿Me has echado mucho de menos, hijo?

—Sí, mucho.

Mientras decía esto, se preguntó vagamente porqué sonaba tan hueca su voz. Probablemente se debía a la desesperación de no poderla ver.

—Casi me volví loca, Eddie. Cuando fuiste capturado, escapé tan aprisa como pude. No tenía idea de qué horrible monstruo nos estaba atacando. Y entonces, a mitad de camino, ladera abajo, me caí y me rompí una pierna...

—¡Oh, no, madre!

—Sí, así fue..., pero logré arrastrarme hasta la nave. Allí, después de que la entablillé, me dediqué a buscarte. Lo que ocurrió es que mi plan no salió como había planeado. Me curé muy lentamente, ¿sabes? De modo que convalecí doble tiempo del acostumbrado.

»Pero cuando pude caminar, tomé un arma y una caja de Rompedor. Iba a destrozar lo que creía una fortaleza de roca, un refugio de alguna especie de alimaña extraña. No tenía ni idea de la verdadera naturaleza de estos animales. No obstante, decidí efectuar primero un reconocimiento. Iba a espiar la roca del otro lado del valle. Y fui atrapada por ese ser.

»Escucha ahora, hijo. Antes de que por cualquier razón nos corten la comunicación, déjame decirte que no debes perder las esperanzas. Saldré de aquí antes no tardando mucho, e iré a rescatarte.

—¿Cómo?

—Recordarás que mi laboratorio portátil contiene cierto número de carcinógenos para experimentos. Bueno, ya sabes que a veces el punto de concepción de una madre, rasgado durante el apareamiento, en vez de producir crías se vuelve canceroso. Es lo opuesto al embarazo. He inyectado un carcinógeno en el punto y se ha desarrollado un hermoso carcinoma. Morirá dentro de pocos días.

—¡Quedarás enterrada bajo esa masa de putrefacción!

—No. Esta criatura me ha dicho que cuando una de su especie muere, un acto reflejo *abre los labios*. Esto ocurre para permitir que sus crías, si es que tiene alguna, escapen. Escucha, yo...

Un tentáculo se enroscó en torno a él, lo introdujo a través del iris y éste se cerró.

Cuando volvió a poner su panradio en onda continua, escuchó:

—¿Por qué no respondías? ¿Qué ocurría? ¡Dímelo! Eddie se lo contó. Hubo un silencio que sólo pudo ser interpretado como asombro. Cuando recuperó el aplomo, ella dijo:

—A partir de ahora, hablarás con el otro macho a través de mí.

Obviamente, envidiaba y odiaba aquella habilidad de cambiar de bandas y hasta quizá le costaba aceptar la idea.

Era increíble.

—Por favor —insistió, no sabiendo cuan peligrosas eran las aguas en las que se estaba adentrando—. Por favor, déjame hablar con mi madre directa...

Por vez primera la oyó tartamudear:

—¿Qu... qué? ¿Tu m... madre?

—Sí, claro.

El suelo se agitó violentamente bajo sus pies. Gritó y se aferró fuertemente para no rodar, luego encendió la luz.

Las paredes estaban vibrando como gelatina en movimiento, y las columnas vasculares habían pasado del rojo y azul al gris. El iris de entrada se abrió, como una boca inerte, y el aire se enfrió. Pudo notar el descenso de temperatura en su carne con la planta de los pies. Pasó un rato antes de advertirlo. Polyfema estaba conmocionada.

Nunca supo lo que pudo haber pasado de haber permanecido en tal estado. Quizás hubiera muerto, obligándole así a salir al invierno antes de que su madre tuviera oportunidad de escapar. En tal caso, y si no hubiera podido encontrar la nave, habría muerto. Acurrucado en la parte más caliente de la cámara en forma de cúpula, Eddie contempló este pensamiento, estremeciéndose, y no precisamente por el frío.

De cualquier modo, Polyfema tenía sus propios caminos para recuperarse. Por ejemplo, vomitar el contenido de su estómago, que indudablemente se había llenado con los venenos eliminados de su sistema. Su vómito de la sustancia era la manifestación física de la catarsis psíquica. La marea fue tan violenta que el hijo adoptivo casi fue arrastrado por el cálido torrente. Pero ella, reaccionando por instinto, había asido con sus tentáculos a los Babosos y a él también. Luego, siguió el movimiento vomitivo vaciando las otras tres bolsas de agua, la segunda caliente, la tercera tibia, la cuarta, recién llenada, fría.

Eddie gritó cuando el agua helada le caló hasta los huesos. Los esfínteres de Polyfema se cerraron de nuevo. El suelo y las paredes, gradualmente, dejaron de temblar. La temperatura se elevó; y sus venas y arterias recuperaron su color azul y rojo. De nuevo estaba bien, o al menos así lo parecía.

Pero después de esperar veinticuatro horas, intentó con mucho tacto hablar del tema, averiguando que no sólo no quería contarle sino que rehusaba admitir la existencia del otro ente móvil.

Eddie, perdidas las esperanzas de conversar, pensó durante un rato. La única conclusión a la que podía llegar, y estaba seguro de que había logrado comprender lo suficiente de su psicología como para hacer que fuera válida, era que el concepto de una hembra móvil era totalmente inaceptable.

El mundo de ella estaba dividido en dos: los móviles y su especie, la de los

inmóviles. Los móviles eran comida y coito, y significaban: macho. Las Madres eran: hembras.

¿Cómo se reproducían los Móviles? Era algo que probablemente nunca había pasado por las mentes de los que habitaban las colinas. Su ciencia y su filosofía estaban al nivel instintivo de sus cuerpos. Si tenían alguna idea de una generación espontánea o de una fusión similar a la de las amebas, como responsable de la continuidad de la población de los entes móviles, o si se daba por sentado que crecían, era algo que Eddie nunca logró saber. Para ellas, su especie era la de las hembras, y el resto del universo protoplásmico estaba formado por machos.

Aquello era todo. Cualquier otra idea era algo más que sucia, obscena o blasfema. Era... impensable.

De modo que Polyfema había sufrido un profundo golpe a causa de sus palabras. Y aunque parecía haberse recuperado, en alguna parte de sus toneladas de carne inimaginablemente complicada estaba encerrada una herida. Como una flor oculta, de oscuro, púrpura, florecía. Y la sombra que daba era la que cubría cierta memoria, cierto momento, ocultándolo a la luz de la conciencia. Esa sombra cubría aquel tiempo y aquel acontecimiento que la Madre, por razones inimaginables para el ser humano, creía necesario señalar con un PROHIBIDO.

De modo que, aunque Eddie no lo dijo con palabras, lo entendió por las células de su cuerpo, y sintió y supo, como si su cuerpo le estuviese profetizando y su cerebro no lo escuchara, lo que iba a pasar.

Sesenta y seis horas después, según el reloj del panradio, los labios de entrada de Polyfema se abrieron. Sus tentáculos surgieron, regresaron y trajeron consigo a su indefensa y gimoteante madre.

Eddie, despierto de una siesta, horrorizado, paralizado, vio cómo ella le lanzaba su laboratorio portátil y oyó cómo pronunciaba un grito inarticulado. Y la vio arrastrada, con la cabeza por delante, hacia el esfínter estomacal.

Polyfema había seguido el único camino seguro para enterrar la evidencia.

Eddie yacía boca abajo, con la nariz aplastada contra la caliente y ligeramente palpitante carne del suelo. De vez en vez, sus manos se apretaban espasmódicamente, como si pretendiera alcanzar algo que alguien estuviera poniendo a su alcance, apartándolo luego.

No supo cuánto tiempo permaneció de aquella manera, porque nunca más volvió a mirar el reloj.

Finalmente, en la oscuridad, se sentó y rió sofocadamente:

—Mi madre siempre hacía buenas comidas.

Aquello le descentró. Se recostó hacia atrás, apoyándose sobre las manos, y aulló como un lobo a la luna llena.

Polyfema, por supuesto, era totalmente sorda, pero podía percibir por el radar su

postura, y su agudo sentido del olfato deducía del olor de su cuerpo que se hallaba en un tremendo estado de angustia y terror.

Un tentáculo surgió y, amablemente, lo envolvió.

—¿Qué ocurre? —zumbó el panradio.

Metió el dedo en el orificio del pulsador.

—¡He perdido a mi madre!

—¿?

—Se ha ido y ya no volverá nunca.

—No comprendo. *Yo estoy aquí.*

Eddie dejó de llorar e inclinó su cabeza, como si estuviera escuchando alguna voz interior. Sorbió unas cuantas veces y se secó las lágrimas. Lentamente, soltó el tentáculo, lo acarició, caminó hacia su mochila situada en un rincón y sacó la botella de píldoras de Viejo Estrella Roja. Una la engulló él y la otra se la dio a ella, pidiéndole, si era posible, que la duplicase. Entonces se tendió de lado, se apoyó sobre un codo, como una selección de orgías, y sorbió un trago del biberón, escuchando una selección de Beethoven, Moussorgsky, Strauss, Verdi, Porter, Casals, Feinstein y Waxworth.

Y así pasó el tiempo —si es que aquello existía allí dentro— para Eddie. Cuando se cansaba de la música, o del teatro, o de los libros, escuchaba a través de la conexión de la zona. Hambriento, se levantaba y caminaba —o a menudo se limitaba a arrastrarse— hasta el esfínter que conducía a la comida. En su mochila había latas de raciones; había planeado comer de ellas hasta estar seguro de... ¿qué es lo que se había prohibido a sí mismo comer? ¿Veneno? Algo había sido devorado por Polyfema y los Babosos. Pero en algún momento, durante sus orgías de música y alcohol, se había olvidado el qué. Ahora comía hambriento y sin pensar en nada más que en la satisfacción de sus necesidades.

A veces se abría la puerta y Billy *el Verdulero* penetraba. Billy parecía un cruce entre un saltamontes y un canguro. Tenía el tamaño de un perro pastor y llevaba en su bolsa de marsupial vegetales, frutas y nueces. Extraía éstas con sus garras de brillante color verde y se las entregaba a la Madre a cambio de comida caliente. El alegre simbiótico gorjeaba alegremente mientras sus ojos de mil caras, girando independientemente, miraban el uno a los Babosos, y a Eddie, el otro.

Eddie, impulsivamente, abandonó la banda de mil kilociclos y buscó en las distintas frecuencias hasta que encontró que tanto Polyfema como Billy emitían en la de ciento ocho. Al parecer, ésta era su señal natural. Cuando Billy tenía sus vegetales para servirlos, emitía. Polyfema, a su vez, cuando los necesitaba, llamaba a Billy. No había nada inteligente por parte de Billy; tan sólo era su instinto por transmitir. Y la Madre, aparte de su frecuencia «semántica», estaba limitada a esta otra banda nada más. Aunque todo iba de perlas.

Todo era estupendo. ¿Qué más podía desear un hombre? Comida gratis, licor sin límites, una cama blanda, aire acondicionado, duchas, música, obras intelectuales en grabación, conversación interesante, posibilidad de mantener una vida privada, y seguridad.

Si no la hubiera bautizado ya, la hubiera llamado Madre Gratis.

No todo eran comodidades. Ella le había dado respuesta a todas sus preguntas, a todas...

Excepto a una.

Esto nunca fue expresado verbalmente por él. En realidad, habría sido incapaz de hacerlo. Probablemente no se daba cuenta de que tenía esa pregunta por formular.

Pero Polyfema la pronunció un día, cuando le pidió que le hiciera un favor.

Eddie reaccionó como si le hubieran ultrajado.

—¡Uno no hace eso...! ¡Uno no hace eso...!

Se atragantó, y pensó entonces: ¡qué ridículo! Ella no es...

Y pareció intrigado, y dijo:

—Aunque sí es.

Se alzó y abrió el laboratorio portátil. Mientras buscaba el bisturí, encontró los cancerígenos. Sin pensar en ello, lo lanzó a través de los semiabiertos labios, muy lejos, rodando por la ladera de la colina.

Luego se volvió y, con el bisturí en la mano, saltó a la protuberancia de color gris claro en la pared. Y se detuvo, mirándola, mientras el instrumento caía de su mano. Lo recogió y golpeó débilmente, aunque no fuera más que para producir un leve rasguño.

De nuevo lo dejó caer.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —dijo el panradio que colgaba de su muñeca.

Repentinamente, una espesa nube de olor humano —sudor— surgió hacia su rostro desde un orificio cercano.

—¿¿¿¿????

Y se quedó allí, agazapado, en cuclillas, aparentemente paralizado, hasta que los tentáculos lo agarraron furiosamente y lo condujeron hasta el esfínter del estómago, que bostezaba con el tamaño de un hombre.

Eddie chilló, se agitó e introdujo su dedo en el panradio.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo!

Y una vez de vuelta a la mancha, golpeó con una repentina furia. Rasgó salvajemente, aulló:

—¡Toma! ¡Y esto, p...! —perdiéndose el resto en un grito irracional.

No paró de cortar y habría continuado haciéndolo hasta extirpar el punto, si Polyfema no hubiese intervenido, arrastrándolo de nuevo hasta su esfínter estomacal.

Durante diez segundos permaneció allí, inerte, llorando, con una extraña mezcla de miedo y gloria.

Los reflejos de Polyfema se habían sobrepuesto a su cerebro. Afortunadamente, una débil chispa de razón se había encendido en un rincón de la vasta, oscura, caliente capilla de su frenesí.

Las circunvoluciones que llevaban a la hirviente bolsa llena de carne se cerraron y los pliegues de carne se volvieron a redistribuir. Repentinamente, Eddie fue bañado con agua caliente de lo que él llamaba estómago-lavabo. El iris se cerró. De nuevo fue puesto en el suelo.

Durante largo tiempo, la Madre pareció estar agitada por la idea de lo que pudiera haberle hecho a Eddie. No se atrevió a emitir hasta que sus nervios estuvieron calmados. Cuando lo hizo, no se refirió a su casi milagroso escape. Ni tampoco lo hizo él.

Estaba contento. Se sentía como si un muelle, apretado contra sus entrañas desde que se separase de su esposa, se hubiera soltado ahora, por alguna razón. Y el informe y vago olor de pérdida y descontento, la ligera fiebre y el agarrotamiento en sus entrañas, y la apatía que a veces lo afligía, habían desaparecido. Se sentía la mar de bien.

Mientras tanto, algo parecido a un profundo afecto había nacido, como una pequeña vela encendida bajo el inmenso techo de una catedral llena de corrientes de viento. El caparazón de la Madre albergaba ahora algo más que a Eddie. Ahora se curvaba sobre una emoción nueva para su especie. Aquello fue evidente por el siguiente acontecimiento, que lo llenó de terror.

Porque las heridas del punto se curaron, y la hinchazón creció hasta convertirse en una gran bolsa. Luego la bolsa se rompió, y diez Babosos del tamaño de una rata golpearon el suelo. El impacto tuvo el mismo efecto que la palmada de un médico en las nalgas de un recién nacido; aspiraron su primer aire entre conmoción y dolor: sus incontrolables y bébiles impulsos llenaron el éter con informes de auxilio.

Cuando Eddie no estaba hablando con Polyfema, o escuchando, o bebiendo, o durmiendo, o comiendo, o bañándose, o haciendo sonar las cintas, jugaba con los Babosos. En cierto modo, era su padre. No obstante, a medida que crecían, se hizo difícil para la Madre el distinguirlo de las crías. Como ya muy pocas veces caminaba, a menudo se encontraba a gatas en medio de ellos, no reconociéndolo demasiado bien con el radar. Además, algo en el húmedo aire o algo en su dieta había ocasionado su completa depilación. Había engordado mucho. Hablando en términos generales, era casi similar a aquellos pálidos, blandos, gordos e imberbes Babosos. Tenía un enorme parecido con ellos.

Había una diferencia. Cuando llegó el momento de que las vírgenes fueran expulsadas, Eddie se arrastró hacia un extremo, gimoteando, y permaneció allí hasta

que estuvo seguro de que la Madre no le iba a arrojar al frío, duro y hambriento mundo de fuera.

Terminada esta crisis final, regresó al centro del piso. El pánico en su corazón había muerto, pero sus nervios temblaban aún. Llenó el termo, y luego escuchó durante un rato su propia voz de barítono cantando el aria *Cosas Marinas* de su ópera favorita, *El anciano marinero*. De repente, estalló y se acompañó a sí mismo, sintiéndose emocionado como nunca por las palabras finales:

*Y de mi cuello, tan libre,
El Albatros cayó, sumergiéndose,
Como plomo en el mar.*

Luego, silenciosa la voz pero cantando el corazón, paró la cinta y se puso a emitir a Polyfema.

La Madre tenía problemas. No podía describir con precisión a la conexión continental la nueva y casi inexpresable emoción que sentía hacia el ente móvil. Era un concepto para el que su lenguaje no estaba preparado. Ni le servían para nada los litros de Viejo Estrella Roja que corrían por su sistema de circulación.

Eddie bebió del biberón de plástico y asintió con simpatía, medio dormido, a la búsqueda de palabras. Por último, el termo cayó de su mano.

Durmió de costado, encogido como una pelota, con las rodillas contra el pecho, los brazos cruzados, el cuello doblado hacia delante. Como el cronómetro de la sala de control, cuyas manecillas rodaran en sentido contrario tras el impacto, el reloj de su cuerpo caminaba hacia atrás, hacia atrás...

En las tinieblas, en la humedad, a salvo y rodeado de calor, bien alimentado, querido.

ROBERT BLOCH

ENSAYO AL VIEJO ESTILO

The Old College Try

La cabeza del administrador Raymond era una colmena de avispones. Podía sentirlos zumbear en su cerebro y alargó la mano antes de abrir los ojos.

El Yorl, que probablemente había estado acucillado a su lado durante la hora anterior, colocó un vaso de Aspergin entre sus trémulos dedos.

El administrador Raymond se lo zampó y gradualmente sus dedos dejaron de retorcerse. El zumbido desapareció de su cráneo y fue capaz de abrir los ojos.

El azulado y pequeño Yorl le sonrió, diciéndole:

—Buenas, administrador —hizo una reverencia a continuación y le ofreció a Raymond sus calzoncillos.

Raymond se preguntó durante cuánto tiempo permanecería el Yorl en posición de reverencia, sabiendo que aquél era el último día. El nuevo administrador estaba al llegar, y él regresaría pronto a casa, a Vega y a la civilización. Sería magnífico contemplar otra vez un mundo normal, un mundo donde la hierba es como Dios manda y los pájaros gruñen dulcemente todo el día.

No obstante, sentía dejar Yorla, y también a los Yorls. Después de estar cinco años allí, el administrador Raymond se había encariñado extrañamente con ambos.

Resoplando, Raymond forcejeó dentro de su uniforme.

—¡La nave toma tierra! —Otro Yorl entró corriendo, como de costumbre, sin molestarse en llamar. Sonrió a Raymond—. Trae un sonrosado.

«Sonrosado». Así llamaban los Yorls a los humanos. Debía referirse al nuevo administrador.

—Baja y dile que estaré con él en seguida —ordenó Raymond. El Yorl mensajero se retiró y el otro dio a Raymond un afeitado, le limpió el calzado y le puso otro vaso de Aspergin, todo por este orden.

Entonces bajó Raymond para recibir al nuevo administrador.

Se lo encontró apoyado sobre las manos en el centro de la planta baja.

—Salud —dijo desde su erguido-caída posición—. Usted debe ser Raymond, ¿eh? Yo soy Philip.

—Encantado de verle —dijo Raymond, preguntándose si debía ir a su encuentro y estrecharle el pie.

—Excuse la informalidad —dijo Philip—. Estoy intentando recuperar un poco la circulación. Tras un largo viaje, el efecto de la descompresión es una lata.

Raymond asintió, contemplando al recién llegado. Tanto erguido-caído como horizontal, Philip era un joven notablemente guapo y musculoso. Su sonrisa irradiaba entusiasta vitalidad.

Philip se puso en pie de un salto, saludablemente sonrojado, y tendió la mano a Raymond. El apretón fue tan sincero como el tono de su voz.

—Encantado de verle —dijo—. A propósito, el capitán Rand le envía sus disculpas. Hubo un pequeño contratiempo cuando aterrizamos: algo fue mal con el mecanismo auxiliar de gravitación. No entiendo el asunto técnico, pero me temo que él y la tripulación tendrán que permanecer aquí todavía una semana antes de poder emprender el vuelo de retorno.

—¿Una semana?

Philip se encogió de hombros.

—Sé lo que usted siente —dijo—. Pero hablando con propiedad, me alegro de la demora. En una semana puede usted darme consejos sobre el lugar y el trabajo.

Raymond se volvió e hizo señas a su Yorl asistente.

—Dos Aspergins, ¡venga, pronto!

Mientras el Yorl asentía y salía de la habitación reculando, Philip sacudió la cabeza.

—Para mí nada, gracias. Nunca altero mi dieta.

—Mejor que esté sobreaviso —advirtió Raymond—. Éste es un planeta febril.

—Me las arreglaré —dijo Philip, confiadamente—. Ya me pusieron toda clase de vacunas antes de partir. Además, en mi vida he estado enfermo un solo día. —Hizo una pausa, esperando a que el Yorl desapareciera por completo, y luego bajó la voz—. Extrañas criaturas, ¿verdad?

—Puede hacer uso de ellas —dijo Raymond—. Son espléndidos sirvientes. Aquí hay una plantilla de veinte: le bañan, le visten, le cepillan los dientes, lo que desee. Les gusta trabajar para un sonrosado. Así nos llaman, ¿sabe? Es más cómodo que esclavizarles en las minas. Son fieles y leales si usted les trata decentemente. Una vez se acostumbre a la piel azul y al idioma, y acepte sus costumbres...

Philip se sentó e hizo crujir los nudillos.

—Sus costumbres —dijo—. ¿Sabe cómo me recibieron cuando aterrizó la nave? Vinieron corriendo, agitando sus lanzas. Y en la punta de cada lanza había una cabeza.

—Eso significa que le hacían un honor —explicó Raymond—. Les dije que llegaría un nuevo administrador. De modo que formaron un grupo para darle la

bienvenida y le llevaron sus trofeos como ostentación.

—¿Trofeos? ¿Quiere decir que hoy por hoy son cortadores de cabezas?

—Claro que no. Atesoran cabezas y las preservan, pero, no van por ahí matando a la gente para aumentar la colección.

—Entonces, ¿de dónde proceden las cabezas?

—Bueno, como ya sabrá, muchos de los Yorls trabajan en las minas. El trabajo es duro y no les gusta demasiado, pero, en cambio, les seduce nuestra forma de comercio. Tanto que cuando los jefes Yorl hacen sus acuerdos con Interplán, establecen una cuota. Todo Yorl que firma un contrato para trabajar en las minas, está obligado a producir una cierta cantidad de mineral. Si un Yorl no cumple con la cantidad, si es cogido escaqueándose... sus propios compañeros le cotan la cabeza sin más.

—Yo debería pensar alguna cosa para controlarlos.

—¿Quiere decir que yo debería haber hecho algo como administrador?

Philip se sonrojó pero no hizo la menor tentativa de denegar la sugerencia del otro.

Raymond suspiró.

—Quizá sintiera lo mismo cuando llegué aquí hace cinco años. Pero desde entonces he aprendido mucho. Ellos tienen sus propias leyes. Recuerde que Interplán nos envió aquí para administrar. No es tarea nuestra imponer nuestros conceptos y costumbres en este planeta. Además, el sistema funciona. Nosotros deseamos lo que producen las minas. Los Yorls se afanan para que lo obtengamos. Ellos eliminan sus propios vagos y maleantes, se despojan de sus elementos delincuentes.

—¡Pero eso no es justo! En el nombre de la humanidad...

Raymond suspiró de nuevo.

—Los Yorls no son humanos. Son *humanoides*. Eso es lo que usted no debe olvidar jamás.

Un Yorl entró en la habitación y se inclinó.

—Buenas tardes, administrador —dijo.

Philip miró a Raymond, quien asintió brevemente.

—Exacto, es la tarde. Tiene que ir acostumbrándose a la mayor cortedad de los días aquí. —Se volvió y miró al Yorl—. ¿Qué ocurre?

—Ustedes venir *torga* esta noche, tendremos *koodoo* en su honor.

—Nos invita a que vayamos al pueblo para una fiesta —explicó Raymond.

—¿Vendrán?

—Allí estaremos.

—¡Jajaja! —sonrió el Yorl muy contento—. ¡Mucha diversión!

Puede que fuera muy divertido para los Yorls e incluso para Raymond, pero a Philip no le gustó ni pizca el *koodoo*.

Permaneció sentado, sofocado bajo el calor de la calida noche, contemplando a los danzarines con una tenue sonrisa en los labios. El ruido de los tambores le produjo dolor de cabeza. Luego tuvo lugar el banquete, e intentó probar los nauseabundos alimentos que se sirvieron en él.

A Raymond no pareció importarle, aunque luego protegió su estómago con Aspergin.

A Philip no le gustaba aquello. *Eran* salvajes y ninguna cháchara cambiaría las cosas. Bailando dentro de un amplio círculo de lanzas clavadas sobre la arena (cada lanza coronada por una preservada y sonriente cabeza de Yorl), las sonrisas de los danzantes vivos parecían incluso peor.

Ahora los bailarines se habían separado en dos grupos: machos y hembras. Formaron dos filas, encarándose la una a la otra, mientras los tambores resonaban a ritmo creciente. Las filas avanzaron, hasta converger, y entonces los tambores se volvieron frenéticos. La danza había dejado de ser una danza. Era una orgía masiva. Vaya, como que estaban...

—¡Raymond! —susurró Philip—. ¡Mírelos! ¿No va a detenerlos?

—Ya le dije que tienen sus propias costumbres. Esto lo están haciendo en su honor.

—¡Es repugnante! —Philip se levantó bruscamente.

—Es natural —dijo Raymond, parpadeando—. ¿Adónde va?

—A mis habitaciones. Me temo que no doy para más.

Se alejó. El administrador no pudo alcanzarle hasta llegar al edificio de Administración.

—Regrese —pidió Raymond—. No puede hacer esto. Es un insulto que se haya marchado.

—¿Insulto? ¿Qué espera que haga? ¿Que vaya con ellos y me revuelque también?

—¿Está cabreado? Escuche, hijo, déjeme explicarle algunas cosas...

—No me interesan. Ya le he oído algunas explicaciones. Y me temo que los informes de la Compañía son correctos. Interplán me dio órdenes específicas de venir y aclarar la situación.

—¿La situación? ¿Qué situación?

Philip dudó, luego respiró a pleno pulmón.

—Siento haberlo mencionado, pero quizá sea mejor que usted sepa dónde se encuentra. Se sabe algo de usted, Raymond. Se sabe que usted ha estado dejando correr esta operación, y no lo aprueban mucho más que yo. Usted manda sobre los nativos como uno de aquellos gobernadores coloniales en los días de la prehistoria de la Tierra.

»En cinco años no ha hecho usted él menor intento de educarles, de reformarles, ni de procurarles un gobierno decente, formas decentes de conducta. En vez de ser

usted un ejemplo para ellos, se ha rebajado a su nivel.

—Muy bien. Ahora espere un minuto.

—¡No hay minuto que valga! Me haré cargo de mi puesto mañana a primera hora. Oficialmente. Usted permanecerá aquí hasta que el capitán Rand termine su trabajo en la nave, pero desde ahora estoy a cargo del mando.

—No es tan simple. Conozco a los Yorls, les comprendo. Usted no puede cambiarles de buenas a primeras —Raymond le miró con los ojos encendidos—. Tienen derecho a su propia forma de vida, a su libertad.

—Libertad no es libertinaje.

—Usted no entiende.

—Oh, por supuesto que sí, sólo que demasiado bien. No pueden mezclarse la administración y el Aspergin. De manera que vaya a la cama y duerma.

Philip giró sobre sus talones y caminó por el pasillo hacia su habitación.

No estaba preocupado. Había oído hablar de Raymond y ahora estaba él allí para hacerse cargo de los Yorls. Comenzaría al día siguiente. Y lo primero y más importante que habría que hacer sería poner fin a lo de cortar cabezas. Ya estaba bien de cabezas sobre lanzas.

Mañana, pues.

Raymond se quedó agradablemente sorprendido de ver que Philip se reunía con él para desayunar. Y su sorpresa fue mayor al comprobar que el joven aparecía de humor conciliador.

—No quiero que me interprete mal —le dijo Philip—. Sé tan bien como usted que es absurdo pretender cambiar de raíz los sentimientos de los nativos. La respuesta se encuentra en la aproximación psicológica. Es cuestión de canalizar sus agresiones.

—¿De veras?

—Usted me contó que el Yorl sólo corta la cabeza de los vagos, los malos trabajadores, los ineficaces. De ahí infiero que siempre estarán vigilando a ver quién transgrede las reglas.

—Eso es cierto, todos los Yorls vigilan muy de cerca las actividades de sus compañeros de trabajo. Es una especie de espionaje recíproco, por decirlo así.

—En otras palabras, compiten entre sí para ver quién detecta más víctimas.

—Digámoslo así.

Philip asintió.

—Si puedo proporcionarles elementos inofensivos para sus instintos de competencia, pronto los tendré funcionando normalmente.

—¿Cómo? —murmuró Raymond.

Philip sonrió de nuevo.

—Aguarde y contemple —dijo.

Para especificar, tres tardes después Philip se dejó caer por su oficina y le invitó a

la *torga*. Hacía un calor desacostumbrado, y Raymond prefirió ir en litera conducida por cuatro Yorls.

No podía imaginarse de dónde sacaba el joven su energía, pero allí estaba, saltando como un poseso, haciendo los arreglos de última hora en medio de la gran claridad que se abría ante las chozas. Se entretenía saltando dentro y fuera del ring...

Ring.

—Un minuto —murmuró Raymond—. No iré a decirme que ha planeado un combate de boxeo.

—¡Exactamente! —exclamó Philip alegremente—. Lo he acordado con los del pueblo y parecen bastante interesados. Prestaron sus servicios para levantar el ring y he hecho que las mujeres confeccionen guantes de *ritan*. Se presentó un sinfín de voluntarios para contender, una vez les expliqué los procedimientos. He entrenado a los dos que seleccionamos, y creo que organizarán un buen espectáculo. Vea, ya vienen.

Así era, en efecto. Los humanoides de pequeña estatura y piel azul se estaban congregando en torno al cuadrilátero improvisado, acucillándose sobre el suelo llano y mirando hacia arriba con expectación, mientras los Yorls contendientes se dirigían a sus rincones correspondientes. Philip, con una sudada camisa y pantalón corto, trepó por los cabos de la *porga* que hacía las veces de cordaje. Obviamente hacía el papel de árbitro, y llevaba un silbato prendido de un cordel que le colgaba del cuello. Habló brevemente con los contendientes, los pequeños boxeadores azules asintieron y le sonrieron en réplica.

Entonces se oyó un rumor de tambores y Philip se adelantó hasta el centro del tablado, alzando las manos para pedir silencio. Habló brevemente sobre las reglas del combate que se iba a celebrar y de las virtudes del viril arte de la autodefensa. Ésta, declaró, sería una lucha limpia, en la que habría que demostrar los principios más elegantes de la deportividad. Y ahora, a una señal de tambor...

La señal sonó.

Philip retrocedió.

Los Yorls avanzaron desde sus respectivas esquinas.

El gentío bramó.

Los Yorls intercambiaron expertos golpes de tanteo.

El gentío aulló.

El Yorl más alto atizó a su contrincante bajo el cinturón.

Philip se adelantó colérico.

El Yorl más pequeño alzó la rodilla y golpeó al otro en la mandíbula.

Philip sopló su silbato.

Los Yorls no le hicieron caso. Quizá ni le oyeron entre los alaridos de la concurrencia. De cualquier modo, el caso es que estaban ahora cogidos. Ambos se

propinaban puñetazos en la ingle de manera recíproca. Y se habían quitado los guantes.

Philip agitó los brazos, frenético, intentando separarles a continuación. Los Yorls habían bajado las cabezas y se atizaban más duramente. Entonces, de repente, cayeron rodando por el tablado. El más pequeño acabó colocándose sobre su oponente. Le pasó las manos en torno a la tráquea y apretó.

—¡Alto! —gritó Philip—. ¡Lo vas a matar!

El pequeño Yorl, que estaba encima del otro, asintió, sonriendo complacido. Liberó una mano pero hundió los dedos en los ojos de la víctima.

Entonces Raymond saltó al ring. Ayudó a Philip a separar al Yorl del inerte cuerpo de su oponente y dijo algo que calmara a la multitud a fin de dispensarla.

Más tarde, caminó con Philip hasta la Administración, en medio de la oscuridad.

—¡Pues no lo entiendo! —seguía diciendo Philip—. ¡No lo entiendo! Les ofrecí un sustituto lógico para sublimar...

—Quizá no tengan ganas de sublimar —dijo Raymond—. Quizá no puedan.

—Pero los principios de la psicología...

—... aplicada a los seres humanos —completó Raymond—. No necesariamente a los Yorls.

—Todavía no me doy por vencido —declaró Philip—. Sé que la idea es buena. El deporte es el mejor sustituto de la pelea. Siempre da resultado.

Entraron en la oficina. Raymond se volvió al otro.

—¿No puede darse cuenta de que los Yorls no creen en sustituciones? ¿Por qué tendrían que aceptarlas cuando tienen lo suyo propio?

—Lo *propio* —murmuró Philip—. ¡Claro! ¡Ahí está la respuesta! Nadie acepta la sustitución cuando tiene ante sí el objeto apropiado. Pero si el objeto apropiado no dura mucho, entonces tal vez se presten a cooperar.

—Si se ha traído tantas brillantes ideas —dijo Raymond—, le aconsejo que vaya olvidándolas.

Philip cabeceó.

—No son ideas brillantes. Sólo de sentido común. Usted me hizo anoche un gran favor, Raymond. No lo olvidaré.

Se volvió y se fue a su habitación. Raymond se dirigió a tomar un Aspergin.

Casi dos horas después, Raymond se tendió en la cama. Estaba agradablemente cansado, borrachín, y se sentía incapaz de prestar atención a las luces y gritos de más allá de la ventana.

Sólo cuando el Yorl entró corriendo, abrió los ojos y se incorporó.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Venga —exclamó el Yorl—. ¡Venga a la *torga*, rápido!

—¿Por qué?

Los ojos del Yorl, surcados de venas azules, dieron vueltas.

—El otro administrador está allí. ¡Él quemar cabezas!

—¡Mierda! —Raymond se levantó, afianzándose sobre sus pies mientras el Yorl le llevaba los zapatos. Tanteó en el fondo de un cajón, buscando la pistola que nunca llevaba puesta. La sintió fría y pesada mientras seguía a Yorl por el camino, corriendo en dirección a la *torga*.

Las luces se habían convertido ahora en llamas y los gritos aumentaron cuando Raymond alcanzó el claro.

El Yorl le había dicho la verdad.

Philip había esperado hasta que el pueblo se hubo sumido en la quietud, y luego se fue de choza en choza, reuniendo las lanzas, juntando las cabezas y amontonándolas como melones en una pila central situada al extremo del claro. Luego les había prendido fuego. Ardían con furia, aunque no con tanto como los mismos Yorls.

Philip estaba en pie ante el fuego, pistola en mano, enfrentándoles con actitud de desafío. Los Yorls se habían agrupado ante él en un solo cuerpo, gritando y aullando, agitando sus lanzas. Y se estaban acercando...

—¡Atrás! —gritó Philip—. ¡No quiero haceros daño! ¿No veis que esto es por vuestro bien? Es malo cortar cabezas. Es malo matar.

Raymond captó vagamente las palabras a través del tumulto. Dudaba de si los Yorls eran capaces de oír o entender, y en el caso de que así fuera, de que lo que les decía Philip significaba algo para ellos. Porque poco a poco se iban adelantando, aproximando más y más...

Una lanza pasó rozando la cabeza de Philip.

Éste no se movió. Se encaró con el Yorl que había arrojado la lanza, un pequeño humanoide azul que iba desarmado, y apretó el disparador de la pistola.

Se produjo un crujido casi imperceptible y un plateado relámpago de energía. El Yorl cayó, arrugándose y ennegreciéndose antes de tocar el suelo.

Un gran susurro emergió de la multitud y luego se elevaron cien brazos y cien lanzas los siguieron.

Y se detuvieron.

Se detuvieron, mientras la fogata de cabezas se apagaba bruscamente, hasta desaparecer del todo.

Raymond había echado agua al fuego.

Todos se volvieron cuando se adelantó y cogió a Philip por el brazo. Contemplaron cómo le cogía la pistola y le conducía al centro de la fogata muerta. Contemplaron cómo arrojaba al suelo su propia pistola.

Raymond alzó los brazos por encima de su cabeza.

—Lo siento muy de veras —murmuró—. Se ha cometido un error, pero nunca

más volverá a suceder. Os pedimos que nos dejéis ir en paz.

En silencio, se internó con Philip en la oscuridad.

Era ya la tarde del día siguiente cuando Philip entró en la oficina. Raymond se le quedó mirando, a la expectativa.

—¿Va a hacer su equipaje? —preguntó con aire de distraído.

—No he dejado el trabajo. ¿Por qué debería hacerlo?

—Ha ofendido mortalmente a los Yorls. Ha violado el gran tabú. Mató a uno de sus jefes.

Philip movió la cabeza negativamente.

—Fue en defensa propia —dijo—. Lo que hice, estuvo bien.

—De acuerdo con sus reglas, sí. Pero los Yorls...

—¡Mire!

Philip alzó el dedo señalando un rincón. Un sirviente Yorl permanecía allí acuclillado, con su rostro azul del color de la ceniza y los ojos desorbitados por el terror.

Philip sonrió.

—¿No lo ve? Ahora me teme. Todos me temen después de lo de anoche. No me había dado cuenta hasta ahora, pero hice lo que era necesario. Poniendo fin al fetichismo de las cabezas, destruyendo sus trofeos, he demostrado que un humano es más fuerte que su cultura bárbara...

—Pero ahora sienten odio hacia usted...

—¡Absurdo! Me odiaban la noche pasada y hasta estoy seguro de que una vez nos marchamos, rezaron por mi aniquilación. No pretendo entender sus supersticiones, pero apuesto a que esperaban que sus dioses acabaran conmigo con una lluvia de fuego. De modo que cuando volví al pueblo hoy, fue como un golpe verme vivo y sano.

—¿Volvió al pueblo?

—Vengo de allí —Philip miró despreocupadamente al Yorl, que se encogió—. He ahí la reacción que ahora obtengo de ellos. Nadie se atreverá a hacerme daño, nadie se atreverá a dirigirme la palabra. Les he sometido y ahora están bajo la ley. A partir de este momento, se acabaron las cabezas. Las minas se reestructurarán eficientemente a tenor de mis órdenes y bajo mi responsabilidad.

Raymond sacudió la cabeza.

—Pero fue usted el que objetó mi colonialismo, así lo llamó usted. Pensé que no le gustaba lo de tener criados ni darles órdenes.

—Y no me gusta —contestó Philip—. No en lo que respecta a mi condición personal. Pero esto es diferente. Estamos trabajando con algo fundamental. A fin de implantar la civilización y la salud, uno debe dar órdenes y hacerlas cumplir a la fuerza.

Raymond suspiró.

—¿Y los deportes? —preguntó suavemente—. ¿Debo suponer que ya no son importantes bajo el nuevo régimen?

Philip sonrió.

—Si quiere incurrir en el sarcasmo, ahórrese el esfuerzo —replicó—. Porque, desde luego, no tengo intención de abandonar el programa. Los nativos necesitan expandir su agresión. Y tal como dije antes, abrazarán lo nuevo más voluntariosamente. Ya lo están haciendo.

—¿Ahora?

—Sí. Impartí instrucciones a los del pueblo. Están construyendo un campo de fútbol.

—¿De fútbol?

—Por supuesto. Tendría que haber pensado en ello antes, en vez de ese asunto enfermizo del boxeo. El fútbol es un deporte natural. Exige la participación de conjunto y permite canalizar la actividad de un número mayor de nativos. Constituye la sublimación ideal: el hecho de que un grupo de gente fornida tome parte en un deporte canaliza también los instintos emocionales de los espectadores. Organizaré los equipos y los adiestraré. A su modo, me seguirán. Unas cuantas sesiones y pases de cabeza, un poco de táctica moderna y ya verá cómo resulta. Para mañana espero que levanten las porterías.

—Por favor, está usted cometiendo una equivocación. No puedo quedarme aquí viendo cómo hace usted estas cosas.

—No es necesario que sea así —rió Philip de nuevo—. Evitaré que esté usted por allí para ver los resultados. La nave parte dentro de tres días —se giró—. Bien, no le entretengo más. Me imagino que tendrá que hacerse el equipaje.

Raymond no quería hacerlo pero lo hizo. Durante los dos días siguientes no vio a Philip. Si estaba organizando y entrenando a sus equipos, no hubo señal de ello. Raymond no hizo el menor esfuerzo por visitar la *torga* ni por inspeccionar el campo de juego que se abría tras ella. Hizo su equipaje y se tomó increíbles raciones de Aspergin.

La noche anterior al día de partida, Raymond, repentinamente, se sintió muy viejo, muy cansado. Se echó atrás en la silla, juntando las manos sobre su abultado vientre.

El Yorl le encontró así.

—Buenas noches, administrador. ¿Va a venir ahora?

—¿Adónde?

—A ver el partido.

—¿El partido? ¿Quieres decir que vais a jugar al fútbol ya?

—Sí. Partido de fútbol ahora. En su honor.

—De acuerdo. Pero sólo un ratito.

Raymond se levantó, luchando contra la fatiga y los adormecedores efectos del Aspergin. No quería ir, pero era la última noche y los Yorls podrían molestarse. En realidad, eran como niños, siempre querían compartir sus placeres con él.

Quizá fuera una buena idea. Dar crédito a la evidencia. Si Philip ya podía organizar un partido de fútbol, al cabo de tres días, merecía algún reconocimiento.

Los Yorls habían encendido antorchas de fuel-oil en torno al campo de juego y las llamas iluminaban la escena. Los tambores sonaban con alegre excitación y la azulada concurrencia cabriolaba con frenético entusiasmo, mientras varios caudillos de segunda fila agitaban lanzas en una versión Yorla de la animación.

Los dos equipos estaban ya en el campo, enfrascados en furiosa camorra. No había compulsión en sus movimientos, como tampoco el menor vestigio de contención entre los espectadores.

Raymond suspiró. Philip había obrado correctamente y él había estado equivocado. La evidencia que se mostraba ante sus ojos constituía la prueba final. Una vez más, el juego sustituía lo real y los Yorls consentían en ello, al igual que los humanos. A partir de ahora, el resto sería fácil. En cinco años, Philip les tendría a todos trabajando en las minas y pagando impuestos. Se transformarían en una comunidad civilizada, con cárceles, orfanatos y asilos.

De algún modo, nunca había creído que pudiera dar resultado de esta forma.

Un jugador de uno de los dos equipos estaba preparándose para dar un punterazo al balón. Raymond intentó localizar a Philip en el campo. Sin duda estaba actuando de árbitro.

Raymond revisó el campo a la luz de las antorchas, pero no pudo verlo. Todo cuanto podía divisar era la pelota, que ahora se colaba en una portería. Y la multitud aulló.

La multitud aulló y Raymond suspiró de nuevo. Se dio la vuelta y cogió el camino de regreso al edificio de la Administración. Estaba cansado, pero tendría que deshacer el equipaje, y también escribir un informe a Interplán, dando cuenta de que él había estado en lo cierto y no Philip. Tendría que explicar que el progreso no llegaría a Yorla. No comprendían nada de sublimación ni de enténderselas con objetos inservibles. Jugarían al fútbol, sí, pero sólo por trofeos auténticos, como el que había visto penetrando por entre los postes de la portería.

La cabeza de Philip...

ROBERT BLOCH

ESPEJISMO

The Bald-Headed Mirage

El asteroide no tenía nombre, a menos que uno quisiera emplear la palabra de cuatro letras con la que Chuck lo había designado mientras enfilaba la nave hacia él.

A Barwell no le gustó la palabra, como no le gustaba ninguna de las que Chuck usaba. Tiempo atrás, antes de los viajes espaciales, la gente que tenía un vocabulario tan limitado e insípido como el de Chuck era descrita a menudo como «mundana». Barwell se preguntó cómo debería llamarse hoy: ¿Planetaria? ¿O asteroidea?

No tenía importancia. Lo que importaba era que Chuck había resultado ser un típico explorador espacial. Algún día él y sus compañeros se convertirían probablemente en leyenda como heroicos pioneros interplanetarios, al igual que habían sido mitificados los antiguos norteamericanos del oeste. Canciones y sagas se escribirían en torno a sus exploraciones temerarias, su atrevida visión, su lucha por la libertad, su esfuerzo por conquistar las estrellas.

Pero un hombre como Barwell, que tenía que vivir con ellos ahora, sabía que los exploradores espaciales no eran probablemente diferentes de sus contrapartidas terrestres. Mal adaptados, antisociales aberrantes que huían de las responsabilidades de la sociedad organizada y de los castigos de la ley. Buscaban los cielos no por anhelo poético, sino huyendo de las deudas, cargos por extorsión asesinatos, citaciones judiciales... y lo que esperaban encontrar no era las bellezas naturales sino la rapiña. No eran instados por la razón sino por el afán de pillaje... y como la mayoría de ellos eran torpes e incultos, les tocaba por compañeros hombres como George Barwell, a fin de equilibrar la balanza con la aportación de su inteligencia.

Quizá, razonaba Barwell, estaba siendo injusto. Chuck, como la mayoría de sus contrapartidas, era más que fuerte; poseía coordinación natural, natural comprensión que se manifestaba en las aptitudes mecánicas. Era, en una palabra, un piloto jodidamente bueno, al igual que los patanes del viejo oeste a menudo habían sido jodidamente buenos montando a caballo, conduciendo diligencias, marcando ganado, cazando y explorando. Lo que les faltaba de raciocinio estaba al cargo de Barwell.

Juntos formaban un equipo... cerebro y cerebelo, más una *medulla oblongata* psíquica compuesta de una fusión de cualidades diversas.

Sólo que, cuando aterrizaron sobre el asteroide, Barwell estaba ya jodidamente asqueado de las palabras de cuatro letras de Chuck. Chuck tenía una palabra de cuatro letras para cada cosa durante la larga travesía: para describir la comida, el confinamiento en la estrecha cabina de la nave, su necesidad para una descarga sexual. Chuck no hablaba sobre nada más ni estaba interesado en otra cosa.

Los gustos de Barwell corrían hacia lo poético; el viejo estilo poético de tiempo atrás, completado con rima, metro y onomatopeyas. Pero era absurdo mencionarlo a propósito de Chuck; si se le hubiera citado un título como *La carga de la Brigada Ligera*, Chuck habría pensado que se trataba del suministro de narcóticos de algún regimiento. Y en cuanto a *La agonía del último juglar...*

No, no era fácil para Barwell mantenerse en silencio y permitir que Chuck lo dejara con la palabra en la boca. En cuanto a... los depósitos minerales que iban a buscar y el... dinero que sacarían en cuanto volvieran a... Cúpula Lunar y lo contarán a todo quisque...

Para Barwell era más fácil guardar silencio, aunque no demasiado fácil. Y cuando se aproximaron a la superficie del asteroide estaba ya hasta las narices de su compañero y sus pedestres aspiraciones. Si George Barwell hubiera invertido su pequeña herencia en una nave de segunda mano a fin de manipularla él solo, no habría dado resultado porque él quería la riqueza para compensar sus instintos agresivos contra la sociedad. Sabía exactamente lo que hacer con su dinero, si la empresa tenía éxito. Se compraría un pequeño lugar más allá de Plutón y se forjaría un interplanetario lago de Walden. Se instalaría allí para escribir poemas al viejo estilo; no el intermedio verso libre de la primera época espacial ni la síntesis fonética de hoy, surgida de lo que los entendidos llamaron un día «jazz progresivo». Esperaba también hacer alguna erudita y costosa investigación con las inapreciables grabaciones de las canciones populares olvidadas.

Pero no había tiempo para tales especulaciones ahora, ni tampoco tiempo para la poesía. Rozaban ya la superficie del asteroide, con el piloto automático desconectado, claro, mientras los instrumentos calibraban la gravedad, el oxígeno, la densidad, la radiación, la temperatura y todo lo demás. Chuck estaba a los mandos, listo para tomar tierra en cualquier momento.

Barwell comprobó el registro de los resultados y los estudió.

—Todo saldrá bien —murmuró—. Uno y cuarto de gravedad no es problema. Pero tendremos que ponernos las burbujas. Y...

Chuck sacudió la cabeza.

—Muerto —murmuró. Aquélla era una de las cosas nefastas que había en un viaje de tal jaez... ambos habían adquirido el hábito de murmurar; no conversaban

realmente, se limitaban empero a vocalizar un monólogo interior— Todo muerto, desierto y montañas. Claro, buscamos las montañas pero ¿por qué tiene todo que estar muerto?

—Porque es un asteroide. —Barwell se dirigió a un punto desde el que gozara de visión—. Raramente se encuentran depósitos minerales en cuerpos habitados.

Su, mente jugo a las usuales paradojas, contradiciendo su afirmación. Pensó en los depósitos minerales que había visto en forma de oro y diamantes, ornando las mujeres de la ciudad de la Cúpula Lunar; depósitos minerales en cuerpos muy habitados. Y tal pensamiento le permitió todavía otro; las premisas subyacentes en la mayoría de las novelas espaciales que había leído, o, para el caso, el llamado «relato objetivo» de un viaje espacial. En casi todos ellos se hacía hincapié en la emoción y el desafío implicados en los vuelos expedicionarios. Pocas eran lo bastante sinceras para presentar la realidad de la perspectiva del hombre espacial: la constante frustración física. Cuando arribara a su interplanetario lago de Walden, se aseguraría de llevar consigo alguna compañía femenina. Todo viaje espacial tendría que estar provisto de soluciones sexuales. Aunque satisfacer la libido costaba dinero. Libídine masticable.

—¡Mira! —Chuck no murmuraba ahora, sino que gritaba. Y apuntaba al visor de proa.

Barwell miró abajo.

Se trataba de una elevación de una media milla, sobre el desierto, y del blanco cielo ardiendo impíamente sobre una infinita extensión de soledad... la chata, monótona extensión de la arena o detritus como un apacible lago sin surcos. *Un lago en el que los gigantes se bañaban, sumergidos hasta el cuello...*

Barwell los estaba viendo: cuatro gigantescas cabezas calvas en fila. Se volvió a Chuck.

—¿No decías que muerto? —murmuró—. Hay vida aquí. Compruébalo por ti mismo.

—Son piedras —gruñó Chuck—. Sólo piedras.

—A mí me parecen cabezas.

—Lo parecen desde este ángulo. Espera, daré otra vuelta.

La nave obedeció, planeando más bajo.

—Estatuas —decidió Barwell—. Pero son cabezas, ¿verdad que lo ves?

—¡...! —exclamó Chuck. No fue una réplica, sino tan sólo una forzosa observación. Y ahora podía ver Barwell lo que el otro observaba. Las cuatro cabezas colocadas en la arena estaban esculpidas artificialmente y en las cuencas de los ojos brillaba un vivido resplandor.

—Esmeraldas —murmuró Chuck—. ¡Esmeraldas tan grandes como ruedas de tren!

—No puede ser —dijo Barwell sacudiendo la cabeza—. No hay tales concentraciones de estratificación...

—Yo las veo. Y tú también.

—Espejismo. Alguna clase de depósito ígneo...

—¡Pero qué...! ¿No puedes hablar en cristiano, como yo? —exigió Chuck—. No hay tal espejismo. Es real. ¿Quién ha oído jamás hablar de un espejismo con cabezas calvas?

Se puso a bufar y atendió los mandos.

—Pero ¿qué crees que están haciendo?

—Preparar el aterrizaje, eso es todo.

—Espera un momento...

—¿Para qué? Oye, son esmeraldas...

—Muy bien, haz lo que te parezca. —El tono de Barwell fue suave pero algo en él provocó la vacilación de Chuck.

—Pensemos algo un instante —continuó—. Tenemos que lo que hay allí son cabezas de piedra. Y que en sus ojos hay alguna clase de ornamento.

—¡Esmeraldas, leche!

—Ésa es cuestión secundaria. Lo importante es que las estatuas no han brotado por generación espontánea.

—¿Querías hablar como Dios manda?

—Alguien ha tenido que *hacer* las estatuas. ¿No lo ves? Tiene que haber vida ahí abajo.

—¿Y qué?

—Y aterrizaremos a una distancia prudencial. Y saldremos armados. Armados y con cautela.

—De acuerdo. Y cualquier cosa que asome la cabeza, me lo cepillo.

—No te cepillarás nada. No hasta que no sepas de que se trata y si manifiesta o no hostilidad.

—Dispara primero y pregunta después.

Chuck repetía el código que era más viejo que las montañas. *El único indio bueno es el indio muerto*. ¿Es el prejuicio un mecanismo de supervivencia?

La respuesta automática e instantánea de Chuck ante cualquier cosa nueva o distinta era la destrucción. La de Barwell sería investigar e intelectualizar. Se preguntó cuál de las dos era la reacción correcta y luego decidió que dependía de las circunstancias personales. Pues uno nunca debe generalizar, porque todo es único... y hasta esto es una generalización.

De todos modos, Barwell cogió las armas mientras Chuck se preparaba para aterrizar. Abrió el compartimento y extrajo los trajes y cascos en forma de burbuja. Comprobó el conducto de oxígeno de las botellas. Echó mano de los cinturones

alimenticios. Sacó el calzado. Y todo el rato estuvo sumergido en su corriente de conciencia. Las burbujas subían.

Colón, abrochándose la coraza antes de poner los pies en San Salvador... Balboa, que hacía el *voyeur*, mirando a hurtadillas un pico de Darién... Henry M. Stanley, presumiblemente con el doctor Livingstone... la primera huella sobre la luna y el primer hombre que garrapateó *Kilroy estuvo aquí* y desfiguró el paisaje lunar con una interjección obscena... una lejana memoria de las colinas de California y un mensaje medio borrado escrito sobre la roca: *Ayudadme a extinguir la realidad*... ¿qué valdría esta tierra si aquello eran esmeraldas?... Islas Esmeralda... cuando los ojos irlandeses están inyectados en sangre, de veras, es como... pero los ojos no eran esmeraldas, era un espejismo... un espejismo con cabezas calvas... un milagro de conveniencia. *¿Qué piensas cuando estás a punto de aterrizar en un mundo ajeno y extraño? Piensas que sería maravilloso estar de regreso en la ciudad de la Cúpula Lunar, instalado ante una buena comida de huevos deshidratados o pasando una mala noche con una mujer deshidratada.* Mujeres en polvo. Una nueva receta. Añádase agua y agítese. Sirve para dos ocasiones. *En eso estás pensando, en eso es en lo que siempre piensas.*

¿Y Chuck? ¿En qué estaba pensando él?

—Lo mejor será que uses el tubo de relevo antes de ponerte el traje y salgas —gruñó Chuck.

Ése era Chuck: el hombre práctico.

Y con esa observación, la expedición propiamente dicha tuvo su comienzo.

El sudor al abrir la compuerta. El esfuerzo de bajar la escalerilla para hacer pie. El contacto con la dura arena... Las silbantes corrientes de los tubos de oxígeno. El brillo cegador de la claridad exterior, hundiéndose en el cráneo a través de los ojos por largo tiempo acostumbrados a la penumbra. Nuevamente el sudor dentro del traje espacial, la tirantez muscular ante cada paso realizado, la pesadez de la botella de oxígeno y las armas. *Oh, los pioneros...*

—¡Oh...! —exclamó Chuck. Barwell no podía oírlo, pero como todo hombre del espacio, siempre permanecía atento. También había aprendido a mantener la boca cerrada, pero ahora, al volverse hacia las cabezas de piedra que se elevaban una docena de millas a la derecha, rompió su autoimpuesta regla del silencio.

—¡Han desaparecido! —exultó. Y entonces parpadeó, como si el eco de su propia voz replicara en el interior de la burbuja en que su cabeza estaba incrustada.

Chuck siguió su mirada y asintió.

Las cabezas habían desaparecido.

No había posibilidad de fallo en los cálculos de aterrizaje. Chuck se había alejado diez o doce millas del lugar avistado. Y Barwell recordaba ahora que había permanecido largo rato mirando a través del visor mientras había estado preparando

el traje y el casco. Las cabezas habían permanecido visibles entonces.

Pero habían desaparecido.

Nada en ninguna parte, salvo la extensión arenosa. Y muy a lo lejos, a la izquierda, las montañas.

—Espejismo —susurró—. Era un espejismo a fin de cuentas.

Chuck le leía los labios. Sus labios formaron una frase. No fue exactamente una frase... tan sólo una reacción obscena.

Como por consenso que no necesita palabra, ambos hombres se volvieron a la nave. Subieron la escalera, cerraron las compuertas y se quitaron cansadamente los trajes.

Sufrimos locura espacial —murmuró Chuck—. Los dos. —Cabeceó—. Pero yo las vi. Y tú también.

—Reemprendamos nuestro curso y sigamos adelante. —Barwell esperó hasta que vio asentir a Chuck. Entonces ocupó su puesto ante la pantalla y el tablero de mandos.

—Métele mucho gas en el despegue —gruñó Chuck—. ¡Mierda de carraca!

—Si encontramos lo que estamos buscando, podrás tener uno nuevo. Una flota entera —le recordó Barwell.

—Claro. —Chuck hizo una prueba, luego se sumió en su tarea. Hubo un bandazo.

—Tranquilo —recomendó Barwell.

Chuck replicó con una sugerencia tan imposible como rayana en la indecencia, pero obedeció. La nave se deslizó rozando el suelo.

—¿Listo? —murmuró Barwell.

—Eso creo.

La nave se elevó y los dos hombres lanzaron una mirada abajo. Mirada abajo al vacío panorama.

—Si Eliot estuviera vivo siquiera para verlo —se dijo Barwell en voz alta.

—¿Quién?

—T. S. Eliot. —Barwell se detuvo—. Un poeta menor.

—T. S. ¿qué? —bufó Chuck. Luego se contuvo—. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Prosigamos la travesía. Nos dirigiremos a las montañas. De cualquier modo teníamos que ir allí.

Chuck asintió y se volvió. La nave ascendió, ganando velocidad.

Barwell contempló la aridez del desierto, y a continuación se refrescó dejándose sumergir en su corriente de conciencia.

Bien: Colón quedó decepcionado con San Salvador también; no era realmente Asia. Y Balboa jamás puso el pie en ningún pico de Darién, salvo en el poema. Donde estuvo fue en el istmo de Panamá. Henry D. Stanley no pudo convencer al doctor Livingstone de que volviera con él, y el primer hombre que alcanzó la luna fue

el primero en morir allí. Y no había mujeres deshidratadas, ni hidratadas tampoco. *Agua, agua por todas partes y ni una gota para beber.*

Retornó el sentimiento de frustración y Barwell pensó en la única mujer que había amado de veras, deseando que estuviera junto a él de cualquier modo ahora, al igual que había permanecido a su lado en un tiempo remoto.

—¡Pero si están ahí!

El grito de Chuck le secó las incipientes lágrimas de compasión, alejándola del torbellino del recuerdo. Barwell miró abajo.

Las cabezas emergían del desierto que abajo se abría. Los inmensos ojos relampagueaban.

—Vamos a bajar —le dijo Chuck.

Barwell se encogió de hombros.

De nuevo la interminable rutina. Pero esta vez fueron más precavidos: no abandonaron el visor para asegurarse de que las cabezas de piedra eran todavía visibles y aterrizaron a una milla escasa.

Las cabezas seguían sobresaliendo.

Luego fueron abiertas las compuertas, descendida la escalera y ellos salieron. Salieron al vacío.

—¡Se han largado!

Ambos hombres murmuraron simultáneamente.

Entonces caminaron, hastiados, las armas preparadas, a través de la árida explanada. Y retornaron de nuevo hastiadamente.

En la cabina, interminablemente, arguyeron y discutieron.

—Desaparecidas con el viento —suspiró Barwell—. Sólo que no hay viento.

—No puede ser un espejismo. Vi las esmeraldas tan claro... —Chuck cabeceó—. Pero si lo es, ¿por qué mierda tiene que serlo a base de cabezas de piedra? De aceptar espejismos, yo preferiría...

—Y procedió a describir sus preferencias en cuanto a espejismos muy gráficamente. Fue Barwell quien resolvió la situación.

—Las montañas —dijo—. No perdamos más tiempo.

De modo que se dirigieron a las montañas.

Esto es, *se acercaron* a las montañas, planeando bajo y aterrizaron al pie de ellas. Miraron furtivamente la brillantez de la escena, pero no había cabezas de piedra; sólo el contorno de los grandes picachos en la distancia.

Abandonando la nave, se dispusieron a ir a pie, a escalarlas y a maldecirlas. Pues al cabo no hubo sino juramentos murmurados. Porque no había nada que escalar. Las montañas eran sólo otra clase de espejismo... palpable, pero no sólido. Montañas de detritus, montañas de polvo en el que los dos hombres se hundieron rápidamente mientras hacían esfuerzos por retroceder.

—Ceniza volcánica —dijo Barwell, a través del casco—. He aquí la respuesta.

Chuck tenía otra respuesta pero Barwell la ignoró. Sabía que su búsqueda era quijotesca. No iba a haber depósitos minerales en el suelo inexistente de aquel asteroide; se trataba tan sólo de una gigantesca concentración de lava pulverizada viajando por el espacio y formada por la remota erupción de algún volcán de cualquier distante planeta. O eso o un subproducto meteórico. La explicación correcta no importaba. Lo que importaba era que allí no iban a encontrar ninguna clase de riqueza. Tendrían que regresar a la nave.

Los dos hombres se volvieron, con los aseguradores de su calzado inútiles sobre la deslizante arena, mientras recorrían pesada y pausadamente una vez más la explanada. Podían ver en la distancia la mancha negra de la nave. Se hacía difícil caminar, pero siguieron adelante en tanto la mancha se agigantaba, el objeto agigantado se convertía en algo reconocible y el algo reconocible en...

Chuck debió haberlo visto primero, porque se detuvo. Entonces miró Barwell. Incluso ante el molesto brillo se agrandaron sus ojos al mirar la nave; al contemplar el aplastado y retorcido casco que había sido destrozado...

Entonces echaron a correr sobre el llano, lanzados a todo correr hacia la catástrofe. Todo pareció existir a una velocidad menor, como en una pesadilla, aunque la pesadilla continuó. Continuó cuando miraron abiertamente la plateada proa aplastada de forma increíble; y se mantuvo cuando ascendieron la escalera y encontraron cerrada la estrecha entrada.

Se quedaron abajo, sobre la superficie arenosa, sin necesidad de pronunciar ninguna palabra. Ambos conocían la situación. Alimentos y agua para un día, si es que se atrevían a quitarse los cascos para ingerirlos. Oxígeno para quizás otras doce horas como mucho. Y luego...

No había forma de reconstruir lo sucedido, ni por qué ni cómo. Todo lo que ahora parecía importante era el *fait accompli*.

«Destino *accompli*»^[2], se dijo Barwell. Y eso fue todo lo que pudo decirse o confiarse a sí mismo. Contemplando los aplastados costados de la nave espacial, experimentó la sobrecogedora sensación del horror. Pues el fenómeno era ajeno.

Ajeno. Una superusada y mal usada palabra, que no podía expresar lo inexpresable. Ajeno: extraño. Extraño para comprender, extraño para la comprensión humana. Barwell recordó la definición de Arthur Machen del verdadero mal: cuando las rosas cantan.

Cuando las rosas cantan.

Quizás *ajeno* no sea siempre sinónimo de *mal*: pero algo había destruido la nave. No había viento, no había vida; sin embargo, habían caminado unas millas y habían regresado y la nave estaba destrozada.

Las rosas estaban cantando. ¿Qué es una rosa? Barwell pensó en una poetisa muerta hacía mucho, Gertrude Stein. *Una rosa es una rosa es una rosa*. Y añadía: *es el mal*. Pero las rosas vivían, el mal vivía... ¿existía realmente lo impalpable? *Una rosa con cualquier otro nombre...*

—Mierda, ¿qué ha pasado? —Chuck y la voz de la realidad. Él nada tenía que ver con rosas, neurosis ni cosa parecida. Él quería identificar al enemigo, localizarlo y golpearlo. Y con la vuelta a la realidad, Barwell (como una rosa) se marchitó.

Era una situación a la que no podía aplicarse ninguna teoría, ni la más abstrusa especulación. La nave había dejado de existir. Habían varado con suministro de alimento y oxígeno para corto plazo. Una clara apelación a Chuck y sus instintos pioneros: ¿o se habría ido su instinto pionero también por tierra?

Barwell vaciló desvalidamente, esperando que su compañero hiciera el primer movimiento. No un cetro que cambiara de manos, sino la compartida sensación de que se trataba de una abdicación. *El rey ha muerto, larga vida al rey. Por lo menos, durante otras veinticuatro horas.*

Ambos sabían que no valía la pena gastar oxígeno intentando hablar. Cuando Chuck se volvió hacia el espejismo montañoso, Barwell lo siguió sin siquiera mover sus labios para dar su consentimiento. Al menos allí habría sombra y refugio. El desierto no tenía nada que ofrecerles. El desierto era el vacío y todo él un espejismo. Una vez más, Barwell pensó en un lago.

Lago. Mientras caminaba tras la figura de Chuck, se preguntó qué ocurriría si — como en las antiguas novelas espaciales—, los alienígenas invadieran la Tierra. Serían enviados primeramente en grupos exploradores; quizás uno o dos de una vez, en naves pequeñas. Una vez establecida la premisa de que sus órganos corresponden más o menos a los de los humanos y de que proporcionan expresiones similares, ¿qué podrían sacar en conclusión desde una expedición que planeara sobre la tierra a una altura de unos cuantos cientos de millas?

Lo primero que advertirían sería que la superficie de la Tierra posee algo más de tres cuartas partes de agua y menos de un cuarto de tierra. Así, la conclusión es lógica; si hay alguna vida, las oportunidades se inclinan porque la vida sea *marina*, o, en el mejor de los casos, anfibia. Los habitantes de los grandes mares debían ser las mayores y más inteligentes formas de vida. Conquista los peces y regirás el mundo. Una noción altamente sensible, verdaderamente.

Pero hay veces en que no es el mejor sentido el que prevalece. Y si los alienígenas no hubiesen podido entender la existencia de la humanidad bruscamente, ¿cómo entonces iba a entender la humanidad la a-humanidad?

En pocas palabras: ¿había vida en este asteroide, vida que Barwell no podía detectar?

Mientras hay vida hay esperanza. Pero Barwell no tenía esperanza. Tenía apenas

una premisa. Algo había destrozado la nave espacial. ¿De dónde había surgido aquello, adónde había ido? ¿Cómo ensamblarlo con la vida tal como él la conocía, dónde estaba la diferencia? Y el desierto... ¿era un desierto? Las montañas no habían sido montañas. Y el espejismo había sido...

Chuck no se enfrascó derrochando palabras, ni siquiera las obscenas. Se limitó a volverse y aferrar el brazo de su compañero con un guante plastimetálico. Lo aferró duramente y se volvió, señalando con su mano libre. Señaló ante sí, a las cabezas de la arena. Sí, allí estaban.

Barwell podía haber jurado que las cabezas no habían estado allí un momento antes. Pero allí estaban, recortadas contra la superficie arenosa, apenas a una milla delante de ellos. Incluso en la distancia se veían los ojos esmeraldinos brillar y relucir, brillar y relucir como ningún espejismo haría.

Cuatro inmensas cabezas de piedra con ojos de esmeralda. Visibles para ambos; visibles para ellos *ahora*.

Los labios de Chuck formaron una frase tras el casco.

—Sigámoslas mirando —dijo.

Barwell asintió. Ambos hombres caminaron hacia ellas, lentamente.

La contemplación era intensa, fija en la lívida llama que despedían las monstruosas esmeraldas. Barwell sabía, o creía saber, lo que Chuck estaba viendo. Riqueza, infinita riqueza.

Pero él veía algo más.

Veía todos los ídolos de todas las leyendas; los ídolos con las cuencas llenas de joyas, que se desplazaban entre los hombres para maldecirlos y prodigar destrucción. Veía los monolitos de Stonehenge y las grandes estatuas de la Isla de Pascua y el pétreo horror bajo las aguas en la sumergida R'lyeh^[3]. Y las aguas le recordaron de nuevo el lago, y el lago de los alienígenas que podían concebir falsamente e interpretar mal las formas vitales de la Tierra, provocando en réplica un curioso concepto. Hubo una vez un hombre llamado Ouspensky que había especulado sobre la posibilidad de *variedades* de tiempo y diferentes *clases* de duración. Quizá también vivían las piedras, pero a un paso infinitamente lento en comparación con la carne, de modo que la carne no advirtiera la palpitación de la piedra.

¿Qué forma podría tomar la vida, si forjada en juego, naciera precipitadamente de la ígnea erupción de un volcán? Grandes cabezas de piedra con ojos de esmeralda...

Mientras tanto, caminando lentamente, se acercaban más y más. Las cabezas de piedra eran seguidas con la mirada y no desaparecieron. Las esmeraldas brillaban y ardían y Barwell no pudo ya pensar; sólo podía mirar y de nuevo intentar sumirse en sus pensamientos. La fresca corriente de conciencia aguardaba. Pequeños retazos de

pensamiento afloraron.

Ojos esmeraldinos. Su amada tenía ojos esmeraldinos; a veces turquesa, a veces suave jade, pero su amada no era de piedra. Y ella se encontraba a muchos mundos de distancia y él se encontraba allí, solo en el desierto. Aunque no donde deseaba encontrarse... sumergirse ahora en la corriente, hacer uso de los fantásticos pensamientos para apartarse de la realidad aún más fantástica. Pensamientos de cualquier clase salvo de esmeraldas, pensamientos que envolviesen las estrellas remotamente olvidadas y una forma artística no menos remotamente olvidada, el cine; pensar en Pearl White, en Ruby Keeler, en Jewel Carmen y en lo que fuera, salvo esmeraldas; pensar en Diamond Jim Brady y las fabulosas piedras de la historia que los hombres desgajaban de la tierra por el amor de una mujer. *El amor se encuentra rodeando el Kohinoor.* Fe, la Diamantina Esperanza, y Caridad...

Ojos esmeraldinos... Esmeralda y el *Jorobado de Notre Dame*... El título de Hugo era *Notre Dame de París*... la inmensa catedral con sus gárgolas de piedra... pero las piedras no miran... ¿o lo hacen? *Las esmeraldas estaban mirando.*

Barwell parpadeó, sacudiendo la cabeza. Medio se volvió, advirtiendo que Chuck se había lanzado en frenética carrera a medida que se aproximaba a los cuatro fantásticos monumentos izados en la arena. Resoplando, lo siguió. Chuck no veía lo que veía él: eso era obvio. Incluso a costa de la vida, anhelaba las esmeraldas. Incluso a costa de la vida...

Barwell se las arregló para alcanzar a su compañero. Lo cogió por los brazos y lo detuvo. Chuck lo miró mientras sacudía la cabeza y vocalizaba palabras.

—¡No te acerques más!

—¿Por qué no?

—¡Porque están vivos!

—Absurdo. —No fue la palabra usada por Chuck, pero Barwell adivinó su significado.

—Están vivos. ¿No los ves? Roca viviente. Con su inmenso peso, el desierto es como el agua, como un lago en el que ellos pueden sumergirse a voluntad. Sumergirse y reaparecer hasta la altura de sus cuellos. He ahí por qué desaparecían, porque estaban nadando bajo la superficie...

Barwell *sabía* que estaba derrochando un oxígeno precioso, pero quería estar seguro de que Chuck iba a comprender.

—Deben haberse acercado a nuestra nave, y después de examinarla la deben haber desechado.

Chuck se giró y eructó otra palabra que venía a ser algo así como «absurdo», y se libró del apretón.

—No... no vayas.

Pero Chuck tenía el espíritu de los pioneros. Reflejo asimiento-garra-empuje-

botín-rapto. Sólo podía ver las esmeraldas; los ojos que eran más grandes que su estómago.

Y comenzó a correr las últimas quinientas yardas, por encima de la arena hacia las cuatro erguidas cabezas que aguardaban, *contemplaban* y aguardaban.

Barwell se esforzó tras él... o intentó esforzarse. Pues solo pudo moverse hacia delante, advirtiéndolo mientras lo hacía que las inmensas cabezas de piedra estaban abolladas y erosionadas, pero no *cinzeladas*. Ningún hombre ni ningún imaginable alienígena había esculpido aquellos semblantes. Pues no eran resemblanzas sino presencias. *La roca vivía, la piedra sentía.*

Y los ojos esmeraldinos se movieron...

—¡Vuelve!

Gritar era más que inútil, pues Chuck no podía ver su rostro tras el casco. Sólo podía ver las grandes caras delante de él y las esmeraldas sobre ellos. Sus propios ojos estaban cegados por el hambre, por una codicia mayor que la necesidad.

Jadeando, Barwell alcanzó al corredor, dándole la vuelta.

—No te acerques —le dijo—. No te acerques más... te aplastarán como aplastaron la nave...

—¡Mientes! —exclamó Chuck, girándose y apuntándole repentinamente con su arma—. Quizá sea también un espejismo. Pero las joyas son auténticas. Ya sé lo que te propones, tú... quieres quitarme de en medio, hacerte con las esmeraldas, reparar la nave y marcharte. Sólo que yo estoy primero porque ésa es también *mi* intención.

—No... —balbució Barwell, advirtiéndolo al instante que algún poeta dijo alguna vez «Di sí a la vida», dándose cuenta simultáneamente de que no había tiempo para más afirmaciones.

Porque el arma detonó y Barwell cayó al suelo; cayó en la corriente de conciencia y más allá aún, en la burbujeante negrura de la corriente de inconsciencia donde no había cabezas de piedra ni ojos esmeraldinos. Donde no había, ya nunca más, ningún Barwell...

De manera que Chuck permaneció sobre el cuerpo de su amigo caído, al pie de la gran cabeza de piedra; permanecer y sonreír triunfalmente mientras el humo de la combustión ascendía como delante del altar de algún dios.

Y como un dios gigantesco, la piedra aceptó el sacrificio. Sin creerlo, Chuck presenció lo increíble: vio hendirse la roca, vio abrirse un buche montañoso mientras la cabeza se sumergía y era *tragada*.

Luego, la arena quedó lisa de nuevo. El cuerpo de Barwell había desaparecido.

La realidad cayó brutalmente sobre él. Chuck se dio la vuelta para correr, sabiendo que las cabezas estaban vivas. Mientras corría se imaginó que aquellas ciclópeas criaturas se abrían paso por entre la arena, nadando bajo la superficie de la explanada... *emergiendo* a voluntad para supervisar el silencio de sus áridos

dominios. Pudo ver una gran garra de piedra emerger y tantear en busca de la nave; supo entonces lo que significaban las abolladuras del costado del navío. Eran simplemente señales de *dientes* gigantescos. Dientes en una boca que saboreaba y desechaba; una mano había volcado la nave lateralmente como un juguete que flotara sobre el lago de arena.

Por un momento, Chuck pensó como Barwell pensaba, y a continuación el pensamiento fue transformado en realidad. Una zarpa gigantesca emergió de la arena ante él, mientras corría. Localizó a Chuck, lo cogió y lo introdujo en la moliente boca de piedra.

Hubo el pétreo sonido que la piedra hace cuando tritura, y a continuación el silencio.

Las cuatro piedras se colocaron en posición una vez más, contemplando... contemplando la nada. Contemplarían silenciosamente durante mucho, mucho tiempo a través de sus remotos ojos de esmeralda, durante lo que puede ser la eternidad para una piedra.

Más pronto o más tarde, al cabo de mil años —o un millón, ¿qué importancia tiene?—, arribaría otra nave.

WILL F. JENKINS

EL PEQUEÑO TERROR

The Little Terror

No hubo abrumadores rugidos de truenos cuando los fundamentos del idealismo psicológico acósmico se transformaron en realidades en el mundo habitado por Nancy. Su madre no sintió ni atisbos de malestar y su padre continuó leyendo el periódico sin inmutarse en lo más mínimo. No se produjo en la tierra ningún silencio escalofriante al llegar el terrible momento. Acaso sólo el obispo Berkeley (1685-1753) se hubiera sentido agradablemente interesado por el acontecimiento. Joe Holt, un psiquiatra profesional de quien cabía esperar cierto conocimiento de sucesos como aquél, fue incapaz de intuir nada. Los cielos no se oscurecieron súbitamente ni tuvieron lugar bramidos subterráneos. Ni siquiera pudo observarse un oscurecimiento de la luz solar en medio del cual los pájaros piasen débilmente y el ganado se espantase. Absolutamente ningún signo anunció la llegada del momento más alarmante de la historia. Sin embargo...

Nancy se dirigía hacia el portón con su abuelo. Ella tenía seis años y él sesenta. Se entendían de maravilla. Nancy iba dando saltos, pues nunca andaba si podía saltar o, aún mejor, correr. Se acercaba el crepúsculo, pero el sol todavía arrojaba una luz carmesí que teñía el aire.

El cielo se ensombrecía perceptiblemente.

Al llegar a la entrada, el abuelo la besó y ella no se opuso prefiriendo dejarle hacer con la benigna y suave benevolencia de que hacen gala las pequeñas que se saben irresistibles.

—Haz desaparecer una moneda, abuelo —le pidió.

El hombre cogió obedientemente un penique de su bolsillo y lo colocó entre el dedo pulgar y el medio de su mano derecha. Después extendió la mano para que Nancy pudiese inspeccionar la etapa preliminar de la prueba. La pequeña contuvo el aliento. El abuelo hizo chasquear sus dedos. La moneda desapareció.

Nancy estaba arrobada.

—¡Hazlo de nuevo!

El abuelo se aprestó a repetir la prestidigitación y Nancy se acercó mucho.

Miraba con toda su atención centrada en la hazaña. En sus ojos se leía la fascinación.

De nuevo el penique se tornó invisible.

—¿Es eso verdadera magia? —preguntó la niña esperanzada.

Comenzaba a descubrir que no era del caso contar con las hadas madrinas. No ciegamente, al menos. En momentos desesperados solían abandonarte a tu suerte. Sin embargo, alentaba esperanzas.

—Magia auténtica —afirmó el hombre.

—Dime cómo lo haces —suplicó Nancy—. Por favor.

El abuelo puso sus labios junto al oído de la pequeña.

—Digo «uguedibú» —susurró con voz confiada— y se esfuma. ¿Podrías decir eso?

—Ugueldibú —susurró Nancy.

—Magnífico —exclamó el anciano irguiéndose—. Ahora di la palabra a esta moneda y observa.

Colocó el penique entre sus dedos como anteriormente, entre el pulgar y el medio.

Nancy dejó escapar una risita nerviosa.

—Ugueldibú.

El abuelo hizo chasquear sus dedos y la moneda desapareció.

El rostro de Nancy estaba rojo de satisfacción.

—¡Otra vez!

—Bueno, pues otra vez —concedió el hombre, volviendo a coger el penique.

Era siempre el mismo; pero Nancy no reparó en tal minucia. Lo puso entre sus dedos, mientras los ojos de la niña refulgían.

—¡Ugueldibú!

La moneda desapareció. Pero esta vez el abuelo mostró una expresión ligeramente sorprendida. Era natural ya que desconocía la frase del obispo Berkeley: «*Esse es percipi*», y de ella se podían extraer conclusiones variadas. De todos modos, sonrió a Nancy.

—Y ahora he de marcharme, hija. Buenas noches.

Nancy le saludó alegremente con la mano cuando él se volvió hacia ella mientras bajaba por la calle. Al verle desaparecer, se puso a dar sus acostumbrados saltitos en dirección a su rincón favorito. Entretanto el abuelo agitaba al andar la manga de su abrigo como intentando que algo saliera de ella, cosa que no ocurrió.

Nancy se dispuso a jugar plácidamente sola. Caminando sobre su muñeca se veía un gusano. Ya daba vueltas por allí cuando ella, al ver a su abuelo, había dejado de jugar para ir a su encuentro. Lo miró con gesto poco condescendiente.

—Ugueldibú —dijo muy seria.

El gusano desapareció y Nancy se puso a jugar con su muñeca. El crepúsculo iba ahondándose. La luz era ya escasa. Su madre la llamó y la pequeña acudió, brincando

con alegría y llevando consigo a su muñeca. Cenó con gran apetito mientras sonreía a su padre y a su madre. Sólo se produjo un hecho alarmante, pero pasó desapercibido. Nancy no quiso beberse toda la leche. Su madre insistió en que debía hacerlo, mostrándose firme.

Al sonar el teléfono fue a responder, de modo que no pudo cuidar de que se cumpliera su orden.

La niña miró confiadamente el vaso de leche.

—Ugueldibú.

La leche se esfumó.

Tras besar a sus padres con extraordinaria efusividad, se fue a la cama sintiéndose muy dichosa. No tardó en dormirse beatíficamente.

En todo el cosmos reinaba la mayor tranquilidad. Ni el más leve signo denotaba que hubiese ocurrido el aterrador suceso. Nadie se sintió presa de inconmensurable horror. Nadie tembló de justificada aprensión. Nadie, a lo que parecía, se detuvo a pensar en el muy reverendo George Berkeley, prelado de la Iglesia Anglicana, autor de libros de filosofía, y muerto en 1753.

A la mañana siguiente Nancy despertó con su habitual alegría bulliciosa. Mientras la vestían cantaba jubilosamente. Ninguna anomalía ocurrió hasta el desayuno, ocasión en que tuvo lugar cierta discrepancia de pareceres, porque la pequeña no estaba dispuesta a comerse su plato de avena con leche a pesar de las exigencias de su madre. Pero entonces llamó el lechero, que venía a cobrar lo que se le adeudaba y la madre tuvo que ausentarse brevemente para pagarle. Al volver al comedor, el plato de avena estaba vacío, de modo que dio la enhorabuena a Nancy, quien sonrió burlonamente.

Era una mañana magnífica. La niña, muy aseada y vestida con un vestido liviano que le permitía jugar a sus anchas, se dirigió al rincón cubierto de arena que su padre le había preparado con el fin de que se entretuviera sin correr peligro alguno. Cantaba al jugar, porque era una pequeña que parecía hallarse siempre en el mejor de los mundos. No tardó en visitarla Charles, el niño que vivía en la casa vecina. Ella le saludó con el deje de sospecha que las chicas reservan siempre para los chicos. Su recelo era justificado, pues Charles pisó la casa de arena que Nancy estaba decorando con palitos y preciadas tapas de bebidas gaseosas. La pequeña le regañó.

—¡Bah! —exclamó Charles con desdén—. Lo que haces no tiene gracia. Juguemos a ir a la luna. Luchemos con los hombres gatos. ¡Rrrrr! ¡Bang! ¡Bang!

Nancy no parecía muy dispuesta a seguir la indicación.

—Juguemos a las naves espaciales —insistió Charles.

Se puso a hacer cabriolas.

—¡Juuuuum! ¡Tres a la derecha! ¡Cuatro! ¡Juuuuum! ¡A disparar los cohetes de popa! ¡Eh! ¡Llegan los piratas del espacio! ¡Activa los desintegradores! ¡Fuego con

ellos! ¡Bang!, ¡bang!, ¡bang!

Corría desordenadamente de acá para allá, haciendo frente a una espléndida nave de guerra espacial cargada de piratas procedentes del anillo de Saturno, mientras Nancy continuaba con la decoración de su casa. Colocó algo que quería ser una mantequera sobre un cubo de arena que para ella representaba un aparador, probablemente de estilo Sheraton, y luego dispuso otro montón de arena que haría las veces de un lujoso sofá. Luego aplanó la superficie de modo que fuera una gran alfombra, sobre la cual pensaba colocar un reloj.

Entretanto Charles hallaba dificultades. Una flota de vehículos provenientes de Sirius se le había presentado de improviso, pues surgía de una cuarta dimensión. Las belicosas naves corrían hacia él, con sus pistolas desintegradoras listas, de modo que le fue preciso contraatacar con velocidad ultralumínica, arrojándoles bombas atómicas y rayos tensores en gran cantidad. Luego tuvo que responder al desesperado reclamo de auxilio de un terrícola que viajaba a bordo de un vehículo espacial de línea regular atacado por piratas cerca del matorral de Hidrangea.

—¡Juuuuuum! —chillaba Charles furiosamente—. ¡Allá vamos, nave terrestre, disparando con todas nuestras armas! ¡Rrrrrr! ¡Encaja esto! ¡Y esto! ¡Bang!, ¡bang!, ¡bang! ¡Toma esta bomba H! ¡Bum!

Y sucedió el desastre: Charles, al acudir precipitadamente en auxilio de la inerme tripulación terrícola, redujo a la nada la casa de Nancy. Una sandalia fue a aplastar la cocina estilo rural, en la que el fregadero, el lavavajillas y el sitio reservado a desayunar (marcados por no muy seguros grupos de piedrecitas) ocupaban lugares preponderantes. Nada quedó de ellos. Fue como si un gigantesco meteoro se hubiese abatido sobre la estancia. La arena, despedida con fuerza, cayó sobre Nancy.

—¡Bang, bang! —vociferaba Charles en el colmo de la excitación—. ¡Rrrrrr! ¡Encajad esto, piratas del diablo! ¡Llamando a Tierra, llamando a Tierra! ¡La patrulla del espacio informa haber aniquilado a los piratas! ¡En estos momentos me dirijo a Plutón!

Nancy temblaba de indignación.

—¡Vete a tu casa! —ordenó con firmeza.

—¿Eh? ¿Qué? —repuso Charles deteniéndose de golpe—. ¿No comprendes que soy el Capitán Espacio y que he de luchar contra los piratas extraterrestres y sus secuaces?

—¡Vete a tu casa! —repitió la chiquilla, inflexible—. Has pisoteado mi casa. Si no te vas inmediatamente, diré algo y ya verás.

Si le hubiese amenazado con contar el asunto a su madre, tal vez la conminación resultara efectiva; pero las palabras no iban a arredrarle así como así.

—¡Juuuuuum! —gritó—. ¡Destino Plutón! ¡Invasores procedentes del espacio exterior! ¡Allá vamos, patrulla terrestre! ¡Mantened posiciones, que ya acudo con mis

misiles a punto! ¡Ya llegamos! ¡Juuuuuum!

Salió de inmediato a defender a los terrícolas asentados en Plutón. Desafortunadamente, este planeta se hallaba en medio del camino hacia un rosal de flores amarillas situado al borde de la extensión de césped. La órbita de Charles coincidiría otra vez con la construcción de arena.

—Ugueldibú —dijo Nancy en tono vengativo.

Charles desapareció.

Restaurado el silencio, Nancy se puso a construir una casa campestre, cantando despreocupadamente mientras trabajaba. Poco rato después volvió a la cocina real, donde se encontraba su madre. Le pidió un bizcocho. Como no había comido su avena con leche, sentía apetito.

—¿Dónde está Charles? —preguntó su madre—. Me pareció verle jugar contigo en la arena.

Nancy mordió un pedazo del bizcocho.

—Dije ugueldibú y le obligué a marcharse —repuso con calma.

Su madre sonrió despreocupadamente y siguió con tareas más importantes, lo cual fue un error, desde luego, puesto que no había nada más importante. De acuerdo con los principios establecidos por el obispo Berkeley entre 1685 y 1753, las cosas existen porque la mente piensa en ellas como elementos existentes. Nancy estaba adquiriendo la capacidad de pensar confiadamente en las cosas como elementos que podían existir o dejar de hacerlo. Tal capacidad no podían adquirirla los adultos. En virtud de ella —por natural extrapolación del principio de Berkeley— bastaba pensar que algo no existía para que se esfumara. Todos los mortales, en un momento u otro, han deseado poseer tal facultad. Pues bien, Nancy la había adquirido.

Al mediodía, cuando almorzaban, se oyó fuera la voz de la madre de Charles que le llamaba. Como su hijo no diera señales de vida, creyó del caso acudir a su vecina. En aquellos momentos Nancy se aprestaba a comer un pastel de fresas y ya empuñaba celosamente la cuchara cuando su madre se levantó de la mesa para atender a la madre del pequeño, que deseaba saber dónde podría hallarse éste.

—No, no sé nada —oyó que decía su madre—. Estaba jugando con Nancy, pero se marchó.

Llamó a la chiquilla.

—¿Sabes dónde está Charles, Nancy?

—No, mamá —contestó su hija.

Ya había comenzado a comerse su pastel y estaba absorta en su tarea.

Siguieron las conversaciones en la puerta de entrada. A Nancy le habían caído algunos restos del postre sobre la servilleta que solían anudarle en torno al cuello a la hora de las comidas y estaba pasando la lengua por ellas cuando su madre volvió.

—La madre de Charles está inquieta —dijo frunciendo un poco el ceño—. No es

de los niños que salen a vagabundear por ahí. ¿Estás segura que no viste hacia qué lado se dirigía?

Nancy se encogió de hombros moviendo la cabeza.

—¿No se habría ido con alguien? —preguntó con cierta alarma.

Nancy se llevó a la boca otra gran cucharada de pastel.

—No —repuso muy tranquila—. Yo dije ugueldibú y él desapareció.

Su madre no prosiguió indagando pero parecía desgraciada. Los padres de un pequeño comparten siempre la angustia de otros padres cuando un niño se pierde. Pero lo que la madre de Nancy no podía saber era que tenía a su alcance la posibilidad de obtener sin tardanza una meticulosa descripción del caso que la preocupaba.

En cuanto terminaron de almorzar, la vistió para ir con ella al centro de la ciudad. Habría un desfile aquella tarde y haría el sacrificio de llevarla pues imaginaba que a la chavala le divertiría presenciarlo. A Nancy le hastiaba el recorrido de tiendas que con aquel pretexto tendría que soportar; pero, ya que su madre le dedicaba la tarde, era justo que saliesen cuanto antes con el fin de que pudiera visitar las tiendas antes y después del desfile. Es lo que suele llamarse pensar tan sólo en los hijos.

A Nancy, por lo demás, la perspectiva no le desagradaba en absoluto. Le encantaba que la vistieran con trajes vistosos. No dejaba de menearse coquetamente mientras su madre la ataviaba con uno que llevaba muchos volantes y cintas. Le puso luego un sombrero que hacía juego y, para completar el conjunto, abrigo y guantes blancos, que significaban para ella el colmo de la elegancia. Cantaba al contemplarse en el gran espejo, mientras su madre ultimaba los detalles previos a la partida.

Seguía cantando cuando, ya en el auto, se dirigían al centro y no dejó de hacerlo cuando el tráfico se hizo más denso y las luces de los semáforos interrumpieron brevemente el itinerario. Se sentía feliz y despreocupada. La gente le dirigía miradas simpáticas, pensando sin duda en las delicias de los inocentes y felices años infantiles.

Las tiendas estaban atestadas de público. Por cuanto se veía, muchas eran las madres que se sacrificaban para llevar a sus pequeños al desfile y los vendedores hacían lo posible por no perder la compostura ante los embates de la nutrida clientela que se agolpaba ante los mostradores. Una mujer gorda empujó a Nancy, apretándola contra un escaparate. Parecía furiosa. Alguien protestó y la dama, al volverse para contestar la ofensa, dio de lleno a Nancy con la parte más protuberante de su anatomía, que se hallaba precisamente a la altura de ésta. La pequeña fue lanzada violentamente a un costado.

—¡Ugueldibú! —exclamó con ira.

Al instante, ya no había mujer gorda.

Alguien lanzó un grito ahogado, pero en general nadie reparó en la desaparición.

Inmediatamente, el espacio ocupado por la robusta hembra se llenó como si ésta nunca hubiese existido y Nancy fue empujada y apretujada de nuevo. Tuvo que agarrarse fuertemente a una pierna de su madre para no ser arrastrada lejos de ella, que en aquellos momentos terminaba de pagar un bolso.

Completada la operación, cogió con fuerza a la chiquilla, extrayéndola no sin dificultad del núcleo de la multitud. El sombrero de Nancy había sufrido por culpa de tantos apretujones y se sentía muy desgraciada.

—Bueno, cariño —dijo su madre en tono de disculpa—. Creo que no debí traerte a un lugar tan apiñado de gente. Iremos a las plantas superiores donde estoy segura que no habrá tanta.

Se dirigieron al ascensor pero, no más entrar, una verdadera muchedumbre lo llenó hasta los topes. La horda de mujeres empujaba, codeaba y se afanaba mientras unos cuantos niños lloraban a gritos. Ya se sabe que la especie femenina no es particularmente refinada cuando no hay hombres que la contemplen. El ascensorista trató de contener la avalancha; pero en vano.

Nancy fue aplastada sin piedad. Hasta que el miedo se apoderó de ella.

—¡Ugueldibú! —jadeó.

Sólo cinco personas quedaron en el gran ascensor. De la masa de gente que trataba de penetrar a él apenas quedó esa insignificancia: Cinco personas.

La madre de Nancy temblaba. Desde luego, lo que estaba viendo era alguna visión. Imposible que fuese real. El ascensorista tartamudeó algo ininteligible cuando un inspector de ventas le interrogó sobre el particular. No había nada que decir, salvo que el ascensor estaba, momentos antes, repleto y que ahora se hallaba casi vacío. No había habido voces ni clamores. Tampoco la gente se había ido desvaneciendo. Simplemente estaba allí momentos antes y ahora no. El inspector decidió, evidentemente desolado, ordenar al ascensorista que se tomase un descanso y presentar sus excusas a los sobrevivientes que estaban, sin excepción, muy pálidos. No tardaron en precipitarse fuera de la tienda, aunque tampoco ellos creían lo que sus ojos habían visto poco antes. Ni la propia madre de Nancy lo creía.

Pero la pequeña se sentía mucho mejor. Más confiada también porque ahora sabía que le era posible eliminar a la gente que la molestaba.

En la cafetería, su madre bebió una taza de té, tratando de rememorar nerviosamente lo que sabía sobre el significado psiquiátrico de sufrir una visión en la que las personas se volatilizaban ante los propios ojos. En cuanto a Nancy, sin prestar mucha atención al patatús de su madre, se dedicó a devorar con deleite un helado de vainilla.

Su mamá hubiese preferido volver de inmediato a casa. Tenía el propósito de consultar con Joe Holt aquel caso. Era el único psiquiatra que conocía personalmente: él y su esposa eran muy amigos suyos y de su marido. Tal vez pudiera mencionar el

suceso sin prestarle aparentemente gran importancia. Pero le había prometido a Nancy llevarla al desfile, de modo que ambas se dirigieron a presenciarlo.

Comenzó con un despliegue motociclístico a cargo de la brigada local, despliegue que Nancy acogió con amplios gestos de sus brazos a modo de entusiasta recibimiento. Su madre pudo conseguir un lugar en un recodo de la avenida, y así nada le entorpeció la vista. Siguió una banda de música compuesta por alumnos de las distintas facultades, a cuyo compás caracoleaba un grupo de muchachas que hacía sonar pequeños tambores y cuyo sumario atuendo habría causado la muerte por infarto a sus bisabuelas. A éstas seguía un cuerpo de cadetes. Luego vinieron los carros.

Nancy quedó prendada por uno que representaba a un gran cisne. Dentro iban muchas chicas, vestidas con trajes de lentejuelas, que sonreían estereotipadamente. En el siguiente venía un grupo de boy scouts instalado en su campamento. Otro imitaba un barco de guerra y el que lo seguía llevaba a unas chicas excursionistas.

De pronto se oyó un alarido unánime que salía de las gargantas de todos los niños congregados a lo largo de la avenida. Nancy se esforzó por ver mejor pero su madre la tenía agarrada del brazo mientras pensaba que a ella jamás se le hubiera ocurrido visitar profesionalmente a Joe Holt; pero, de todas maneras, era psiquiatra. Había jugado varias veces al golf con él.

Nancy chilló excitada, de modo que mamá decidió echar un vistazo a lo que causaba tal griterío. El carro representaba a un dragón y podía decirse que era el fruto de un cuidadoso trabajo. El cuerpo de la bestia cubría por completo la plataforma y las ruedas del camión sobre el cual había sido montado. Detrás se veía la cola, hecha de tiras de tela y tan larga como tres veces el cuerpo. Sin embargo era lo que iba delante de todo lo que causaba tanta algarabía.

La cabeza del dragón, de cinco pies, se veía al final de un largo cuello circular envuelto en tela y pintado de rojo. De la frente le salían dos cuernos cortos que habían sido aserrados con el fin de quitarles las puntas. Los ojos parecían platos y su expresión general era de torpe amistosidad, a pesar del humo que salía abundantemente de sus narices. La cabeza se balanceaba de un lado a otro al cabo del largo pescuezo flexible, y parecía contemplar a los espectadores situados a ambos lados del trayecto. La mirada de benigna imbecilidad había sido admirablemente lograda.

Los niños gritaban y aplaudían al paso del dragón por la arteria principal de la ciudad. Aquéllos a quienes la bestia parecía dirigir los ojos retrocedían llenos de maravillado terror y los otros chillaban de embeleso.

Nancy sentía un delicioso escalofrío mientras saltaba y lanzaba exclamaciones.

Al pasar junto a la pequeña, el dragón volvió hacia ella su cabeza de tal modo que se hubiese dicho que la miraba con especial dedicación para brindarle su cordialidad.

Nubes de humo escapaban de su hocico. Se acercó aún más a la pequeña, como para practicar un examen más atento y admirado de ella.

—¡...Ugueldibú! —exclamó Nancy con nervioso contento.

Un cubo del que salía espeso humo cayó al suelo con gran fuerza, desparramando trozos de tela que ardían sin llama en un radio de cinco yardas. Un hombre voló por los aires, yendo a quedar a caballo sobre el motor del viejo camión hasta entonces cubierto por el fabuloso animal. En su rostro se veía una expresión de azoramiento. Se miraba las manos, que hasta momentos antes habían estado dirigiendo los movimientos del cuello y la cabeza del dragón gracias a dos cuerdas. Ahora no había nada en ellas. Otros cuatro hombres, vestidos sólo con calzoncillos, que iban dentro del animal, miraban incrédulamente al público al advertir que ya nada los ocultaba.

La inmensa humareda que se elevaba del centro de la avenida movió a ciertas personas a llamar a los bomberos, quienes no tardaron en acudir.

En la cabeza de la madre de Nancy reinaba el más completo caos mientras luchaba por abrirse paso hasta donde había dejado aparcado el automóvil. Aunque su expresión era de pavor, se las arregló para introducir a Nancy en el auto y colocarse ante el volante. Pero, una vez conseguidos ambos objetivos, se preguntó seriamente si estaba realmente en condiciones de conducir. Al final se dijo que sí: ya se sabe que nadie verdaderamente loco sospecha estarlo. La premisa de su razonamiento era dudosa; pero le bastó para poner en marcha su coche.

Llegaron algo tarde a casa. Su marido comenzaba a preocuparse, temiendo que algo les hubiese sucedido. Ya le había sido comunicada la noticia de la desaparición de Charles, el chico del vecino, y de la frenética e infructuosa búsqueda llevada a cabo por vecinos y policía.

Al ver a Nancy y a su madre suspiró con alivio; pero esta última tenía la expresión alterada.

—Haz que Joe Holt venga cuanto antes.

Hablaba con voz tensa. Tanto, que se hubiese dicho que se disponía a lanzar gritos.

—Es psiquiatra y yo necesito ver a uno sin tardanza. ¡La de cosas que han tenido lugar hoy! Charles ha desaparecido; un ascensor repleto de gente se vació súbitamente ante mis propios ojos, y un dragón se esfumó mientras lo estaba contemplando. ¡Sucesos tales no pueden acaecer! Creo que me estoy volviendo loca. Acaso Joe Holt pueda ayudarme. A ver si puedes hablar con él. ¡Date prisa!

Se dejó caer en una silla, completamente abrumada. Pensaba en Nancy. Ya veía su hogar deshecho, ella demente y él divorciado y vuelto a casar con una que odiaría a su pequeña, la cual a su vez vería pender sobre su cabeza la inminencia de su propia locura. Su marido no la inquietaba mucho, lo cual era quizá significativo.

El padre de Nancy sabía cuándo no era del caso razonar. Por otra parte, también él

estaba asustado, de modo que echó mano al teléfono cuanto antes y habló con tan desesperada urgencia, que a los cinco minutos Joe Holt, aquel joven psiquiatra de incipiente fama, ya estaba al volante de su automóvil e instantes después —sólo vivía a cinco manzanas de allí— examinaba ansiosamente a la madre de Nancy. Ni siquiera llevaba corbata y estaba calzado con pantuflas de estar por casa.

—¿Qué demonios...? —comenzó por preguntar, de modo muy poco profesional, por cierto.

Nadie prestó atención a la niña. Su mamá comenzó a exponer su inverosímil historia. Por su tono era fácil advertir que se encontraba completamente trastornada. De pronto recordó a la señora gorda y contó lo de su desaparición casi con chillidos.

Entonces Nancy le dijo, para tranquilizarla:

—Pero eso fue clarísimo, mamá. Yo dije ugueldibú. Por eso desapareció.

Mamá no le prestó la menor atención y su padre se dispuso a llevársela fuera de la habitación. Pero la pequeña se aferró a su madre y ésta también la apretó convulsivamente contra sí, de modo que el hombre se quedó sin saber qué actitud adoptar.

—¡No te la lleves! —exclamó ella desesperadamente—. ¡Aún no! ¡Espera!... ¡Y cinco minutos después, casi todos los ocupantes del ascensor se esfumaron ante mis propios ojos!

Rompió a llorar. Su esposo, sin saber qué hacer, se pasaba las manos por los cabellos.

—Pero, madre —dijo Nancy con acento consolador—, nos estaban ahogando. Por eso dije ugueldibú. Lo mismo sucedió con Charles: no dejaba de fastidiarme, de modo que tuve que decirle ugueldibú para que se fuese.

Esta vez se sobresaltaron un poco. Su madre la miró. El angustiado rostro se tranquilizó un poco.

—¿Tú lo hiciste, amor mío? —preguntó con voz serena e interesada. Luego se volvió a Joe Holt—. ¿Has oído, Joe? Escúchala. Los acontecimientos han confundido también a la pequeña. No te preocupes por mí. Examina a Nancy. Haz algo por ella.

Joe dejó escapar un pequeño suspiro de preocupación profesional mitigada. Todo aquel jaleo era completamente absurdo; pero él bien sabía que a veces las mujeres son capaces de lo que sea por sus hijos... hasta sanar, si necesario fuera. De modo que se dirigió a la chavala con tono jovial.

¿De modo que eres capaz de hacer que las cosas se esfumen? Eso sí que es interesante, guapa. Cuéntanos cómo lo consigues.

Nancy le miró radiante. Le gustaba la gente, en general, porque la encontraban irresistible. Explicó al doctor Holt como su abuelo le había enseñado su truco de magia. Bastaba decir ugueldibú para que las cosas desaparecieran.

—Se lo dije a la moneda —terminó diciendo alegremente— y luego a un gusano

que se hallaba sobre mi muñeca. Después lo repetí para que se marchara la leche anoche y la sopa de avena esta mañana, y Charles, y la señora gorda, y la gente del ascensor y el dragón. Es fácil —concedió generosamente—. ¿Quieres que te enseñe a hacerlo?

Su madre lanzó una exclamación ahogada pero suficiente para que Joe Holt se enterara de que no pensaba ya en sí misma, sino en su hija. Las cosas no iban mal, entonces: en la práctica, no hay neurótico que se preocupe sinceramente por algo ajeno a su exclusiva persona. Joe seguía sin entender una palabra, pero empezaba a albergar esperanzas.

—¡Pues claro, hija! —exclamó con regocijo—. Haz desaparecer... veamos, este vaso de flores. ¿Qué te parece?

—Oye, que ése es el mejor de mis floreros —dijo la madre involuntariamente. Pero en seguida concedió con calma el permiso—. Sí, cariño, haz que se vaya.

Así Nancy, alegre, radiante y de seis años de edad, contempló el valioso florero casi auténtico, de estilo Ming.

—Ugueldibú —dijo.

Y, naturalmente, el florero se esfumó de golpe.

Eran las dos de la mañana cuando el abuelo de Nancy tuvo que tirarse de la cama para responder al timbre de la puerta. Llovía a cántaros. Su hijo y Joe Holt se precipitaron en la casa para hablarle, nerviosísimos, del problema. Por sus rostros corría copiosamente el agua. El anciano los miró.

—Tienes que venir a casa, papá. ¡Nancy ha recibido de ti una idea psicológica acósmica y ha de ser tratada de inmediato!

Joe Holt le corrigió.

—No una idea. Una capacidad. Una capacidad psicocinética.

El abuelo se inquietó.

—¿Está enferma Nancy? ¿Y vosotros ahí tan frescos, hablando? ¡Vamos allá!

Rápidamente echó mano a un impermeable antes de salir disparado de la casa. Por el camino se iba poniendo el abrigo sobre el pijama. La lluvia parecía haber redoblado y los relámpagos iluminaban casas y calle con gran fuerza. Se metieron en el auto de Joe y de inmediato éste arrancó a gran velocidad.

—¿Es grave? —preguntaba el abuelo—. ¿Cuándo se declaró la enfermedad?

—Cuando mira algo diciendo ugueldibú —dijo entrecortadamente su hijo—, la maldita cosa se hace humo. Ahora está en cama, pero ha de ser sometida a tratamiento. ¡Piensa en lo que podría hacer!

El abuelo no pudo contenerse.

—¿Ugueldibú? ¿Y qué hay de malo en decir ugueldibú? Yo pronuncio a menudo esa palabra porque me gusta. Se la enseñé a Nancy.

—Precisamente —apuntó Joe Holt tragando saliva y dándose la vuelta para

gesticular—. Usted le dijo que una moneda puede desaparecer si se la mira mientras se dice *uguedibú* y ella le ha creído a pies juntillas. Se trata de un caso de... inmaterialismo idealista. ¡Fantástico!

Echó mano rápidamente al volante del auto, que se dirigía hacia un poste de teléfonos reluciente por el agua.

—Lo dijo el obispo Berkeley —afirmó ansiosamente el padre de Nancy—. Joe me ha mostrado el libro donde éste afirma que la materia no puede existir sin una mente que la piense. La conciencia ha de percibir algo para que ese algo exista. Es un tema que se discute desde hace muchísimos años. Se han ocupado de él Locke, Hume, Kant, Hegel y todos los demás.

El coche se hundió en un pozo del pavimento que el agua tornaba invisible al reflejar las luces de la calle. Dos finas olas se desprendieron de cada costado del vehículo, parecidas a luminosas alas de algún pájaro fantástico.

—*Esse es percipi* —dijo Joe Holt con voz ahogada—. Si una cosa no es percibida por una mente en alguna parte, no «es». Cuando sabemos que algo «es», permitimos que en los hechos siga siéndolo. En cambio Nancy actúa de otro modo. Cuando ella dice *uguedibú* ante algún objeto o persona, piensa firmemente que la cosa dejará de «ser»; de modo que deja de «ser», simplemente. Nadie en el mundo, gracias a Dios, es capaz de lograr semejante hazaña. ¡Sólo Nancy!

Sentado en el asiento trasero del automóvil, el abuelo de la niña escrutaba a los dos nerviosos individuos que iban delante. El cuello de su pijama sobresalía del impermeable que se había echado encima precipitadamente poco antes. Su pelo blanco estaba mojado y en desorden.

—¡Y me decís que Nancy está enferma! —rugió—. Sois unos chillados.

Ambos hombres intentaron explicarle los hechos en detalle. En general, lo que afirmaban era simplemente ridículo; pero le impartieron instrucciones sobre lo que debía hacer.

De pronto Joe Holt torció a un costado para enfilar su auto por el sendero que llevaba a la casa de los padres de la pequeña. En aquel preciso momento, la lluvia cesó. Los dos hombres jóvenes se precipitaron fuera del coche, corriendo hacia la casa. El abuelo se tomó su tiempo. Al penetrar en el vestíbulo se dirigió a su nuera.

—¿Está dormida?

—Sí, pobrecilla —repuso la madre de Nancy con voz cálida y emocionada.

Abrazó al anciano.

—¡Abuelo! Me alegro tanto que...

El salón parecía un descampado. El piano no estaba; del florero Ming casi auténtico, ni hablar. El cuadro que colgaba sobre la chimenea tampoco se veía. Faltaban además dos sillas y una alfombrilla.

—Es que estuvimos experimentando —explicó Joe Holt con verdadera

desesperación en la voz—. Hizo desaparecer el florero y no podíamos creerlo; de modo que dijo ugueldibú al piano, al cuadro... Parecía divertirse muchísimo contemplando los objetos y diciendo ugueldibú. En cierto momento miró hacia mí...

Se estremeció visiblemente.

El abuelo no podía creer todo aquello, a pesar de las vehementes afirmaciones de su nuera, su hijo y el psiquiatra, que pretendían convencerle. Las voces fueron subiendo de tono.

Hasta que, proveniente de una puerta, se escuchó una risilla divertida. Allí estaba Nancy, sonriendo amistosamente a su abuelo. Llevaba su pijama favorito: el azul cubierto por siluetas del ratón Mickey.

Sus ojos estaban cargados aún de sueño, pero reflejaban su gozo al ver al viejo.

—¡Hola! —le dijo con acento afectuoso y alegre—. Al oír tu voz he despertado. ¿Sabes que puedo hacer lo mismo que tú? Si quieres, puedo hacerte una demostración.

El abuelo estaba en un aprieto, evidentemente. Le asaltaban las dudas. Su nuera estaba muy pálida y su hijo permanecía silencioso. Joe Holt se retorció las manos.

—No, pequeña, espera un poco —atajó el abuelo nerviosamente—. O, mejor dicho, haz la prueba con algún objeto pequeño. Eso es, Nancy, algo de poco valor.

Recordó que su impermeable estaba mojado, de modo que se lo quitó sin tardanza, tras lo cual cogió a la pequeña en sus brazos. El vigoroso viejo y la radiante niña de seis años, vestidos ambos con pijamas, formaban una simpática imagen.

—Bueno, bueno —dijo el hombre, rebosante de cariño.

—¿Qué... qué... tal —balbució Joe Holt— si haces desaparecer el impermeable del abuelo, Nancy?

La niña rió quedamente. Con voz suave y feliz, pronunció las terribles sílabas. Al instante, la prenda ya no estaba allí. El abuelo tuvo que tomar asiento y Nancy quedó sentada sobre sus rodillas.

—¿Tienes frío? —preguntó la pequeña—. Estás temblando.

El hombre tragó saliva sonoramente.

—Bueno, a decir verdad, sí tengo frío —dijo con infinito cuidado—. No debí haberme quitado el impermeable. Lo necesitaría otra vez. ¿Crees que podrías hacer que volviera?

—Pero no sé cómo —afirmó cariñosamente.

—Pues diciendo ugueldibú pero al revés. De tal manera desharás lo que hiciste. Ugueldibú pronunciado al revés se dice...

—Budiguelú —se apresuró a señalar su hijo—. Ugueldibú al revés se dice budiguelú. ¡Budiguelú!

Nancy consideró el asunto durante unos instantes, abrazada a su abuelo.

—Dilo tú —le pidió.

—Es que no daría resultado si fuese yo quien lo dijera —exclamó con fingida despreocupación—. Fíjate: ¡Budiguelú! Eres tú quien tiene que pronunciar la palabra. Y ahora... Pero aguarda un poco, Nancy. Cuando lo digas, no te limites a pensar en mi impermeable, sino en todo aquello que hiciste desaparecer antes con la expresión que yo te enseñé. Que vuelvan las cosas y las personas que has evaporado antes. De inmediato se presentarán aquí. ¿Verdad que será estupendo?

—No —dijo Nancy—, Charles me harta.

Joe Holt gimió.

—No, cariñito —terció su madre con voz suave—. Cuando vuelva ya no te molestará más. Di budo... budiguelú, mi amor, como una buena niña, para dar gusto a mamá. Di la palabra para que vuelvan todas las cosas que hiciste desaparecer con la otra palabra.

La pequeña pareció reflexionar sobre el asunto. Su madre le acariciaba la mano. Al fin, sin entusiasmo, sin nervio, como con resignación, dejó escapar la palabra.

—Budiguelú...

El florero casi Ming retornó y con él la gabardina del abuelo, el piano, la alfombra y las dos sillas. De fuera llegaba el súbito llanto de un niño asustado.

—¡Buaaaaa!

Era Charles, que de pronto aparecía en medio de la penumbra y rodeado de plantas mojadas por la lluvia. Cada vez gemía con más fuerza. En casa de Nancy no se tardó nada en escuchar un frenético abrir y cerrar de puertas, seguido de exclamaciones de alegría.

La madre de Nancy cerró los ojos. Imaginaba otras voces: las de una mujer gorda que se encontraba de pronto en la sección de bolsos de señora del gran almacén cuyas puertas estarían bien cerradas; las de un grupo de personas dentro de un ascensor que sin duda habría sido detenido toda la noche en el sótano. Sí. El sereno del establecimiento estaría pasando la media hora más apasionante de su vida.

No menor sorpresa se habría llevado el policía al encontrarse de pronto con un gran dragón en medio de la calle. Y los infatigables detectives lanzados a la búsqueda de un niño pequeño que en aquellos mismos momentos estarían insistiendo firmemente que no había estado en ninguna parte. Porque en verdad así era.

Hasta el gusano que se encontraba recorriendo el cuerpo de la muñeca de Nancy cuando ésta había dicho la palabra fatal tendría su buena faena para encontrar un lugar adecuado que le protegiera de la lluvia, puesto que se trataba de un gusano diurno, que no solía salir por las noches.

El abuelo habló con gran cuidado y tratando de resultar lo más persuasivo posible.

—He olvidado decirte, Nancy —dijo con fingida astucia— que ahora qué has pronunciado la palabra al revés, ya no surtirá efecto alguno cuando la digas a

derechas. Ésa es precisamente la razón por la cual yo no puedo ya hacer desaparecer las cosas. De todos modos a ti no te importa exclamar ugueldibú y hacer que personas y objetos se esfumen, ¿verdad que no?

—¿Ya no desaparecerán más? —preguntó la pequeña desilusionada—. ¿A ver? ¡Ugueldibú!

Papá, mamá y Joe Holt saltaron un pie del suelo.

Pero nada sucedió y los cuatro adultos tomaron asiento lanzando suspiros de alivio. Se sentían débiles y permanecieron inmóviles un buen rato. Nancy se abrazó a su abuelo y también suspiró. Poco después estaba dormida en sus brazos.

No se escuchó el rugir del trueno ni se vieron relámpagos en los cielos cuando el más terrorífico instante de la historia pasó. Tampoco se registraron terremotos. Pero ahora que todo quedaba atrás, un breve aunque intenso destello recorrió el cielo, seguido por el retumbante redoble de un trueno. La lluvia comenzó a caer nuevamente con fuerza.

EL ROBOT «A-L 76» SE EXTRAVÍA

Robot «A-L 76» Goes Astray

El «A-L 76» fue construido para desempeñar un cometido concreto, pero se perdió. ¡No obstante, conocía su trabajo y vaya si lo demostró!

Los ojos de Jonathan Quell se fruncían detrás de sus gafas sin aro y su expresión mostraba desasosiego al abrir la puerta con un letrero que decía: «Director General».

Puso sobre el escritorio un papel doblado y descargó luego sobre él el peso de su mano.

—Mire esto, jefe —jadeó.

Sam Tobe hizo correr su puro de una esquina a la otra de la boca mientras contemplaba lo que se sometía a su examen. Con una mano se rascó la barbilla sin afeitarse, y luego la pasó a lo largo de la mandíbula.

—¡Por mil demonios! —estalló al fin—. ¿De qué están hablando?

—Dicen que hemos enviado al espacio cinco robots tipo «A-L» —explico Quell, aunque la frase era innecesaria.

—Fueron seis —corrigió Tobe.

—Oh, sí; seguro. Fueron seis. Lo malo es que sólo llegaron cinco a destino y al hacerlo comunicaron sus números de serie. El «A-L» no llegó. Se ha perdido.

La silla de Tobe corrió hacia atrás, el hombre se incorporó pesadamente y se dirigió hacia la puerta. A las cinco horas de haber trasladado la planta de las salas de asamblea a las cámaras de vacío y de someter a cada uno de los doscientos empleados a los molinos de tercer grado, un sudoroso y desgredado Tobe radiaba un mensaje de emergencia a la planta central de *Schenectady*, donde de inmediato se desencadenó una súbita explosión de pánico.

Por primera vez en la historia de la Sociedad de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos un robot escapaba. Lo grave no giraba en torno a minucias jurídicas (la ley prohibía la existencia de cualquier robot en la tierra sin licencia especial). Las leyes siempre pueden burlarse. Lo alarmante se encerraba en la

afirmación de uno de los matemáticos experimentales.

En su informe se leía: «Este robot ha sido concebido para operar con destino en la luna. Su cerebro positrónico fue pensado para el medio ambiente lunar y *sólo* para él. Aquí en tierra recibirá setenta y cinco umptyliones, para los cuales no está preparado. Resulta imposible prever sus reacciones. ¡Imposible!». Al terminar de escribir, el matemático se pasó por la frente una mano que los nervios humedecían.

No había transcurrido una hora cuando un estratoplano despegaba con rumbo a la planta de Virginia. Las instrucciones que llevaba eran simples.

«Es preciso localizar a ese robot cuanto antes».

El «A-L 76» estaba perplejo. De hecho, la perplejidad era la única impresión retenida por su delicado cerebro positrónico. Su confusión comenzó al encontrarse en aquellos extraños parajes. Cómo había llegado allí, ya no lo sabía. Todo estaba mezclado.

El suelo era verde y los tallos pardos que se elevaban en su torno contenían más verde en sus extremos. El cielo, que debiera ser negro, era azul. El sol parecía normal: redondo, amarillo y caliente. Entretanto, ¿dónde se hallaban las rocas calizas y la piedra pómez? ¿Y dónde los anillos inmensos de los cráteres en montañas acantiladas?

Lo único que se veía era el césped verde y el cielo azul. En cuanto a sonidos, los que le llegaban eran muy extraños.

Había atravesado un arroyo cuya agua corría a nivel de su cintura. Agua transparente, fresca, que empapaba. Un poco más allá vio gente y, al pasar cerca de ella, observó que no vestían los trajes espaciales que eran de rigor. Al verle todos salieron disparados, gritando mientras corrían.

Un hombre llegó a apuntarle con un arma. El proyectil no le había dado por poco. Lo sintió silbar muy cerca. Luego el individuo se dio a la carrera como los demás.

No tenía idea del tiempo que llevaba deambulando cuando dio con la cabaña de Randolph Payne, situada en pleno bosque, a dos millas de la ciudad de Hannaford. El propio Payne estaba sentado sobre un asiento bajo en medio de la senda que llevaba a la casa, con un destornillador en una mano y su pipa en la otra. Entre sus rodillas apretaba lo que en otro tiempo había sido un aspirador de polvo.

Canturreaba, pues era hombre alegre y despreocupado, en especial cuando se encontraba en casa. Tenía otra, mucho más amplia y respetable, en Hannaford; pero allí reinaba su esposa, hecho que deploraba aunque nada dijese. Sentía pues alivio y libertad cuando podía retirarse libremente a su «casilla de perro especial de lujo», donde nadie le importunaba mientras fumaba plácidamente una pipa y se dedicaba a su *hobby*, que era el de reparar electrodomésticos y demás utensilios de uso familiar.

El caso era que su afición era algo más que un *hobby*, puesto que no era raro que alguien le llevase un aparato de radio o un despertador y él cobraba por hurgar en las

entrañas de aquellos chismes y ponerlos de nuevo en funcionamiento. El dinero resultante era el único que no pasaba por entre los codiciosos dedos de su mujer.

El aspirador en que trabajaba, por ejemplo, le iba a dejar al menos seis pavos.

Pensando en ello cantó con especial entusiasmo. Pero al levantar los ojos la canción se quebró en sus labios y un sudor frío le cubrió todo el cuerpo. Sus ojos pugnaban por salirse de las órbitas. El sudor se hizo más abundante. Quiso ponerse de pie —maniobra previa a toda escapada— pero sus piernas se negaron a cooperar.

Entretanto, «A-L 76» había tomado asiento a su lado.

—Oiga ¿por qué todos salen corriendo en cuanto me ven?

Payne podía imaginar perfectamente la razón y la habría expuesto al visitante si su garganta hubiera podido articular algo parecido a una palabra. Se limitó a separarse una pulgada del robot.

«A-L 76» continuó hablando en tono doliente.

—Uno de ellos llegó a dispararme con su arma. Si el tiro hubiera pasado apenas algo más a la izquierda, habría arañado mis planchas pectorales.

—T... t... tiene que... que haber s... sss... sido un cretino —tartamudeó Payne.

—Es posible —dijo el robot asumiendo un tono más confidencial—. Pero, dígame, ¿qué pasa? ¿Por qué todo parece ir de cabeza?

Payne dirigió rápidos vistazos en su torno. Lo que más le sorprendía de momento era que el robot se expresaba en un tono notablemente suave, teniendo en cuenta su brutal y pesada apariencia metálica. Luego recordó haber oído decir que los robots eran mentalmente incapaces de causar daño a los seres humanos. Se tranquilizó un poco.

—No sucede nada.

—¿No? —inquirió «A-L 76» mirándole con ojos acusadores—. Pues yo creo que a todos os sucede algo. ¿Dónde están vuestros trajes espaciales?

—No tengo traje espacial.

—Entonces, ¿cómo no está usted muerto?

Payne permaneció mudo un momento.

—Bueno... no sé...

—¿No lo ve? —exclamó el robot triunfalmente—. Todo está mal. ¿Dónde está el señor Copérnico? ¿Y dónde la Estación Lunar 17? ¿Y mi disinto? Quiero ponerme al trabajo. Eso es lo que quiero.

Parecía preocupado. Al continuar con sus recriminaciones, su voz era trémula.

—He ido de acá para allá tratando de encontrar a alguien que me dijera dónde está mi disinto, pero al verme todos salen a escape. A estas horas me encuentro probablemente lejos de cumplir mi misión de acuerdo con lo previsto, de modo que el Ejecutivo Sectorial no estará precisamente conforme. Bonita situación.

Poco a poco Payne empezaba a poner en orden sus ideas.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—Mi-número de serie, querrá usted decir. «A-L 76».

—Pues le llamaré «Al». Ahora escúcheme, «Al»: si busca la Estación Lunar 17, se supone que la misma se encuentra en la luna, ¿no lo cree así?

«A-L 76» asintió gravemente con la cabeza.

—Claro. Pero no he hecho más que buscarla y...

—Pero esto no es la luna, ¿sabe?

Ahora fue al robot a quien le tocó intrigarse y confundirse. Durante un momento contempló a Payne tratando de comprender.

—¿Qué quiere usted decir con que esto no es la luna? —preguntó, hablando cuidadosamente—. Claro que es la luna. Si así no fuera, ¿dónde estamos? ¿Eh? Contésteme.

Payne dejó escapar una exclamación y respiró hondo moviendo su índice ante el robot.

—Mire usted...

Pero de pronto le vino a la cabeza la idea del siglo.

—Oh —dijo.

«A-L 76» le miró con expresión severa.

—Ésa no es una respuesta a lo que he venido preguntando desde el principio. Presumo tener derecho a que se me responda con cortesía cuando interrogo con cortesía.

Payne no le escuchaba porque seguía considerando hasta qué punto era un hombre listo. Vaya, si para él la cosa estaba clara como la luz del día. El robot había sido construido para explorar la luna y de alguna manera andaba suelto por la tierra. Era pues natural que no entendiera nada: su cerebro positrónico contenía una programación adecuada al medio ambiente lunar, lo cual hacía que el contorno terrestre le resultase ininteligible.

Si pudiese retener al robot hasta ponerse en contacto con los de la factoría de Petersboro... Diablos, los robots costaban un dineral. Creía recordar que el más barato no bajaba de los cincuenta mil. Y los habría sin duda que superaban el millón. La recompensa por su captura, en caso de fuga, tenía que situarse en consecuencia.

No podía pensar en otra cosa. ¡La recompensa! Y cada centavo sería para él. A Mirandy no le dejaría ver uno solo, no, señor.

Se puso de pie.

«Al» —le dijo—. Tú y yo somos dos buenos amigos. Más aún, verdaderos camaradas. Puedo decir que para mí eres como un hermano. Venga, choca esos cinco:

La mano tendida por el robot engulló la del hombre al estrecharla. No entendía bien, sin embargo, lo que estaba sucediendo, de modo que creyó del caso seguir con las preguntas.

—¿Quieres decir con eso que me dirás cómo hacer para llegar a la Estación Lunar 17?

—Bueno... no exactamente. En realidad, me eres tan simpático que lo que quisiera es que permanecieras aquí en mi casa por un tiempo.

—Ah, no. Eso es imposible. No puedo, porque he de trabajar. —Su voz era sombría—. ¿Cómo podría dejar de cumplir con mi cuota de labor hora tras hora y minuto tras minuto? Quiero trabajar. *Debo* hacerlo.

Con cierta amargura Payne pensó que sobre gustos no hay nada escrito.

—Pues bien —dijo—, entonces te explicaré algo que entenderás de inmediato, porque en tus ojos se ve que eres una persona inteligente. He recibido órdenes de tu Ejecutivo Sectorial, por las cuales se me instruye para que te retenga aquí hasta nuevo aviso. Hasta que te vengán a buscar.

—¿Y con qué objeto me tienes que retener? —preguntó el robot con voz recelosa.

—Eso no lo sé. Supongo que se tratará de materia reservada.

Interiormente, Payne elevó al cielo una súplica para que «Al» se tragase aquello. Algunos robots, ya se sabe, muestran diabólica astucia; pero éste parecía de modelo antiguo.

Mientras él rezaba, el robot parecía meditar. El cerebro de los de su especie, programado para ser dirigido por un disinto en la luna, no se luce particularmente cuando se embarca en pensamientos de tipo abstracto. Por otra parte, desde que se había perdido, «A-L 76» notaba que sus procesos mentales tomaban extraños rumbos. Aquel ambiente le era desconocido e imprevisible. No era extraño que le alterara el pensar.

Su siguiente observación fue casi sagaz.

—¿Sabes cómo se llama mi Ejecutivo Sectorial?

Payne fue cogido de improviso. Trató de responder algo plausible.

—Amigo «Al» —dijo con un dejo de tristeza en su voz—. Tus sospechas hieren mi susceptibilidad. Sabes que no puedo responder a tu pregunta. Los árboles tienen oídos.

«A-L 76» contempló meticulosamente el árbol más cercano.

—No —afirmó—. No los tienen.

—Hombre, claro que no. Lo que quería decir es que esto hierve de espías.

—¿Espías?

—Sí. Ya sabes: hombres malos que están empeñados en destruir la Estación Lunar 17.

—¿Por qué?

—Porque son malos. También quieren destruirte a ti. Tal es probablemente la causa por la que se me ha pedido que te retenga conmigo hasta que ellos vengán.

—Pero... pero necesito tener un disinto. No puedo dejar mi cuota incumplida.

—Lo tendrás, lo tendrás —le prometió Payne enfáticamente, mientras con el mismo énfasis maldecía por dentro el empeño del robot en trabajar—. Mañana mismo te enviarán uno. Mañana sin falta.

Eso le daba sobrado tiempo para ponerse al habla con los hombres de la factoría y juntar un hermoso montón verde de billetes de cien.

Pero «A-L 76» no cejaba. Por el contrario, parecía mostrarse cada vez más empecinado, como si el mundo extraño en que se veía sumido endureciera su mecanismo pensante.

—No —dijo—. Necesito un disinto ahora. Se irguió hasta quedar muy tieso. —Será mejor que lo siga buscando.

Payne se puso de inmediato a su lado cogiéndole un codo helado y duro.

—Oye —chilló—. Tendrás que quedarte...

De pronto, algo en el cerebro del robot cobró vida. Todas las rarezas que le rodeaban se reunieron en un solo glóbulo que, al romperse, iluminó su entendimiento, el cual pasó a funcionar con creciente eficiencia.

—Te diré algo: se podría hacer un disinto aquí mismo. De tal manera podría trabajar.

Payne pensó sobre el punto.

—No creo que pueda construir uno —repuso en tono de duda.

Se preguntaba si serviría de algo fingir que estaba en condiciones de armar un disinto.

—Pues bien —prosiguió «A-L 76», que casi podía sentir las rutas positrónicas de su cerebro al formar el nuevo circuito y experimentaba un extraño regocijo—. Yo puedo construirlo.

Contempló la perrera de lujo de Payne.

—Por aquí has de tener todos los materiales que me son precisos.

Randolph Payne pasó revista a toda la basura que llenaba su cabaña: radios destripadas, una nevera desprovista de su parte superior, motores de automóvil oxidados, un tubo de escape partido por la mitad, rollos de alambre de espino y la más heterogénea colección de piezas de metal que hubiese podido despreciar el trapero más benevolente.

—¿Te parece? —murmuró.

Dos horas más tarde, dos sucesos tuvieron lugar casi al mismo tiempo. El primero fue un golpe de visífono recibido por Sam Tobe, jefe de la Delegación en Petersboro de la Sociedad de Robots y Hombres Mecánicos de los Estados Unidos. Provenía de cierto Randolph Payne, que llamaba desde Hannaford, para hablar con Tobe sobre el robot perdido. El ejecutivo interrumpió la comunicación para ordenar que todas las llamadas subsiguientes se canalizaran a través del sexto vicepresidente auxiliar encargado de los ojales.

La decisión no era completamente insensata. En el correr de la semana anterior, durante la cual el robot «A-L 76» siguió sin aparecer, los avisos de que había sido visto en todos los puntos imaginables de los Estados Unidos habían llovido incesantemente. Era frecuente que llegasen catorce llamadas en un día y cada una de ellas emanara de un estado diferente.

Tobe estaba ya harto de aquello, por no decir medio chalado. Se hablaba ya de una investigación del Congreso, a pesar de que todos los robotistas respetables e innumerables físico-matemáticos de todo el globo aseguraban terminantemente que el robot no podía causar daño alguno.

Dado el estado mental en que el director general se encontraba, no puede extrañar que le llevara tres horas caer en la cuenta que aquel Randolph Payne sabía que el robot tenía por disinto concreto la Estación Lunar 17. ¿Cómo podía saberlo? Y, ¿cómo acertó al decir que el número de serie del robot era «A-L 76»? Ninguno de ambos pormenores había sido ventilado en las comunicaciones hechas públicas por la Sociedad de Robots y Hombres Mecánicos.

Aquellos interrogantes lo tuvieron ocupado un minuto y medio, transcurrido el cual se lanzó resueltamente a la acción.

Sin embargo, en las tres horas que transcurrieron entre la llamada visifónica de Payne y la entrada en acción de Tobe, tuvo lugar el otro suceso. Randolph Payne, sospechando acertadamente que el abrupto corte de la comunicación era debido al escepticismo del director general, retornó a su cabaña con una cámara fotográfica. No era probable que discutieran a la vista de una foto. De todos modos, sólo verían eso, a menos que acudieran a su debido tiempo con el maletín cargado de billetes. Sobre el punto, Payne se mostraría inflexible.

«A-L 76», entretanto, estaba ocupado con sus propios problemas. La mitad de la choza se veía atestada de cachivaches. En el centro de ellos, rodeado por trastos diversos, el robot examinaba válvulas de radio, trozos de hierro, alambres de cobre y cosas de esa índole. No presto atención a Payne quien, echado sobre una montaña de cacharros, se aprestaba a fotografiarle.

Fue en aquel preciso momento cuando Lemuel Oliver Cooper dejó el camino y, entrando por la senda, se llegó hasta la cabaña. Al ver el espectáculo pareció transformarse en estatua de sal. La razón que le llevaba allí tenía que ver con un tostador eléctrico que había desarrollado la estúpida costumbre de despedir las rebanadas de pan con gran fuerza pero sin darse el trabajo de tostarlas previamente. La razón que le impulsó a salir de allí corriendo era, naturalmente, muy distinta. Había llegado con paso lento, moderadamente jovial, muy propio de la primavera temprana que corría. Se marchó a una velocidad que hubiese llevado a cualquier entrenador de carreras a levantar las cejas y esbozar un gesto de aprobación.

Sin que disminuyera en ningún momento su brío Cooper penetró en la oficina del

comisario Saunders. Por el camino quedaban su sombrero y el tostador. Se recostó en un muro, pero su cuerpo se fue deslizando contra él hasta quedar en el suelo.

Manos solícitas lo levantaron y durante medio minuto trató infructuosamente de hablar. Era lógico: pretendía hacerlo sin respirar antes, lo cual es muy difícil.

Le sirvieron un poco de whisky y alguien le abanicó. Sus primeras palabras no fueron claras.

—... monstruo... siete pies de altura... toda la cabaña repleta... el pobre Rannie Payne...

En la comisaría se fueron enterando de la historia muy gradualmente. Al fin supieron que en la choza había un gran monstruo de metal de siete pies de alto (aunque acaso llegara a los ocho o incluso a los nueve) y que el pobre Randolph Payne yacía por los suelos: no era más que «un cadáver descuartizado y sangrante». El monstruo se entretenía en desolar la cabaña tan sólo por hacer daño. Había vuelto su mirada hacia Lemuel Oliver Cooper, pero éste se las había apañado para escapar, salvando su vida por un pelo.

El comisario Saunders se ajustó el cinturón que recorría su carnosa cintura.

—Se trata de ese hombre-máquina que escapó de la factoría de Petersboro. Nos llegó la advertencia el sábado pasado. Eh, tú, Jake, recluta a todos los hombres del condado que sepan tirar. Que estén aquí a mediodía. Y oye: ante todo te pasas por la casa de la viuda y le espetas la mala noticia del modo más amable posible.

Se dice que Mirandy Payne, al ser puesta en antecedentes, se apresuró a constatar que la póliza de seguro de su «ex» marido estaba en regla y a lamentar enérgicamente que su esposo no hubiese previsto una prima de, lo menos, el doble para caso de accidente. Luego tomó la actitud que se espera de una viuda respetable, llorando la pérdida como Dios manda.

Un poco más tarde Randolph Payne, desconociendo la horrible muerte por mutilación que se le atribuía, contemplo los negativos de las instantáneas tomadas al robot. Su rostro reflejaba satisfacción. En tanto que una serie de retratos de un robot en un acto de trabajo, no dejaban nada a la imaginación. Podrían haber llevado leyendas como «Robot contemplando meditativamente el tubo de un aspirador», «Robot empalmado dos cables», «Robot empuñando un destornillador», «Robot destrozando nevera con gran violencia», etc.

Como ahora apenas quedaba el rutinario trabajo de ponerse a la ampliadora para hacer los positivos, Payne decidió tomarse un descanso y fumarse un pitillo mientras sostenía una amable charla con «Al».

Al hacerlo estaba lejos de imaginar que los bosques vecinos comenzaban a poblarse de nerviosos y resueltos granjeros con sus armas listas. Éstas iban desde una reliquia colonial con forma de mosquete hasta una metralleta portátil que portaba el comisario. Tampoco imaginaba Payne que en aquellos momentos, media docena de

robotistas acaudillados por Sam Tobe corrían por la autopista de Petersboro a más de ciento veinte millas por hora con el fin de tener el gusto y el honor de estrecharle la mano.

De modo que mientras los acontecimientos se acercaban al momento culminante, Randolph Payne suspiraba beatíficamente, pleno de autosatisfacción, y encendía su pipa tras rascar el fósforo contra la zona del pantalón que le cubría el trasero. Dando rápidas bocanadas, miraba a «A-L 76» con expresión divertida.

Ya había podido advertir que el robot era algo más que chiflado. Como hombre avezado en el arte de construir aparatos diversos (algunos de los cuales no hubiesen podido exponerse a la luz del día sin herir los ojos de los observadores) no podía menos que mirar paternalmente la perfecta idiotez que armaba en aquellos momentos el robot. Payne nunca habría concebido algo que se pareciera a la monstruosidad que «A-L 76» estaba construyendo.

Tan sólo a un Rube Goldberg moderno le hubiese causado envidia; sólo habría tenido efecto sobre Picasso, quien sin duda hubiera resuelto abandonar la pintura al constatar que alguien podía superarle. El cacharro era capaz de cortar la leche de las vacas situadas a media milla.

De hecho se trataba de una atrocidad.

La base estaba constituida por una pieza de acero oxidada y maciza que recordaba vagamente algo que Payne había visto cierta vez acoplado a un tractor de segunda mano. De allí se levantaba un conjunto de piezas torcidas e inclinadas hacia todos lados, que un mar de alambres y cables sostenían precariamente. Enredados entre ellos se veían ruedas, tubos, válvulas e innumerables espantajos que terminaban en una especie de megáfono de aspecto francamente siniestro.

Payne sintió deseos de acomodar algo en la zona del megáfono pero se contuvo. Había visto aparatos mucho más vistosos explotar súbitamente y con violencia.

—¡Eh, «Al»! —dijo.

El robot le miró desde el piso, pues estaba tirado en el suelo tratando de deslizar una delgada planchuela de metal en su lugar.

—¿Qué quieres, Payne?

—¿Puede saberse qué haces?

Su voz tenía el dejo que se emplea para hablar de algún absurdo. Miraba especialmente algo que se balanceaba entre dos palos de diez pies.

—Es un disinto. Lo estoy armando con el fin de poder comenzar el trabajo que me corresponde. Trato de mejorar el modelo, creando un prototipo perfeccionado.

Se incorporó, sacudiéndose el polvo, acto que provocó un pequeño estruendo metálico. Tomando distancia, contempló su obra con aire satisfecho.

Payne sintió que le recorría un escalofrío. ¡Un prototipo perfeccionado! Ahora comprendía por qué los sabios escondían los originales en las cuevas de la luna.

¡Pobre satélite! ¡Pobre satélite muerto! Siempre había querido saber si podía haber algo peor que la muerte. Ahora sabía que sí.

—¿Crees que funcionará?

—Oh, claro.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Tiene que funcionar, puesto que yo mismo lo he armado. Sólo necesito una cosa. ¿Tienes una linterna?

—Sí, ha de haber alguna por aquí. Buscó brevemente y a poco pudo alcanzarle lo que pedía.

El robot la desarmó y puso de inmediato manos a la obra para dar a su aparato el toque final. A los cinco minutos había terminado. Se apartó un poco.

—Todo en orden. Ya puedo trabajar. Si quieres, te permito que mires.

El anfitrión consideró la generosidad de la oferta.

—¿No es peligroso?

—En absoluto. Un bebé podría manejarlo.

—¡Oh!

Sonrió tontamente, dirigiéndose hacia el árbol más espeso de la vecindad. Se parapetó tras él.

—Ya puedes comenzar —gritó—. Tengo la mayor confianza en ti.

El robot tendió la mano hacia su engendro infernal.

—Pues observa.

Comenzó a trabajar.

Los aguerridos granjeros de Hannaford County, Virginia, fueron acercándose a la cabaña de Payne desplegando una estrategia circular, lenta pero firme. La sangre de sus heroicos antepasados corría rauda por las venas de cada uno de ellos; pero relampagueantes escalofríos corrían asimismo por sus espinazos. Avanzaban cubriéndose a cada paso por los árboles.

El comisario Saunders impartió sus órdenes.

—Haced fuego cuando yo dé la señal. Apuntad a sus ojos.

Jacob Linker, «Lank Jake» para sus íntimos, y comisionado del comisario en casos como el presente, se acercó a su jefe.

—Tal vez ese hombre-máquina ya no esté aquí, sino Por el bosque.

—Tal vez —repuso el comisario—. Pero no lo creo. Nos habríamos encontrado con él.

La opinión de su superior apagó el brillo de la esperanza en los ojos de «Lank Jake».

—Sin embargo —insistió—, todo está muy tranquilo por aquí y ya nos encontramos muy cerca de la cabaña de Payne.

La observación era innecesaria, desde luego, y apenas sirvió para aumentar la

aprensión de Saunders, que tenía tal nudo en la garganta que le fue preciso tragar tres veces antes de sentir algún alivio.

—Vuelve atrás —ordenó—. Y mantén el dedo sobre el gatillo.

Estaban ya en los bordes del claro dentro del cual se levantaba la cabaña. El comisario, bien protegido por un tronco grueso, asomó un ojo casi cerrado para apreciar el escenario de la acción. No viendo nada, repitió la operación con los ojos abiertos.

Los resultados fueron, naturalmente, mejores que los obtenidos anteriormente.

Para ser exactos, vio un gigantesco hombre-máquina con la espalda vuelta hacia él e inclinado sobre un aparato de aspecto sobrecogedor de incierto origen y aún más incierta utilidad. En cambio no pudo percibir la temblorosa figura de Randolph Payne que se abrazaba a un árbol situado no muy lejos, en dirección noroeste.

Saunders se arriesgó a salir al claro. Llevaba la metralleta pronta para disparar. El robot, que seguía con la espalda vuelta hacia él (espalda hecha de una amplia plancha metálica), exclamó dirigiéndose a Payne:

—¡Mira!

Y cuando el comisario abría la boca para impartir la orden general de fuego, los dedos de acero inoxidable oprimieron un botón.

Es difícil describir con cierta exactitud lo que entonces sucedió porque los setenta testigos oculares no pudieron hablar. Para ser más precisos, ninguno de los setenta quedó en condiciones de describir lo acaecido después que Saunders abriera la boca para ordenar que se hiciera fuego. Al preguntárseles sobre el punto, todos los rostros lugareños se teñían de un delicado tinte verdoso. Preferían callar.

Parece claro, sin embargo, que de un modo general es posible dar una idea de los hechos.

El comisario abrió la boca; «A-L 76» oprimió el botón; el disinto se puso en marcha y setenta y cinco árboles, dos chozas, tres vacas y la mayor parte de la montaña Duckbill quedaron sumidos en una atmósfera rarificada.

La boca de Saunders permaneció abierta por un período indefinido de tiempo; pero nada parecido a una orden o lo que fuera, salió de ella. Y entonces...

Entonces el aire se pobló de agitación. Un gran ruido parecido al redoblar de tambores reinó en el lugar y una serie de líneas color púrpura irradió de la cabaña de Randolph Payne. De los miembros de la improvisada patrulla policial no se veían rastros.

Varias armas se hubieran podido ver tiradas por los alrededores, entre ellas la metralleta portátil del comisario, arma patentada y niquelada, de fuego superrápido y provista de garantía contra un eventual atascamiento del disparador. También había por allí cincuenta sombreros, unos cuantos cigarros fumados a medias y objetos diversos de valor variable que dejaran caer sus dueños en medio de la agitación. Pero

de seres humanos reales, casi nada.

Con excepción de «Lank Jake», ninguno de dichos seres recuperaría ya la lucidez. Si a «Jake» no le sucedió lo que a todos, fue porque su vuelo resultó interceptado por la media docena de hombres provenientes de la factoría de Petersboro, que se dirigían hacia la cabaña de Payne a toda velocidad. Le tocó al propio Sam Tobe entrar en contacto con «Lank Jake». Mejor dicho, éste fue a dar contra la boca de su estómago. Al recuperar el aliento, el robotista preguntó:

—¿Dónde se halla la cabaña de Randolph Payne?

Los ojos de «Lank Jake» perdieron fugazmente su vidriosidad.

—Hermano —respondió—. Guíate por mi consejo y sigue en la dirección que yo traía antes de chocar contigo.

Y, dicho esto, siguió flotando milagrosamente. Tobe pudo ver algo que se desvanecía a lo lejos mientras esquivaba árboles a la deriva. Acaso fuera él; pero no estaba en condiciones de asegurarlo.

Hasta aquí lo sucedido a la patrulla. Nos faltaba hablar de Randolph Payne, cuyas reacciones tomaron un giro en cierto modo propio.

Para él, la medida del tiempo transcurrido desde que el robot apretara el botón haciendo desaparecer la montaña de Duckbill era imprecisa. Su mente quedó súbitamente en blanco. En cierto momento estaba atisbando el trabajo del robot, refugiado tras el tronco de un árbol. Al siguiente flotaba por los aires a la altura de las ramas más altas de los árboles que aún seguían en el lugar. El impulso que colocara a los de la patrulla horizontalmente, a él le imprimió la dirección vertical.

—¿Cómo cubrió los ciento cincuenta pies que había entre la raíz y la copa del árbol? ¿Trepando, saltando o volando? No lo sabía ni le importaba.

Lo único que le preocupaba era la idea de que aquella destrucción resultaba obra de un robot temporalmente en posesión suya y que quizá se le considerara responsable. La dulce visión de los billetes recompensatorios se desvaneció para ser reemplazada por el espectáculo pesadillesco de un turba de hostiles ciudadanos ansiosos de lincharle, de montañas de papeles legales, de acusaciones de asesinato. Por no hablar de lo que diría Mirandy, su mujer.

Se puso a gritar desaforadamente.

—¡Eh, tú, robot! ¡Todo esto ha sido obra tuya, ya lo sabes! ¡Buena la has hecho! Pero yo no tengo nada que ver, ¿me oyes? Ni siquiera te conozco, ¿sabes? No irás a decir que somos amigos, ¿verdad? ¡Olvídalo!

No era que esperara ser atendido en sus peticiones. Sus alaridos sólo obedecían a una mera acción refleja. Ignoraba algo fundamental: que un robot siempre obedecía órdenes de los seres humanos, excepto cuando al hacerlo así ponía en peligro la vida de otros seres humanos.

De modo que «A-L 76», metódicamente y con toda calma, procedió a destruir el

disinto, transformándolo en trozos y retazos.

Precisamente cuando aplastaba bajo uno de sus pies la última pulgada cúbica de material llegó al lugar Sam Tobe y su gente. Randolph Payne, comprendiendo que los verdaderos dueños del robot eran aquellos sujetos, cayó de cabeza. De tal modo penetró en el reino de lo desconocido no con los pies para adelante, sino hacia abajo.

Había renunciado para siempre a la recompensa.

Austin Wilde, ingeniero de robots, se volvió hacia Sam Tobe.

—¿Conseguiste saber algo de lo sucedido? ¿Dijo algo el robot?

Tobe negó enfáticamente con la cabeza, dejando escapar un hondo gruñido.

—Nada. Nada en absoluto. Ha olvidado cuanto le ocurrió desde el momento en que abandonara la factoría. Es indudable que se le han impartido órdenes de olvidar o, al menos, que se le han formulado vehementes peticiones en tal sentido. Si así no hubiera sido, su mente no estaría en blanco, que es lo que sucede. ¿Has examinado los materiales que estaba empleando?

—Sí. Trozos de hierro, alambres, cables. Nada importante en sí; pero tuvo que ser un disinto antes de que él lo destruyera. Me gustaría tener en las manos al imbécil que le ordenó destruirlo. Le torturaría hasta matarle. Mira esto.

Recorrían en aquellos momentos la zona donde en un tiempo se irguiera el monte Duckbill. Se detuvieron precisamente en el lugar en que se hallaba otrora la cúspide. Ahora sólo era terreno plano. Inclinandose, Wilde puso la palma de la mano sobre él. La montaña había sido arrancada limpiamente o, mejor dicho, cortada a ras del suelo, sin que importara que hubiesen zonas de roca y otras de tierra.

—Sí que era bueno el disinto —dijo—. Mira lo que ha quedado de la montaña.

—¿Por qué lo habrá construido?

Wilde se encogió de hombros.

—Vete a saberlo. Algún factor que encontró en el medio ambiente y cuya identidad nunca podremos conocer, actuó sin duda sobre su cerebro positrónico de tipo lunar, llevándole a armar un disinto sirviéndose de materiales de desecho. Hay tan sólo una posibilidad en un millón de dar con el factor determinante. Sería una gran casualidad. ¡Y no podemos saberlo por el robot porque se le ha ordenado olvidar! Desengáñate: nunca daremos con ese prototipo perfeccionado de disinto.

—Bueno, al fin y al cabo hemos logrado lo que más importaba, que era dar con el paradero del robot.

—Oye, deja de decir idioteces, ¿quieres? —exclamó Wilde con evidente cólera—. ¿Sabes algo del comportamiento de un disinto en la luna? Consumen energía como condenados y no se mueven hasta que no pones a su disposición un potencial de un millón de voltios por lo menos. En cambio este disinto que fabricó el robot trabaja de otro modo. He examinado cuidadosamente todo el material hallado en el lugar. Hasta con ayuda de un microscopio electrónico. ¿Sabes cuál fue la única fuente

de energía que pude hallar entre todo ese mar de piezas en desuso y de trozos inservibles?

—¿Cuál?

—¡Esto! ¡Nada más que esto! ¡Y nunca sabremos cómo lo usó!

Diciendo tales palabras, Wilde extendió la mano, enseñando a Tobe lo que había permitido al disinto hacer volar por los aires a una montaña en medio segundo. Eran dos pilas de linterna.

EANDO BINDER

EL MAESTRO QUE VINO DE MARTE

The Teacher from Mars

El anciano profesor proveniente del Planeta Rojo temía la violencia salvaje de la Tierra. Hasta que los humanos le enseñaron un secreto lleno de profunda verdad.

El expreso propulsado a cohete salido poco antes de Chicago llegó a la estación y yo descendí del vagón. Era un día cálido de primavera y el pueblecito de Elkhart, en Indiana, se extendía perezosamente al sol que lo bañaba con rayos dorados. Caminé por calles tranquilas y sombreadas de árboles, rumbo al Caslon, un colegio de segunda enseñanza para varones.

Antes de llegar muy lejos, fui descubierto por los niños que jugaban por doquier. Ellos y unos cuantos perros formaron una vibrante, turbulenta y sonora procesión tras de mí. Algún que otro perro llegó a ladrarme como si yo hubiese sido un animal extraño y salvaje. Las amas de casa asomadas a sus balcones me miraban con expresión embobada.

¿De modo que los rumores habían resultado ciertos! ¡El nuevo maestro del Caslon era un marciano!

Supongo que he de constituir algo completamente ajeno y nuevo a los ojos humanos, puesto que soy enormemente alto y extremadamente delgado. De hecho mido siete pies. De mis brazos se ha dicho que son como palos de escoba. Mis Piernas no son por cierto más carnosas. En mi huesoso cuerpo sólo el pecho está completo, para hablar en términos humanos. Iba vestido con un kimono de algodón que me estaba amplísimo: me colgaba desde los estrechos hombros hasta los tobillos. Creo que es un atuendo de origen chino.

Hasta ahí soy algo bastante humano. En cuanto al resto, en cambio, cualquier marciano es una absoluta extravagancia si se le considera desde el punto de vista terrestre. Dos largos tentáculos nos caen por la espalda, desde los hombros hasta las rodillas. Estos apéndices inservibles no han desaparecido con la evolución, como les

desapareciera la cola a los humanos. La parte superior de nuestras cabezas sobresale y está desprovista de pelo, el cual sólo nos crece algo más abajo. Se trata de una pelusa grisácea que nos corre por encima de las grandes orejas con forma de caracola. Dos ojos muy separados, parecidos a los de las lechuzas de la tierra, una nariz prominente y una boca pequeñita completan nuestra apariencia facial.

Mi piel se parece al cuero y es de color marrón caoba.

Tímidamente me detuve ante los portales del colegio y extendí la mirada por todo el lugar. Los cristales de mis gafas tenían forma de copa y eran oscuros porque así contrarrestaban los destellos cegadores del sol. Los hombros me pesaban y mis movimientos eran torpes por efecto de la gravedad, que era doble de aquélla a la que yo estaba acostumbrado.

Felizmente había llevado conmigo abrazaderas para las piernas. Quedaban escondidas bajo la túnica. Eran dos ingeniosos aparatos de metal liviano que ayudaban a las piernas a soportar el peso. Me habían costado caras —algo más de cuarenta dhupecs— pero valían bien su precio.

Empuñando con una mano mi bastón y agarrando con la otra mi maleta, me dispuse a penetrar en el santuario constituido por las tierras e instalaciones del colegio. El panorama no podía ser más atractivo. Todo se veía verde y acogedor. Se parecía a un parque situado junto a los canales de Marte. Sería un buen refugio cuando pudiese librarme de los niños, en mis horas de descanso. Muchos de ellos me tiraban piedrecitas y algunos caninos se habían prendido a mis tobillos. Por cierto que no se me ocurrió censurarlos, como tampoco creí del caso enfadarme ante las miradas poco hospitalarias de los adultos con los que me había cruzado por el camino. Después de todo yo era un extraño.

Atravesé el gran portal. Al menos en esta escuela que me contrató para enseñar, se me aceptaría de manera tal vez amistosa...

—¡Ssssss!

Un silbido que parecía provenir de mil serpientes llenó el aire. Me sobresalté y apenas atiné a reaccionar dejando caer la maleta y cogiendo fuertemente el bastón con ambas manos. Momentáneamente me creí de nuevo en Marte, rodeado por las serpientes venenosas de los vastos desiertos. ¡Debía ahuyentarlas con el bastón!

Un momento, me dije en seguida; estoy en la Tierra, donde las serpientes son criaturas insignificantes y, la mayor parte de las veces, inofensivas. Esto me tranquilizó, aunque seguía respirando con dificultad. El terror helado que me había invadido fue desapareciendo. Acaso vosotros los humanos no lleguéis nunca a conocer del todo el paralizante pavor que nos causan las serpientes.

Me llegó luego a los oídos un sonido nuevo que en cierto modo me levantó los ánimos.

Un grupo compuesto de cincuenta chicos, más o menos, todos ellos muy

sonrientes. Salían de detrás del muro circular de piedra que circundaba el campus. Aparentemente se habían escondido allí poco antes y al salir lo hicieron emitiendo los silbidos que tanto me espantaron, una travesura. Qué tonto haberse asustado, pensé.

Les devolví la sonrisa, saludándolos. Aquéllos eran mis futuros discípulos.

—Soy el profesor Mun Zeerohs, vuestro nuevo maestro —dije presentándome.

Mi voz, como la de todos los marcianos, es muy aguda y a oídos humanos suena como si saliese por la punta de una caña hueca.

—Que el sol brille sobre vuestras cabezas —continué—. O como decís los humanos, encantado de conocerlos.

Como respuesta obtuve nuevas sonrisas, aunque algo extrañas. Menudearon los susurros.

—¡Oye, si habla y todo!

—¡Directo desde los canales!

—¿Esta vivo eso?

Uno de ellos se adelantó. Tenía unos dieciséis años. En sus ojos azules se leía la burla.

—Soy Tom Blaine y represento a la clase. Dígame, señor, ¿es cierto que Marte está habitado?

Cruel recepción, aunque se tratase tan sólo de otra travesura. Moví mis dos tentáculos en señal de desaliento, sin saber qué actitud tomar.

—¡Chicos! ¡Caballeros!

Un adulto de pelo gris venía andando apresuradamente desde el edificio del colegio. Los chicos le abrieron paso para que llegase hasta mí. Me tendió la mano, presentándose.

—Robert Graham, decano del Caslon. Usted es, sin duda, el profesor Mun Zeerohs.

Se volvió dirigiendo a los muchachos una mirada de censura.

—Éste es el nuevo instructor, caballeros. Les enseñará a ustedes Historia Interplanetaria y Lengua Marciana.

Del grupo surgió un murmullo de desaprobación. Yo conocía la causa, desde luego: nuestro idioma contiene el doble de declinaciones que el latín.

—Han de considerar, caballeros —continuó diciendo el decano—, que esto será de gran utilidad. Cuidado con la cortesía. Estoy seguro de que sabrán apreciar a nuestro nuevo profesor...

—¡No, claro que no!

Era otra vez Tom Blaine quien hablaba. Detrás de él gestos de hostilidad habían reemplazado la previa y molesta sorna.

—Nunca hemos tenido un maestro marciano hasta ahora y no lo queremos.

—¿Que no lo queréis?

El decano estaba más asustado que yo mismo.

—Mi padre dice que los marcianos son unos cobardes —continuó afirmando Tom Blaine en alta y clara voz—. Y puede usted estar seguro de lo que dice, puesto que forma parte de la Patrulla del Espacio. Me ha contado que durante la guerra los marcianos cortaban a los humanos en pedazos muy lentamente. Comenzaban por las manos; luego...

—Basta —le interrumpió el decano—. La guerra, de todos modos, ha concluido y hay marcianos en la Patrulla del Espacio. Y ahora basta de discusiones. A vuestros dormitorios. El profesor Zeerohs comenzará con sus lecciones mañana por la mañana. Oscar, lleva la maleta del profesor a su alojamiento.

Oscar, pequeño robot destinado a faenas domésticas en el colegio, obedeció de inmediato, inclinándose para cumplir la orden. Sentí una especie de calor amistoso hacia él. Para su mente mecánica de reflejos rudimentarios todos eran iguales, fuesen marcianos o terrícolas. No me discriminaba, como los chicos.

Cuando Oscar se ponía ya en marcha hacia el edificio, Tom Blaine le cortó el paso. El robot, fiel a sus órdenes, continuó andando, lo cual trajo como consecuencia que un codo de acero golpeará al joven en las costillas. Esto hizo que Tom desistiera de su intento de apoderarse de la maleta. Prefirió coger una piedra del suelo y arrojarla contra el cuerpo metálico de Oscar. Así, otra abolladura quedó en el cuerpo de éste, entre las muchas que se podían apreciar a simple vista.

Con esto la rebelión quedó sofocada... de momento.

Sentía que la actitud de los muchachos continuaba siendo hostil cuando me encaminé con el decano a su despacho. Mis hombros me pesaban más que nunca.

—No les preste atención —me decía el hombre a modo de disculpa—. Ya sabrá usted que a esa edad suelen ser respondones. Por otra parte, nunca han contado antes con un maestro marciano.

—¿Por qué decidió usted contratarme? —pregunté.

Graham asumió un tono a la vez benevolente y respetuoso.

—Muchos otros colegios han probado la inclusión de profesores provenientes de Marte en sus cuadros y en general se considera que el resultado es positivo.

No creyó del caso añadir que, además, resultaban más económicos.

Suspiré. La vida se había tornado dura en Marte últimamente. Las interminables tormentas de polvo no cesaban de azotar las regiones de los canales, malogrando las cosechas. El puesto que se me había ofrecido en la tierra, aunque el salario fuese bajo, era mejor que la más abyecta pobreza. Como ya era viejo, podía vivir muy modestamente. Muchos marcianos habían emigrado a la Tierra desde el fin de la guerra. Somos gente dócil, laboriosa, inteligente y muy aptos para la enseñanza, la ingeniería, la química y el arte.

—Siempre buscan confundir a los nuevos profesores —me dijo el decano

sonriendo con cierto embarazo—. Su primera clase comenzará mañana por la mañana a las nueve en punto. Será la de Historia Interplanetaria.

Tras dormir plácidamente toda la noche, me sentí bastante bien, de modo que entré en el aula al día siguiente ilusionado con mi nuevo trabajo. Cien ojos fríos e inamistosos me miraban con tremenda intensidad.

—Buenos días —dije con el acento más cordial que pude hallar.

—¡Buenos días, profesor *Cero*! —me repuso un coro atronador que me sorprendió.

De modo que no habían cambiado de actitud. Sea como fuere, no corregiría aquel abuso fonético: hasta los niños marcianos me bautizaban invariablemente con aquel nombre.

Paseé mi mirada por la sala, congratulándome de sus altas ventanas y correcta dosificación de la luz, para posarla luego en la pizarra que estaba detrás de mí. Un gran dibujo hecho con tiza la cubría casi por entero. Representaba, con cierta exactitud de trazado, a un marciano parapetado tras un terrícola, como si buscara protegerse. Ambos eran miembros de la Patrulla del Espacio y aparentemente batallaban contra guerrilleros o malhechores del cosmos. La obra era de mano de Tom Blaine, sin duda, puesto que su padre sostenía que todos los marcianos eran cobardes y quejicas.

Mi rostro de cuero no demostró ningún pensamiento mientras mi mano borraba el ofensivo dibujo. Desoyendo las risas y susurros, cogí luego dos trozos de tiza con ambos tentáculos, escribiendo letras con uno y fechas con el otro:

1955: Primer vuelo espacial.

1978: Los terrícolas reclaman la propiedad de todos los planetas del sistema solar.

1992: Expedición de pioneros a Marte.

2011: Rebelión y guerra.

2019: Marte conquista su independencia.

2040: Relaciones amistosas Marte-Tierra.

—La Historia Interplanetaria —comencé diciendo— gira en torno a las fechas y acontecimientos que pueden ustedes ver en la pizarra. Hasta 1955 los terrícolas no tuvieron pruebas que demostraran que seres inteligentes habían sido los constructores de los canales de Marte. Por su parte los marcianos ignoraban a ciencia cierta que las llamadas «luces parpadeantes» de vuestras ciudades, visibles por la noche, evidenciaban la presencia de individuos pensantes en la Tierra. Los exploradores que llegaron a Marte a mediados del pasado siglo consideraron que sus habitantes poseían una inteligencia parecida a la de los terrícolas. La Tierra poseía grandes ciudades y Marte su gran sistema de canales, construido hace diez mil años marcianos. La civilización comenzó allí cincuenta siglos antes, es decir, previamente a que en la Tierra se produjera la primera manifestación de vida.

—¿Oís, amigos? —exclamó Tom Blaine interrumpiendo mi lección—. Ya os había dicho que nada les gusta más que repetir eso.

Se dirigió a mí con voz sarcásticamente cortés.

—Disculpe usted, señor, pero ¿podría decirme por qué los brillantes marcianos tuvieron que esperar a que los terrícolas iniciasen la era espacial?

Sentía un gran fastidio pero traté de no perder la serenidad.

—En Marte se acabaron los yacimientos metálicos que eran indispensables para mantener en buen estado los canales. Nuestra historia es, desde hace muchos años, la crónica de nuestra constante lucha por sobrevivir. Estamos amenazados por el peligro de la extinción. De hecho, cuando los pioneros de la Tierra emigraron en 1992, llegaron muy oportunamente: reparando los canales, evitaron que el hambre se extendiera por nuestro planeta.

—¡Y *como pago* por ello —intercaló el muchacho— los marcianos se rebelaron!

—Olvida usted que los pioneros fueron quienes comenzaron la revolución al rechazar el sistema de impuestos y que lucharon a nuestro lado.

—Traidores —afirmó tajantemente.

Preferí dejar así las cosas y continuar con la clase.

—Marte obtuvo su independencia tras nueve años de lucha...

De nuevo fui interrumpido.

—No la obtuvo. No supo ganarla. La Tierra le *concedió* la independencia de que usted habla.

—Sea como fuere —proseguí serenamente— la Tierra y Marte mantienen hoy, en el 2040, amistosas relaciones. La confrontación ha sido superada.

—¡No la hemos olvidado! —exclamó Tom Blaine colérico—. Todo buen terrícola desprecia a los marcianos.

Volvió a sentarse, en medio de murmullos de aprobación procedentes de los demás. Sentí que mis tentáculos se aflojaban. ¡Qué agresivos, qué intolerantes eran los terrícolas! Tal era, por supuesto, la razón por la cual dominaban el sistema solar. Esta raza vigorosa y pujante se reía de los ideales marcianos sobre la obtención de una cultura pacífica general. Sus piratas, no siempre al margen de la ley, aún recorrían el espacio, ávidos de botín.

El joven Tom Blaine era un típico representante de su raza. Resultaba evidente que estaba resuelto a hacer mi estancia intolerable, para obligarme a volver a Marte. Era el jefe de los muchachos que cursaban los estudios superiores en el colegio. Es curioso que los terrícolas sigan siempre a sujetos carentes de sensatez y sabiduría. Prefieren a quienes saben mandar. Sería preciso que implantaran un test tendiente a seleccionar a los capaces de desempeñar la autoridad, pensé con amargura.

—Yo soy aquí el maestro —le recordé— y usted el discípulo, señor Blaine.

—Oh, claro, señor —repuso fingiendo modestia—. Pero sería mejor que enseñara

la historia verdadera, profesor Don Nadie. De otro modo, será mejor que calle.

Resolví pasar a la clase de lengua marciana.

—Nuestro idioma es, como se sabe, el oficial en cuanto se refiere a ciencia y comercio —dije cautelosamente—. A través de un largo uso, la lengua marciana se ha ido perfeccionando. El inglés, que es la lengua oficial de la Tierra, resulta, comparativamente hablando, torpe. Por ejemplo, la serie de palabras que sirven para describir un tamaño exagerado (grande, vasto, inmenso, gigantesco, enorme, poderoso, ciclópeo) supone una progresión imprecisa. ¿Es lo «grande» mayor que lo «vasto» o al revés? Imposible decirlo. En idioma marciano existe una raíz y un conjunto preciso de seis sufijos que dan cuenta de la progresión antedicha.

Escribí en la pizarra:

Bol, bola, boli, bolo, bolu-bolas, bolis, bolos, bolus-bolasa, bolisi, boloso, bolusu.

—Como ven ustedes, el idioma marciano es científico.

—Más fanfarronadas —dijo una voz burlona.

Una goma de borrar llegó por los aires. Cuando yo me volvía hacia la clase dando la espalda a la pizarra, fue a darme de lleno, en el rostro. Fue como una señal: de inmediato un aluvión de ellas me fue lanzado de todas partes. Previamente, los muchachos las habían cogido del estante que recorría las paredes de la estancia. Permanecí sin atinar en hacer nada que no fuera guarecerme como podía de los proyectiles. Para ello me tapaba la cara con mis tentáculos. Todos parecían apasionarse con aquel juego. Se oían gritos, silbidos y abucheos.

El desorden fue cortado súbitamente cuando Oscar penetró en la sala de clase. Su mirada mecánica se hizo cargo de la situación en seguida, aunque no registró expresión alguna. Una última goma de borrar le fue dirigida y, ante mi sorpresa, la cogió en el aire, devolviéndola con insólita violencia. Todo robot, recordé, ha de devolver lo que se le da o arroja, a menos que reciba instrucciones expresas en contrario. Tom Blaine lanzó un chillido, cuando la goma le golpeó en la frente.

—El decano Graham —dijo Oscar con su voz fonográfica— desea saber si todo se desarrolla normalmente.

Constaté que los chicos contenían el aliento. Oscar recorría a diario los salones formulando la misma pregunta. Era parte de su trabajo rutinario. En caso de que el profesor formulase quejas, los alumnos perderían una tarde de recreo.

—Todo está en orden —murmuré, descartando mi momentáneo deseo de venganza—. Puedes marcharte.

Se oyó el rumor de un engranaje mecánico y el robot salió impasiblemente. No había oído ni visto nada, puesto que no había sido programado para ello.

—¿Temeroso de formular denuncias, no? —exclamó Tom Blaine sarcásticamente—. Ya os había dicho que todos los marcianos son cobardes.

Ya no era sólo la gravedad lo que hacía pesar mis hombros. Consideraba con

pesadumbre los días futuros.

También se me perseguía fuera de clase. No puedo describir la situación con otra palabra. Era la víctima de una persecución continua. Tom Blaine llegó a concebir la diabólica idea de derramar un vaso de agua ante mis ojos.

—¡No! ¡No! —grité instintivamente, aferrando el vaso.

—¿Qué sucede, profesor? —preguntó amablemente—. Es sólo agua.

—Eso es un sacrilegio...

Me detuve porque no comprenderían. ¡Qué terrible nos resulta a los marcianos que se despilfarre el agua! Durante diez mil años, el precioso elemento ha sido el objeto de toda nuestra preocupación y cuidado, de modo que nos hiere que se la tire sin miramientos. Nos causa la misma desazón que a los humanos el derramamiento inútil de sangre.

Al alejarme del lugar para no tener que tolerar las risotadas, oía a Tom Blaine que revelaba a sus seguidores la razón de su conducta.

—Me vino la idea anoche, al verle en su habitación. Parecía jugar con un poco de agua que tenía en una taza. La dejaba correr entre sus dedos como un pordiosero unas migajas de pan. Tengo otra idea, chicos. Seguidme a la cocina.

No advertí que la comida que se me servía solitariamente en mi habitación sabía extrañamente aquella noche, hasta hallarme por la mitad. ¡Estaba salada! Los muchachos habían logrado llegar hasta la cocina y allí pusieron sal a mi dieta, que la excluye en absoluto. Mi estómago no tardó en rebelarse contra aquel condimento agresivo. Los mares de Marte, donde nuestra vida se originara hace muchísimos años, carecen de cloruro de sodio. Sólo contienen cloruro de magnesio, con el cual se «salan» todos los alimentos marcianos.

Me dirigí a la cama, atacado de fortísimos dolores de cabeza y sintiendo en mi estómago las consecuencias de los desarreglos metabólicos causados por la sal. Para colmo de males, aquella noche llovía. Traté infructuosamente de taparme los oídos, para no escuchar el sonido del agua torrencial que caía. Millones de litros de agua se malgastarían mientras millones de marcianos imploraban una poca para que no se secaran sus míseras cosechas.

Los dolores fueron calmándose, hasta tornarse soportables poco antes de que amaneciera. Y ahora, pensaba, ¿qué nuevos tormentos urdiría Tom Blaine?

La respuesta no tardó en llegar. Advertí que no tenía mis gafas. Aquel día mis ojos estaban casi ciegos, más a causa del resplandor que de mi edad senil. Me lloraban y debía parpadear continuamente, pues la luz de la tierra dobla en potencia a la de Marte, planeta que se encuentra más lejos del sol.

—Baja la persiana, Oscar —ordené al robot cuando éste hizo su habitual aparición.

—Pero, profesor —protestó Tom Blaine, aprovechando en seguida la ocasión que

aparentemente estaba esperando—, piense en nuestros ojos. No podemos atender a nuestras lecciones si se nos deja en tinieblas.

—Déjanos, Oscar —dije con voz cansada.

El robot se detuvo un momento. Su mecanismo pareció esforzarse en armonizar las órdenes contradictorias, hecho que se tradujo en discretos sonidos metálicos. Cuando finalmente salió de la estancia, parecía encogerse de hombros cavilando sobre la extraña conducta de sus amos, fueran terrícolas o marcianos.

—¿Sabe usted dónde pueden hallarse mis gafas, señor Blaine? —le pregunté encarándole derechamente. Traté de no evidenciar timidez.

—No, claro que no —repuso el chico con acento virtuoso.

Traté de dar con el último cajón de la izquierda, donde pensé que acaso las escondieran. Allí estaban, pero callé.

—¿No queríais ayudarme a hallarlas? —les pedí.

Corrieron todos hacia mi pupitre, registrándolo con deliberada brutalidad. Al fin, Tom las sacó del cajón, enseñándomelas con ademán triunfal. Me las puse con manos temblorosas.

—Qué descuidado he sido al dejármelas ayer aquí —dije sonriendo—. Es preciso tomarse estas cosas con buen humor. Bien, pues hoy continuaremos con la clase de lengua marciana. Vamos a declinar el verbo «krun» para empezar.

Seguí adelante como si nada hubiese sucedido, pero la cabeza me dolía mucho a causa del resplandor que durante horas debieron soportar mis ojos.

Aquella noche, completamente agotado, me dirigí a la cama, para encontrarme con que mi unidad antigravitacional se encontraba dañada, obviamente por manos humanas. Uno de mis pocos placeres estaba constituido por un reparador descanso dentro del campo de baja gravedad, pues la de la Tierra me causaba trastornos viscerales. Los terrícolas que han estado en Júpiter saben lo doloroso que puede llegar a ser esto.

Como era de prever, no pude dormir en toda la noche. Me costaba respirar bajo una presión que me parecía la de una montaña. ¿Cómo podía seguir adelante en medio de tan feroz crueldad? Tom Blaine y sus secuaces estaban evidentemente dispuestos a hacer cuanto estuviera en sus manos para obligar al indeseable marciano a marcharse de una vez. Si yo, para evitarlo, me dirigía al decano exponiéndole mis quejas, pasaría por un cobarde, con lo cual vendría a traicionar a mi raza. Entretanto llegué a la conclusión de que no tenía un solo amigo en toda la academia.

Por la mañana compareció Oscar trayéndome un mensaje del decano Graham. Tras entregármelo, permaneció inmóvil en espera de instrucciones. Sufrí un ligero desvanecimiento y me hubiese ido al suelo si Oscar no me hubiese sostenido. Sus reflejos estaban programados para evitar que nada se cayese al suelo.

—Gracias, Oscar —dije, mientras me aferraba con una mano a un hombro firme y

metálico, reconfortante y seguro—. Tú eres mi único amigo, Oscar. Al menos no eres enemigo. Pero ¿qué digo? Si no eres más que una máquina... Puedes marcharte.

El mensaje del decano contenía instrucciones precisas.

«Hoy y mañana se procederá a tomar exámenes. Use los formularios que se le adjuntan. A las quince horas de hoy se suspenderán las pruebas para que los alumnos concurren al Auditorio de Televisión».

Los exámenes constituían mera rutina, pero los mismos me daban ánimos, aliviando en algo mis pesares físicos y mis tribulaciones. Mi clase se luciría, pues me las había apañado para que los alumnos, a pesar de la hostilidad que me demostraban, llegasen a poseer un serio conocimiento de la Historia Interplanetaria y de la Lengua Marciana.

Miré casi con orgullo por encima de las inclinadas cabezas, todas ellas aparentemente aplicadas al trabajo. De pronto me sobresalté.

—Señor Henderson —dije amablemente—. De ser usted, yo no haría eso.

El chico se sonrojó e inmediatamente introdujo en uno de sus bolsillos el papel del que estaba copiando. En seguida se quedó mirándome con la boca abierta. Tom Blaine, que se sentaba en un banco vecino, también me contempló muy sorprendido. En los ojos de ambos se leía una pregunta no formulada: ¿Cómo podía yo saber del fraude si nadie hubiese podido advertirlo? El propio Payne no pudo hacerlo.

—Olvidáis —expliqué en tono algo vacilante— que los marcianos manejan la telepatía a voluntad.

Tom Payne seguía acechándome. Ahora también él tenía abierta la boca. De pronto se puso violentamente de pie.

—¿Hasta cuándo tendremos que soportar esto? El señor nos espía y para ello se dedica a leer nuestros pensamientos.

Súbitamente un pensamiento le acudió a la mente.

—Usted sabía desde el principio dónde se encontraban sus gafas aquel día; sin embargo, no dijo nada ni me denunció. —Se sonrojó, más por efecto de la ira que del embarazo—. ¿Se rió usted de mí!

—Es que hay que considerar las cosas desde un punto de vista humorístico —dije lastimeramente.

El resto del examen transcurrió en medio de un silencio tenso. Más que nunca, todos me odiaban y no dejarían de evidenciar su antagonismo a la primera ocasión. ¿Cómo podría ganármelos si se tomaba mi paciencia por cobardía, mi comprensión por malicia y mis poderes telepáticos por instrumento de espionaje?

¿Por qué había dejado yo Marte para trasladarme, a este planeta hostil e intolerante?

A las tres, los exámenes se suspendieron hasta el día siguiente. Toda la clase se dirigió al Auditorio de Televisión.

La inmensa pantalla dispuesta en la estancia oscura mostraba una acción teatral que tenía lugar en Venus. No tardó en dejar paso a otra proyección compuesta de noticias de todo el sistema solar: un asteroide tomado cuando era sometido a intensas radiaciones; Ganímedes y sus plantas parlantes; la lluvia periódica de meteoros proveniente de los anillos de Saturno; una fría y tenebrosa escena que mostraba al planeta Plutón, donde se construía a la sazón un gran telescopio destinado a observaciones interestelares... Finalmente se pasó un filme corto tomado en Marte en el que aparecía un grupo de terrícolas y marcianos dispuestos a embarcar en un pequeño vehículo espacial.

—Es la nave *Greyhound* —informó el altavoz— que se apresta a combatir a los piratas. El capitán Henry Blaine ha informado que los destruirá. En caso contrario, afirmó, prefiere no volver vivo a tierra.

—Mi padre —proclamó orgullosamente Tom Blaine a los asistentes.

—Mi hijo —murmuré yo, inclinándome hacia adelante para observar mejor al último de los marcianos que penetraba en el vehículo.

Al zarpar el artefacto hacia el espacio, el noticiario llegó a su fin.

Ya no se impartieron más clases aquel día. Me arrastré casi por el campus, en dirección de mi habitación. Necesitaba reposo y tranquilidad cuanto antes.

Un alarido escapó de mi garganta. ¡Una horrible culebra serpenteaba ante mí, atravesando el sendero! No era más que una culebrilla de las vulgares, que pululan en los jardines de la tierra, me decía. Pero, para el instinto plantado en nosotros un millón de años antes, el animal era el símbolo de la muerte. Presa de gran alarma tropecé contra algo que se encontraba en el suelo, cayendo a pesar de mis esfuerzos por equilibrar la gravedad que helaba mis músculos. Me sobrecogí de espanto cuando la horripilante alimaña se detuvo y, mirándome, agitó su febril lengüeta en forma de horquilla.

El mundo exterior se hizo presente en mi conciencia por medio de una gran carcajada general que sonó como un trueno en mis oídos. Tom Blaine tenía al animal en una mano, mientras éste se agitaba tratando de liberarse. Al pasar el primer instante de sorpresa, conseguí dominar mis nervios.

—No es más que una culebra —dijo—. No es venenosa. Lamento que le haya aterrorizado hasta tal punto.

Su voz estaba teñida de burla. Yo me preguntaba cuál habría sido su actitud si en vez del reptil se apareciese ante él un tigre de Bengala. Poniéndome de pie trabajosamente me alejé del lugar sin decir palabra, tratando de alentar a mis piernas para que apresuraran la marcha.

Estaba derrotado. Tal afirmación me venía incesantemente a la cabeza.

Aquellos muchachos habían quebrado mis ánimos. Llegué a esa conclusión cuando posaba mis ojos sobre la roja estrella que titilaba ligeramente como si con ello

me brindara su compasión. Allí estaba mi verdadero hogar. Anhelaba volver a sus canales y desiertos que acaso fuesen implacables; no lo eran tanto como los despiadados habitantes de este planeta increíblemente opulento.

Ya en mis habitaciones comencé a colocar mi ropa en las maletas.

Voces airadas me llegaron del corredor, se acercaron a mi puerta y poco después mis discípulos irrumpieron en la habitación, capitaneados por Tom Blaine.

—¡Asesino! —chillaba—. ¡Un hombre ha sido hallado en la ciudad, víctima de estrangulamiento! ¡La muerte le fue causada por una cuerda o por tentáculos! ¡Usted tenía esta tarde el aspecto de un asesino! ¿Por qué le mató? ¿Llevado por su odio contra la raza humana?

Aquello resultaba estrafalario; en especial proveniente de bocas adolescentes. Formaban una pequeña muchedumbre que se diría sedienta de sangre. Todo el odio y la incomprensión de que me hicieran objeto hasta entonces parecía alcanzar su paroxismo. Comprendí que no tenía objeto tratar de razonar con ellos.

—¡Mirad, chicos! Estaba haciendo las maletas. Se disponía a huir sin ser visto. ¿Va usted a confesar, profesor Zeerohs, o prefiere que le obliguemos a hacerlo?

Sería inútil hacerles frente. Una fiebre salvaje parecía poseerlos, redoblando la fuerza de sus músculos terrícolas. Tomándome en vilo, arrancaron la armadura de metal que sostenía mis piernas, tras lo cual me forzaron a andar de acá para allá. Los procedimientos se llevaban a cabo a la luz de linternas subatómicas.

Al cabo de una hora mis padecimientos eran horribles. Sin los soportes, mis débiles músculos me colgaban bajo el peso. La gravedad de la tierra redoblaba la tensión ordinaria.

—¡Confiesa! —gritaba Tom Blaine con ferocidad—. Luego te llevaremos a la policía.

Negué con la cabeza, como lo hiciera ante previas exigencias en tal sentido. La única meditación reconfortante consistía en invocar las palabras de Cristo: «Señor, perdónales, porque no saben lo que hacen».

Durante otra hora se me obligó a seguir andando incesantemente, hasta que todo mi cuerpo no era sino una masa de carne martirizada. Mis huesos parecían romperse bajo el peso del universo.

¿Dónde estaba el decano Graham? Recordé que se había ausentado para visitar a unos parientes aquella noche.

—¡Viene Oscar! —exclamó una voz.

Con su impasible equilibrio, el robot penetró en el cuarto. Como era habitual en él, llevaba una luz en su frente y, de acuerdo con su programa, cumplía su rutinaria inspección nocturna.

—Los alumnos han de dirigirse a sus dormitorios —dijo su voz microfónica—. Es contrario a los reglamentos hallarse fuera de ellos después de las diez.

—Puedes marcharte, Oscar —ladró Tom Blaine.

El robot permaneció inmóvil: sus selectores estaban programados para obedecer tan sólo la voz de maestros y autoridades.

—Oscar... —comencé a decir.

Pero uno de los muchachos me tapó la boca.

Aunque no estaba aún inconsciente, sabía que no podría resistir ya más. Me desplomé sobre la alfombra.

Los chicos parecieron asustarse de pronto.

—Tal vez nos hayamos excedido —dijo uno nerviosamente.

—¡Se lo merece! —vociferó Tom Blaine, aunque con un dejo de inseguridad—. ¡Es un cobarde asesino!

Pete Miller llegó corriendo, proveniente de la ciudad.

—¡Tom! ¡Acabo de escuchar las noticias!... La policía ha cogido al asesino... Era un maniático y usó una cuerda para cometer el crimen.

Pareció alarmarse mucho al verme tirado en el suelo.

—¿Qué habéis hecho? Es inocente y no tan mala persona, después de todo.

Los chicos se miraron entre sí, con ojos culpables. Bendecí interiormente al joven Miller por aquella frase.

—¡No te pongas sentimental! —exclamó Tom Blaine, en voz demasiado alta—. Los marcianos son unos cobardes, como dice mi padre. Me alegro de haberle dado esta paliza, de todos modos. Después de ella, de seguro que optará por irse de aquí para siempre. Ahora marchémonos.

El grupo salió, dejándome tendido en el suelo. Oscar se llegó hasta mí, ayudándome a ponerme de pie. Cualquier persona que cae ha de ser ayudada a levantarse, según rezaban sus instrucciones. Sus brazos de acero me parecieron más suaves que la inexorable acusación de Tom Blaine.

Toda la clase jadeó a la mañana siguiente, al verme penetrar en la clase como si nada hubiese ocurrido la noche anterior.

—Continuaremos con las pruebas —anuncié.

No era extraño que se asombrasen. Primero, era extraño que me presentase, a pesar de estar débil y agotado tras los sufrimientos soportados; segundo, que no hubiese optado por renunciar a mi cargo y marcharme; y, tercero, que resolviera no presentar denuncia al decano, cuando el castigo que éste impondría iba a ser sin duda severo.

Sólo yo sabía que me era preciso volver porque obrar de otro modo hubiese sido un acto cobarde. Mental y físicamente me sentía enfermo; pero no vencido. Por otra parte, aquella frase del joven Miller denotaba que no existía unanimidad en mi contra. Para mí, escucharla fue como hallar un manantial en el desierto.

Se reanudaron los exámenes. Oscar penetró en la sala, portador de un

espaciograma, y salió acto seguido. El peculiar ruido metálico de su andar se perdió al cerrar de nuevo la puerta. Nerviosamente abrí el sobre y leí el mensaje. Mis tentáculos temblaron convulsivamente en sus extremos antes de aferrar los brazos del sillón en que me hallaba sentado. Ante mí todo se desvaneció. Apenas quedaban, como flotando en el aire, las palabras contenidas en el mensaje.

Con él se terminaba mi mundo. Tanto me daban ya Marte y la Tierra, que seguirían impasiblemente sus respectivos cursos. Yo, en cambio, no podría. Tristemente doblé el espaciograma, poniéndolo a un lado.

Con ojos nublados miré al grupo de cabezas inclinadas que se extendía ante mí. Como nunca antes, necesitaba una presencia amiga; en cambio la hostilidad y el odio eran lo único que despertaba en mis discípulos. Así pensaba al recorrer con la mirada toda la audiencia y considerar cada cabeza. Todos detestaban al maestro, aunque sabían que era sensato, modesto y paciente, como todos los marcianos.

Yo, por mi parte, también comenzaba a aborrecerlos. Me obligaban a sentirlo así. En un raptó de egoísmo, deseé que todos obtuvieran suspensos.

Concentré mi observación en Miller, que en aquellos momentos mordía la punta de su lápiz. Sobre su frente brillaban pequeñas gotas de sudor. Era evidente que se encontraba en aprietos. Mil pensamientos y dudas recorrían su confusa cabeza.

Ansiaba de tal modo pasar su examen... entrar en la Academia del Espacio... engrosar tal vez alguna patrulla espacial en el futuro... No tenía mucho tiempo para estudiar, porque trabajaba al salir del colegio, con objeto de pagarse su carrera... Debía, además, ayudar a sus padres... ¿En qué fecha puso el primer astronauta sus pies sobre la luna de Neptuno? ¡Vaya, en 1976! Gracioso, cómo aquello se le ocurría de pronto... Y ahora, ¿cuál es la raíz de la palabra «planeta» en marciano? ¡Pues «jad», naturalmente! No era tan difícil a fin de cuentas...

Quisiera que el viejo marciano no me mirara ahora y leyera mis pensamientos... ¿Cuántas lunas tiene Júpiter? Siempre me las confundo con las de Saturno. ¡Dieciocho, seis de ellas descubiertas por naves espaciales! ¡Qué extrañamente seguro de mí mismo me encuentro hoy! Pasaré este examen... Papá estará orgulloso de mí cuando me vea con el uniforme de la Patrulla...

Desvié los ojos del rostro feliz de Miller. Chico meritorio. Haría honor a la Patrulla del Espacio algún día. Yo no era el único que tenía problemas.

Se produjo una interrupción abrupta cuando Oscar volvió a entrar en clase.

—El decano Graham desea que todo el alumnado forme filas en el campus con el fin de comunicarle una noticia especial.

Su voz era estentórea.

Los chicos murmuraron entre sí, llenos de curiosidad y fueron dejando el salón a una vacilante indicación mía. El campus se veía ya atestado de estudiantes pertenecientes a todos los grados y de sus profesores y adjuntos. Mi grupo, que se

integraba con los mayores en edad, fue a colocarse ante el estrado previamente dispuesto. Yo me sentía débil y necesitado de apoyo. Ahora, precisamente, cuando nadie podía brindármelo.

El decano Graham levantó una mano.

—Se encuentra con nosotros un integrante de la Patrulla del Espacio —anunció—. Ha venido de la Academia del Espacio en coheteestrato, con el fin de comunicarles un importante anuncio. Por aquí, mayor Dawson.

Un hombre alto vestido de uniforme dio un paso adelante, contestando los ruidosos saludos de bienvenida que se le tributaban, con un solemne gesto de la cabeza. Los patrulleros son honrados en todo el sistema solar por sus bizarros servicios a la civilización.

—Muchos de vosotros, muchachos —dijo—, ansiáis entrar algún día a la Academia del Espacio para uniros más tarde a una patrulla espacial. Este boletín, recibido hace una hora, enaltecerá a alguno de los aquí presentes.

Leyó el papel.

—El capitán Henry Blaine, comandante del vehículo espacial *Greyhound* resultó herido ayer en el curso de una arriesgada operación contra los piratas en la vía de comunicación Tierra-Marte.

Todas las miradas se dirigieron hacia Tom Blaine, que se sentía orgullosísimo de que su padre fuese el centro de atracción y motivo de aquella ceremonia. El oficial extrajo de su estuche una medalla recubierta de radio, que era la Cruz del Espacio destinada a premiar servicios extraordinarios prestados a las fuerzas de la ley y el orden en el Sistema Solar. El decano Graham le susurró algo al oído. El hombre asintió en silencio y bajó del estrado.

Mi exclamación de sorpresa fue superior a la de cualquiera de los presentes cuando observé que pasaba junto a Tom Blaine sin detenerse. Se llegó hasta donde yo estaba y sin decir palabra, prendió la medalla sobre mi pecho. Luego me estrechó la mano.

—Espero que se sienta usted orgulloso de llevar esta medalla durante toda su vida —me dijo.

Volviendo al estrado, se dispuso a seguir leyendo el boletín.

—La vida del capitán Blaine fue salvada por un joven recluta natural de Marte, quien, saltando delante del capitán Blaine, recibió la mortífera descarga que iba a herir tan sólo al terrícola, gracias a la heroica acción del marciano. Su nombre era...

Me hallé mirando involuntariamente a Tom Blaine. Pero él no tenía necesidad de oír el nombre. Contemplaba en aquellos momentos el espaciograma que había tomado de mi pupitre al salir de la clase y que no había tenido hasta entonces oportunidad de leer. Advirtiéndome hasta qué punto su contenido me había trastornado, esperaba probablemente poder usarlo en alguna de sus maquinaciones en contra de

mí.

Decía así:

«Lamentamos informar a usted la muerte de su hijo, Kol Zeerohs, caído en heroico acto de servicio mientras cumplía sus cometidos en la Patrulla Espacial.

Alto Comandante
Patrulla del Espacio».

Pero la debilidad era ya demasiado grande. Sólo tuve conciencia de que alguien se encontraba a mi lado y que me prestaba su ayuda. Estaba abrumado y exhausto. Mis rodillas amenazaban con doblarse. Debía tratarse de Oscar.

¡No! ¡Era un ser humano!

—Cada uno de los presentes aquí, en estos momentos —decía la voz de Tom Blaine mientras otro chico me sostenía— es ahora como un hijo suyo, profesor. Se lo digo por si dicha circunstancia puede ayudarle a usted en algo para sobrellevar la pérdida del suyo. Tiene usted que quedarse con nosotros en este colegio, naturalmente. Aunque usted quisiera marcharse de aquí, nosotros nos opondríamos.

Nos sonreímos mutuamente. Mi frágil mano casi resultó aplastada por su fuerte y juvenil apretón. Sí. El maestro que vino de Marte permanecería en la Tierra.

FREDRIC BROWN

NADA SIRIO

Nothing Sirius

¡El capitán Wherry, llamado «Pop», y su familia descubren un planeta cuyos moradores se encargan de hacerles entender claramente que se niegan a ser descubiertos!

De buen humor, cogía yo las últimas monedas del depósito de las máquinas tragaperras y las contaba, mientras Ma asentaba las cantidades en un librito rojo. Como siempre, yo repetía algunas en voz alta. Sí que eran cantidades importantes, en conjunto.

En verdad la suerte nos había acompañado en los dos planetas de Sirio, es decir, Freda y Thor. Especialmente en el último de ellos. En esas dos pequeñas colonias de la Tierra los habitantes enloquecen por las diversiones, sean cuales fueren, y el dinero no significa nada para ellos. Formaban largas filas esperando penetrar en nuestra tienda para meter sus monedas en las ranuras de las máquinas. El resultado era ampliamente beneficioso para nosotros y desquitaba con creces los gastos del transporte.

Esta vez las sumas eran muy sustanciosas. Ciertamente Ma las sumaría mal; pero ya se encargaría Ellen de corregirlas luego. Ellen tiene talento para las matemáticas, aunque esté mal que yo hable así de mi única hija. De todos modos, el mérito es de Ma, no mío. De mi persona sólo puedo decir que nací para ser lo que soy: una especie de empresario espacial.

Dejé la máquina de la carrera de cohetes y, cuando iba a dirigirme a Ma, vi que se abría la puerta de la cabina del piloto y que John Lane se plantaba ante ella. Ellen, que estaba sentada a la mesa delante de Ma, dejó su libro y, como yo, le miró. Era todo ojos y éstos brillaban.

John saludó correctamente. Los reglamentos prescriben que el piloto de una nave privada ha de dirigirse con cortesía al dueño y capitán de la misma. A mí siempre me pareció algo un poco tonto todo aquel ceremonial, pero no podía cambiar las reglas.

—Se ve un objeto ante nosotros, capitán Wherry.

—¿Un objeto? ¿De qué especie?

Conviene decir que, a juzgar por la expresión de la cara de John, nunca se puede saber a ciencia cierta lo que piensa. La Escuela Politécnica de Marte enseña a sus alumnos a no traicionar nunca sus sentimientos o reflexiones por gestos del rostro; y Johnny se graduó allí con la máxima calificación. Es un buen chico, si se excluye esa peculiaridad académica. Para anunciar el fin del mundo usaría el mismo tono que para comunicar que estaba servida la cena. Eso en el caso de que tal cometido le cupiera a un piloto espacial.

—Parece ser un planeta, señor —se limitó a manifestar.

Me llevó un rato entender.

—¿Un planeta? —dije al cabo, aunque la pregunta no resultase lo que se dice brillante.

Le miré con la esperanza de que hubiese estado bebiendo o algo así. No era que pusiese yo objeciones a que contemplase un planeta hallándose sobrio, sino que, si se hubiera tomado unas copas, quizá su actitud sería menos marcial por efecto del alcohol. Pero no era el caso. John seguía presentando el aspecto de quien lleva almidonado el espinazo. Lástima, porque de resultar las cosas de otro modo, de vez en cuando podríamos intercambiar chistes y anécdotas. Es un poco tedioso efectuar largos viajes por el espacio con dos mujeres y un oficial politécnico que se atiene estrictamente a los reglamentos.

—En efecto, sí, señor, un planeta. Un objeto de dimensiones planetarias. Tres mil millas de diámetro, situación a dos millones de millas. Podría tratarse de un planeta que girara en la órbita de Sirio A.

—Johnny —dije—. Estamos en la órbita de Thor, o Sirio I, lo cual significa que Thor es el primer planeta de Sirio. ¿Cómo es posible que haya un planeta dentro de ella? ¿Estás de broma?

—Puede usted inspeccionar la situación personalmente a través del teléplato, señor —repuso con cierta rigidez—, y confirmar mis cálculos.

Subí, no tardando en hallarme en su cabina. En el centro del teléplato se veía, efectivamente, un disco. De modo que Johnny no había visto fantasmas. En cuanto a confirmar sus cálculos, se trataba otra vez de una fórmula verbal de cortesía, puesto que mi aritmética no me habilita para cosa que vaya más allá de contar las monedas que saco de las máquinas tragaperras. Tomé pues su palabra al pie de la letra.

—¿De modo que hemos descubierto un planeta, Johnny? —exclamé—. ¿No es así?

—Sí, señor —fue su comentario, emitido con la habitual objetividad.

El descubrimiento era importante, desde luego; pero no tanto como pudiera creerse. Quiero decir que el sistema de Sirius hace poco que comenzó a visitarse y

colonizarse. No era extraño que un pequeño planeta de tres mil millas de diámetro hubiese permanecido hasta entonces incógnito. Ha de considerarse, además, que las órbitas son dominantes y amplias en torno a Thor y a Freda. A tanta distancia del sistema solar, serían más fríos que Plutón si no fuera por la estrella Dog, cuya radiación es veintiséis veces la de Solius.

Ni Ma ni Ellen me siguieron al interior de la cabina, pues no hubiesen entrado en ella. Desde la puerta miraban, sin embargo, y escuchaban nuestra conversación. Me hice a un lado para que pudiesen ver el disco en el plato visual.

—¿Cuánto tardaríamos en llegar allí, Johnny? —preguntó Ma.

—El punto de máxima aproximación a su curso está más o menos a una hora, señora Wherry —replicó el piloto—. En ese momento nos hallaremos a medio millón de millas del planeta.

—¿Sí? —dije yo.

—Eso, a menos que usted, señor, considere mejor cambiar de rumbo y alejarnos de él.

Me aclaré la garganta mientras miraba a Ma y a Ellen. De inmediato supe que ellas pensaban como yo.

—Siempre he ansiado ver por mí mismo un planeta que nadie haya visto antes, Johnny —dije—. Aterrizaremos en éste.

—Muy bien, señor —murmuró.

A pesar de su asentimiento, sabía que en el fondo de su ser desaprobaba aquella decisión, lo cual no era de extrañar. El hombre no ignoraba que es como abrir una caja de sorpresas penetrar en territorio espacial virgen, sobre todo cuando no se cuenta con el instrumental más apto. Un cargamento de tiendas y de máquinas tragaperras no es lo adecuado para la faena, parecía pensar.

Pero el perfecto piloto nunca pone en entredicho las órdenes que recibe, de modo que comenzó a mover palancas en el ordenador. Los demás nos marchamos para que pudiese moverse con mayor comodidad en su cubil.

—Ma —dije—. Soy un perfecto tonto.

—Oh, no; no lo creas.

Le sonreí y miré a Ellen. Pero ésta no me devolvió la mirada. En sus ojos se veía de nuevo aquella expresión ensoñadora que me daba ganas de ir hasta la cabina de Johnny y pellizcarle un poco, a ver si se despabilaba.

—Oye, querida, ese Johnny...

Me detuve al sentir que algo quemaba un costado de mi cara, lo cual venía a significar que Ma me estaba recomendando callar. Cogiendo un mazo de cartas, me dispuse a hacer solitarios hasta que llegase el momento de desembarcar.

Johnny volvió a presentarse ante nosotros. Saludó.

—Hemos llegado, señor. Atmósfera uno cero dieciséis según los instrumentos.

—¿Y eso qué quiere decir en cristiano? —preguntó Ellen.

—Que el aire es respirable, señorita Wherry. Un poco abundante en nitrógeno y algo escaso de oxígeno, si se le compara con el de la Tierra, pero apto, de todos modos.

Para decir cada cosa con toda precisión no había nadie como Johnny.

—¿Qué estamos esperando, entonces? —exclamé yo.

—Sus órdenes, señor.

—Al demonio con mis órdenes. Abra la puerta y salgamos.

Saludó y abrió la puerta. Así de simple. Johnny salió primero, llevando los aparatos portátiles de medición. El resto de nosotros le siguió.

Estaba fresco fuera, pero no frío. El paisaje era muy parecido al de Thor, con sus cadenas montañosas desérticas y su tierra verdosa. Había allí vida vegetal, como podía advertirse al considerar la maleza parda, parecida a algunas que pueden verse en la Tierra.

Eché un vistazo para tener idea de la hora. Sirius se hallaba casi en su cenit, lo cual significaba que Johnny nos había depositado en el nuevo planeta a mitad del día.

—¿Tienes idea de la hora exacta, Johnny? —pregunté—. ¿De cuánto es el período de rotación?

—Sólo dispuse de tiempo para efectuar un cálculo muy aproximado, señor; pero creo que dura veintiuna horas con diecisiete minutos y medio.

¡Cálculo aproximado!

—Pues es lo bastante aproximado para nosotros —dijo Ma—. Nos da tiempo para efectuar un recorrido por los alrededores. ¿Qué esperamos?

—La ceremonia, Ma —repuse—. ¿Tenemos que bautizar el planeta, no te parece? ¿Dónde has puesto aquella botella de champaña que reservábamos para el día de mi cumpleaños? Sostengo que ésta es una oportunidad más trascendental.

Me dijo dónde la guardaba y penetré a buscarla.

—¿Alguna sugerencia sobre el nombre, Johnny? —le pregunté al volver junto a ellos—. Tú fuiste el primero en verlo.

—No, señor.

—Lo malo es que Thor y Freda van mal, ahora —comenté—. Thor es Sirio I y Freda es Sirio II; pero esta órbita se halla dentro de ambos, de modo que debieran denominarse respectivamente Dos y Tres. Á menos que este planeta se conociera como Sirio Cero. Lo cual significa que no es nada serio.

Ellen sonrió y creo que también lo hubiese hecho Johnny, de no pensar que tal actitud no correspondía. En cuanto a Ma, se limitó a gruñir.

—William... —comenzó a decir.

No pudo proseguir porque algo sucedió. Algo que asomaba de la colina más próxima. Ma era la única de nosotros que en aquellos momentos daba la cara hacia

aquel lugar. Lanzando una exclamación de sorpresa me cogió el brazo con fuerza. Todos miramos en aquella dirección.

Era la cabeza, de algo viviente. Se hubiese dicho un avestruz; pero del tamaño de un elefante o aún mayor. De sus vestidos se apreciaba un cuello y una gran corbata de lazo que rodeaban un cuello finísimo. Se tocaba con un sombrero amarillo vivo del que salía una pluma púrpura. Nos miró durante un minuto, hizo un guiño y pareció volverse a esconder.

Ninguno de nosotros dijo nada durante un momento. Por fin respiré hondamente.

—Eso —dije— soluciona el problema. Planeta: te bautizo con el nombre de Nada Sirio.

Inclinándome, golpeé la botella de champaña contra el suelo. Sin embargo, mi acción sólo logró hacer un pequeño pozo sin lograr que se rompiese el vidrio. Busqué una roca, pero no había ninguna a la vista.

Me fue preciso acudir al sacacorchos que llevaba en el bolsillo, con ayuda del cual pude destapar la botella. Bebimos unos tragos, con excepción de Johnny, que no bebía ni fumaba. En lo que a mí respecta, hice los honores, tras lo cual derramé un poco del líquido en el suelo y volví la tapa al recipiente. Tuve la corazonada de que acaso volviese a necesitar de su contenido y que mi necesidad fuera más intensa que la que el suelo pudiese sentir. Quedaban varias botellas de whisky en la nave y también algo de cerveza verde marciana; pero champaña, ya no.

—Bueno, pues adelante —exclamé.

Vi que Johnny no parecía hallarse de acuerdo.

—¿Considera usted sensato, señor —dijo en seguida— que nos internemos? El planeta está habitado.

—¿Habitado? —dije yo—. Mira, Johnny: fuera lo que fuese eso que vimos asomar por allí, no era ciertamente lo que podríamos llamar un habitante. De paso te diré que, si vuelve a atisbarnos, le aporrearé con esta botella.

Como precaución, sin embargo, volví a la nave para coger dos heatoyectores. Me puse uno en la cintura, afirmado con el cinturón, y di el otro a Ellen, quien tiene mejor puntería que yo. En cuanto a Ma, no valía la pena entregarle un arma: era incapaz de dar a un edificio de diez plantas con una escopeta de perdigones aunque se colocara a diez pasos de distancia.

Nos pusimos en camino y, por una especie de acuerdo mutuo, cogimos la dirección contraria de aquélla en la cual viéramos aparecer el avestruz o lo que fuera. Las colinas parecieron todas iguales durante un buen trecho. A poco dejábamos atrás una un poco más alta, que nos tapó la vista de nuestra nave. Noté que Johnny consultaba su compás de bolsillo cada dos minutos, lo cual me tranquilizó: sabría encontrar el camino de vuelta al *Chitterling*.

Subimos y bajamos dos colinas más sin que nada sucediera. De pronto Ma habló.

—Mirad.

Miramos. A unas veinte yardas, un poco hacia la izquierda, había un matorral rojo, del que salía un sonido parecido al canto de la cigarra, provocado por un grupo de cosas que revoloteaban en torno al matorral. Se hubiese dicho pájaros. Pero observando mejor se constataba que no movían las alas, lo cual no les impedía subir, bajar y evolucionar por los aires. Donde debieran tener la cabeza no había nada de eso, sino sólo un poco de humo que formaba un círculo.

—Tienen hélices —dijo Ma—. Como los viejos aeroplanos.

Miré a Johnny, que me devolvió la mirada. Estábamos de acuerdo en continuar, de modo que nos encaminamos al matorral. Pero los pájaros, para llamarles de algún modo, levantaron rápido vuelo al primer paso que dimos en dirección a ellos. Desplazándose a escasa distancia del suelo, pronto desaparecieron.

Proseguimos nuestro camino sin decirnos nada y Ellen se puso a andar a mi lado. En cierto momento estábamos bastante alejados de Ma y de Johnny como para que éstos no pudieran oírnos.

—Papá —me dijo.

No prosiguió.

—¿Qué, pequeña?

—Oh, nada —repuso con cierto dejo de pesadumbre o preocupación.

Naturalmente, sabía de qué quería hablarme; pero a mí no se me ocurría ninguna solución a sus problemas, como no fuera coger de las orejas al politécnico de Marte y hacerle abdicar de sus modales. Lo cual no hubiese dado, de seguro, resultados muy brillantes. Aquella gente tenía un defecto: se tomaba demasiado en serio su trabajo. Todos los graduados de su especialidad eran iguales en ese aspecto. Sólo pasada una docena de años, algunos conseguían ser un poco más humanos.

Pero Johnny sólo hacía unos once años que estaba graduado; y la oportunidad de ser piloto del *Chitterling* sólo había acentuado en él su celo por la eficacia. Unos cuantos años con nosotros y se hallaría capacitado para hacerse cargo de una nave importante. De otro modo hubiese tenido que comenzar como oficial subalterno en un vehículo mayor, con lo cual su carrera habría llevado más años, ya que le hubiera sido preciso ascender poco a poco.

Lo malo era que el hombre era demasiado atractivo, sin saberlo. La verdad era que ignoraba todo cuanto no se le hubiese enseñado en la academia politécnica; y allí sólo se enseñaban matemáticas y astronavegación, aparte de cómo saludar y demás fórmulas de cortesía. Nunca le dijeron que a veces hay que saltarse por alto tales enseñanzas.

—Ellen... —comencé.

—¿Sí, padre?

—Eh... nada. Deja.

No debía haber hablado. Sin embargo ella me sonrió y le devolví la sonrisa. Con eso ya nos bastaba. Era como si hubiéramos mantenido una larga conversación sobre el tema. Ciertamente que no llegamos a ninguna conclusión; pero es que no hubiésemos llegado a ella por mucho que conversáramos, si ustedes me entienden, aunque no creo que así sea.

A todo esto habíamos llegado a la cumbre de una pequeña elevación. Ellen y yo nos detuvimos porque precisamente ante nosotros se veía el final de una calle pavimentada.

Era una pavimentación de asfalto, tal como puede verse en cualquier lugar de la Tierra, con cordón, aceras, desagües y hasta la línea blanca en medio para ordenar el tráfico. Lo único diferente era que se detenía de golpe, no parecía llevar a ninguna parte y a los lados no se veía casa alguna, como tampoco autos o lo que fuera, que la recorriesen. Tampoco se observaban peatones. Todo estaba desierto.

Miré a Ellen y ella me miró a mí; luego, ambos miramos a Ma y a Johnny Lane, que se acercaban a nosotros.

—¿Qué es esto, Johnny? —le pregunté.

—Parece tratarse de una calle, señor.

Al advertir la ojeada que le eché, se ruborizó un poco. Inclinandose, examinó con cuidado el macadam. Cuando se irguió, había en sus ojos una expresión perpleja.

—¿Y bien? —dije—. ¿De qué está hecho? ¿De caramelo fundido?

—Es permaplastic, señor. Nosotros no hemos descubierto en realidad este planeta: ese producto es terrestre.

—Hum —murmuré—. ¿Es imposible que los nativos de este astro hayan dado con el mismo producto que nosotros? Al fin y al cabo, podrían disponer de los mismos... ingredientes que los de la Tierra.

—Sí, señor; pero si examina usted con cuidado los bloques, notará que llevan marca registrada.

—¿Y es imposible que los nativos hayan...?

Me callé al comprender que emprendía un razonamiento pueril. Lo que me irritaba, sin embargo, era haberme ilusionado con la idea de descubrir un planeta para hallarme luego con que las calles estaban hechas de materiales sobre los que se leía «marca registrada».

—¿Y para qué esta calle? —me limité a preguntar.

—Sólo hay un modo de enterarse —repuso Ma—. ¿Qué esperamos?

Nos pusimos pues a andar por ella. Al alcanzar una altura percibimos un edificio de dos pisos, hecho de ladrillos rojos. A la entrada, un letrero rezaba: «Restaurante Bon Ton». La escritura era de estilo antiguo inglés.

—Sería un...

No pude continuar porque Ma me tapó la boca, lo cual fue afortunado, porque lo

que me disponía a decir era inadecuado. La casa estaba apenas a cien metros de nosotros, donde la calle torcía bruscamente de rumbo.

Comencé a caminar más de prisa, llegando poco antes que los demás. Abrí la puerta y me dispuse a entrar. Pero me detuve en el umbral porque «entrar» no venía al caso: la fachada era como un telón cinematográfico. No había nada al otro lado. Desde la puerta sólo se veían más y más colinas verdes hasta donde alcanzaba la vista.

Retrocedí, alzando los ojos hacia el letrero, mientras los demás llegaban hasta la puerta para encontrarse con la misma sorpresa que yo. Al reunimos, nos quedamos sin saber qué actitud tomar, hasta que Ma, siempre impaciente, me dijo:

—Bueno, ¿qué harás ahora?

—¿Qué quieres que haga yo? ¿Que entre a pedirte langosta del día con champaña? A propósito —dije—, olvidaba mi botella.

La llevaba aún en un bolsillo de mi chaqueta. Se la pasé primero a Ma y luego a Ellen. No tardé en beberme lo que ellas dejaron y tantas ganas tenía de hacerlo que me atraganté. Las burbujas me hicieron cosquillas en la nariz, obligándome a estornudar.

La bebida me dio nuevos ánimos, de modo que me dispuse a atravesar otra vez la puerta del inexistente edificio. Tal vez, pensaba, pudiera advertir algún signo de la época en que se había colocado allí, o me enterase de algún pormenor. Empero, no pude ver nada revelador. La otra parte del tabique o parte posterior de la fachada, si ustedes me entienden, era lisa y plana como la luna de un escaparate, aunque opaca, naturalmente. Parecía que aquella especie de telón fuera de plástico o de algún material sintético.

Estudié el piso pero todo cuanto pude ver fue un conjunto de hoyos que parecían ser obra de insectos. Sí, eso eran: una cucaracha negra y muy grande estaba sentada (o de pie, porque, ¿cómo saber cuándo una cucaracha está o no sentada?) junto a uno de ellos. Di un paso y se escabulló dentro.

Me sentía un poco mejor cuando, atravesando de nuevo la puerta, volví a reunirme con los demás.

—Pude ver una cucaracha, Ma —exclamé—. ¿Y sabes qué tenía de particular?

—¿Qué?

—Pues que era como todas las cucarachas. Ninguna diferencia. Aquí los avestruces pueden llevar sombrero y los pájaros moverse con hélices, las calles no llevar a ninguna parte y las fachadas de las casas no ser tales. Pero las cucarachas, las que yo he visto al menos, no tienen plumas.

—¿Estás seguro de eso? —indagó Ellen.

—Por supuesto. Bueno, continuemos, a ver qué hay detrás de la próxima colina.

Continuamos y vimos. Abajo, entre la colina sobre la cual nos hallábamos y la

siguiente, se extendía un valle, cruzado por la misma calle por la que íbamos. Pero hacia la mitad, ésta daba una curva, de modo que, durante un largo trecho, corría horizontalmente. Ante ella y frente a nosotros se alzaba una tienda de campaña con un cartel en que se leía: «Arcada Penny».

Esta vez no me apresuré a dirigirme allí.

—Han copiado ese cartel. Es igual al del recinto donde llevaba a escena sus espectáculos Sam Heideman. ¿Te acuerdas de Sam y de aquellos tiempos, Ma?

—¿Aquel borracho empedernido? —preguntó Ma.

—Aquél. Pero a ti te caía simpático.

—Sí, como me caes tú. Pero eso no significa que él... y que tú no...

—Venga, Ma —la interrumpí.

Pronto nos encontramos ante la tienda. Parecía ser realmente de lona: oscilaba levemente a la brisa.

—No me apetece entrar —dije—. ¿Quién se asomará al otro lado esta vez?

Pero Ma ya había pasado su cabeza por la abertura.

—Oye. ¡Pero si es Sam! ¿Qué haces aquí, viejo borrachín?

—Déjate de bromas, Ma —le dije.

Pero pronto me llegué junto a ella y me interné en el lugar. Esta vez puedo decir que me interné realmente, pues se trataba en verdad de una tienda de campaña, con sus cuatro paredes de lona. Una buena tienda, sin duda, amplia y cómoda. Alrededor de la estancia se veían las familiares máquinas tragaperras y en una cabina, contando monedas, estaba el mismísimo Sam Heideman, que nos miraba sorprendido. Su expresión al vernos debió parecerse a la nuestra al verle a él.

—¡Pop Wherry! —exclamó.

No llegó a decir «viejo sinvergüenza», pero sé que apenas se contuvo, tal vez en homenaje a Ma y a Ellen. Nos dimos algunas palmadas en los hombros, mientras nos estrechábamos las manos. Le presenté a Johnny Lane.

Era como si de pronto hubiesen retornado los días en que trabajábamos en Marte y en Venus. Al ver a Ellen le dijo que era «apenas así de alta» cuando él la dejara la última vez. ¿Le recordaba? De pronto Ma estornudó.

Cuando Ma estornuda es porque se presenta algo digno de verse. Miré primero a mi mujer y luego a aquello que le había atraído la atención. No estornudé, de mi parte, sino que abrí mucho la boca.

Una mujer venía hacia nosotros desde los fondos de la tienda. Si digo «mujer» es porque no me viene a la cabeza palabra más adecuada. Era una mezcla de Santa Cecilia, lady Guinevere y miss Universo. Reunía las bellezas de una puesta de sol en Nuevo México y de las heladas lunas de plata de Marte vistas desde los jardines ecuatoriales. Era como los valles de Venus en primavera; como Dorzalski tocando el violín. Realmente, algo fabuloso.

De mi costado se levantó otro jadeo. El sonido no me era familiar y me llevó un rato comprender por qué. Recordé al fin que nunca había oído jadear a Johnny Lane. Haciendo un esfuerzo, dejé de contemplar la aparición para dirigir hacia él mis ojos. De inmediato me dije: «Oh, pobre Ellen». Porque Johnny estaba maravillado, sin duda.

Apenas llegué a dominarme. Acaso la expresión de Johnny me sirvió para recordar que tengo ya casi cincuenta y que soy muy feliz con mi media naranja. Cogí el brazo de Ma.

—Sam —dije—. ¿De qué lugar de la Tierra... o del planeta que sea...?

Mi interlocutor se volvió y la vio.

—La señorita Ambers —anunció, haciendo las presentaciones.

—Quiero que conozcas —le dijo— a unos viejos amigos que acaban de llegar. Señora Wherry, ésta es la estrella de cine tan conocida.

Luego nos presentó a mí, a Ellen y a Johnny. Ma y Ellen se mostraron demasiado formalmente corteses. En cambio yo me quedé acaso corto, al ignorar la mano que la señorita Ambers me tendía. Viejo y todo, temí dejarme llevar si llegaba a tocarla. Así de fantástica era aquella hembra.

Johnny parecía embobado.

—¿Y qué haces por aquí, Pop, viejo pirata? —decía en aquellos momentos Sam—. Pensé que andabas por las colonias dando representaciones y cosas por el estilo. Nunca pensé que te vería en una escenografía de cine.

—¡Una escenografía de cine! —exclamé.

Ahora las cosas comenzaban a adquirir un poco de sentido.

—Claro. Los de la Planetary Cinema Inc. Soy el consejero técnico en escenas de tienda. Querían hacer unas tomas en una feria de atracciones, de modo que me traje mis tragaperras y armé este tinglado. Todos están en estos momentos en el campamento donde han instalado el centro de operaciones.

La luz comenzaba a hacerse en mi cabeza.

—¿De modo que el restaurante que se encuentra por allá también forma parte del escenario?

—Por supuesto. Y la calle. No es que la necesiten; pero tenían que filmar el tendido de un camino. Forma parte de una secuencia del filme.

—Oh —dije—. ¿Y qué me dices del avestruz con la corbata de lazo y de los pájaros con hélices? ¿No me vendrás con que forman parte del utillaje? Aunque en verdad he oído que la Planetary Cinema Inc. ha llevado a cabo efectos tenidos por imposibles.

Sam meneó la cabeza.

—Nones. Lo que viste forma parte de la fauna local. Existe, aunque en cantidad limitada. De todos modos, no causa problemas.

—Oye, Sam Heideman —interrumpió Ma—. ¿Cómo es que, habiendo sido descubierto antes este planeta, nunca habíamos oído hablar de él? ¿Cuánto hace que se le conoce y cómo fue descubierto?

—Un tío llamado Wilkins lo localizó hace diez años —le explicó Sam burlonamente—. Dio cuenta al Consejo, pero, antes de que la noticia recibiera difusión, la Planetary Cinema supo de la cosa y no tardó en ofrecer al Consejo una renta colocada por su utilización, siempre que su existencia continuase siendo un secreto. Como no hay por aquí minerales valiosos, ni nada que valga gran cosa y siendo el suelo de muy escasa utilización para la agricultura, el Consejo aceptó la oferta.

—¿Por qué lo del secreto?

—Para evitar visitantes, distracciones, etcétera. Por no hablar de la competencia. Ya sabes que todas las grandes compañías de cine se espían entre ellas y se arrebatan mutuamente las ideas. Aquí disponen de todo el espacio que necesitan y pueden trabajar en paz y completo aislamiento.

—¿Qué harán al enterarse de que hemos llegado nosotros? —pregunté.

Sam rió nuevamente.

—Yo diría que os tratarán del modo más hospitalario y luego os harán prometer que no diréis nada. También es probable que os obsequien con entradas libres para los cines de la Planetarium para el resto de vuestras vidas.

Al terminar se encaminó hacia un pequeño armario, y volvió con una bandeja sobre la que se veían botellas y vasos. Ma y Ellen prefirieron no beber, pero Sam y yo nos tragamos un par de vasos por cabeza. Buenas bebidas, a decir verdad. Entretanto, Johnny y la señorita Ambers hablaban animadamente en una esquina de la tienda, en voz baja y con tal interés que no quise interrumpirles. Por otra parte, ya le había dicho yo a Sam que mi piloto era abstemio.

Johnny tenía entre las suyas una mano de la actriz, y la miraba con ojos de cordero degollado. Advertí que Ellen se colocaba de tal manera en nuestro grupo que, al dar la espalda a la escena, podía ignorarla. Sentí lástima por ella, pero nada podía hacer. Cosas así suceden cuando deben suceder y sólo cabe deplorarlas. Por lo demás, si yo hubiese sido joven y no tuviera a Ma a mi lado...

La que se estaba poniendo realmente nerviosa era precisamente mi mujer, de modo que al dejar mi copa ya vacía sobre una mesa, dije que sería mejor volver a nuestra nave a vestinos, con el fin de estar a la altura de la recepción que, según Sam, se nos reservaba. Luego acercaríamos el vehículo hasta situarlo cerca de la tienda de mi viejo amigo. Creía del caso pasar unos días en Nada Sirio. A propósito de este nombre, Sam se desternilló de risa al conocerlo y saber por qué lo habíamos elegido para bautizar al planeta que nosotros creíamos desconocido.

Arranqué suavemente a Johnny de las garras de la señorita Ambers, pidiéndole

que volviese con nosotros. No fue fácil, pueden creerlo. En su rostro había una expresión ausente y beatífica. Hasta olvidó llamarme «señor» al responder. Y tampoco se llevó la mano a su gorra.

De vuelta, nadie habló.

Algo me rondaba por la cabeza, sin que yo acertara a saber de qué se trataba. Algo me parecía ir mal. Algo carecía de pleno sentido en todo aquello.

También a Ma se la veía preocupada.

—¿Habrás dicho la verdad Sam al adelantarnos que seríamos agasajados aquí? —me dijo por fin—. Quiero decir que si tienen tanto interés en que se guarde el secreto sobre este planeta, ¿no podría ser que...?

—No, eso es algo que no harían —repuse, tal vez con tono demasiado tajante.

No era eso lo que en realidad me estaba preocupando a mí.

Escudriñé con atención el camino tan cuidadosamente trazado y realizado. Algo en él no terminaba de satisfacerme. Me aparté, cruzando diagonalmente por la tierra donde la senda efectuaba un rodeo, sin conseguir ver nada especial. Sólo la tierra vercosa y más hoyos como los que ya había visto y también alguna que otra cucaracha idéntica a la que vivía en los fondos del restaurante Bon Ton.

Acaso no fueran cucarachas en realidad, sino animales de una especie parecida. Eso, naturalmente, a menos que los trajera consigo la gente de la compañía cinematográfica. Lo cual no quita que a efectos generales no desempeñaran el papel de cucarachas vulgares.

Pero carecían de hélices, ruedas, lazos en el cuello y/o plumas. Eran ni más ni menos que cucarachas.

Cuando quise pisar a dos o tres, consiguieron escapar, metiéndose rápidamente en los agujeros. Eran muy rápidas y movían las patas con pasmosa celeridad.

Volví al camino, poniéndome a andar junto a Ma.

—¿Qué estabas haciendo? —me preguntó.

—Nada.

Ellen caminaba sin pronunciar palabra, tratando a todas luces de aparentar indiferencia. En realidad su rostro no mostraba expresión alguna. Podía adivinar lo que estaba pensando y deseaba poder hacer algo. Pero sólo se me ocurría volver cuanto antes a la Tierra, para que allí pudiese alternar con otros chicos. Quizás hasta llegara a encontrar alguno que le hiciera olvidar al piloto.

Johnny andaba como sonámbulo. Con asombrosa rapidez, el hombre parecía haberse enamorado. Estos tíos son siempre así. Puede que sólo se tratase de un entusiasmo pasajero; pero de momento parecía ignorar hasta el planeta sobre el cual se encontraba.

Al dejar atrás la colina, la tienda de Sam desapareció de la vista.

—Papá —me dijo Ma—. ¿Has visto cámaras de cine por algún sitio?

—No. Pero has de tener en cuenta que esos aparatos cuestan un dineral. No van a dejarlos tirados de cualquier manera cuando no los están usando.

Ya estábamos cerca del restaurante. Resultaba más extraño de ver cuando la vista se extendía en dirección contraria a aquélla que llevábamos al divisarlo por primera vez. Ahora se podía ver que era pura fachada y el efecto resultaba rarísimo. Aquella especie de biombo levantado en medio de una gran extensión solitaria en la que sólo se percibían las colinas grises y el absurdo camino por el que transitábamos...

Ninguna cucaracha podía atisbarse en el camino. Se hubiese dicho que no podían invadirlo.

Me iba a dirigir a Johnny, pero no parecía dispuesto a prestarme la menor atención, de modo que me abstuve. Por otra parte, no tenía nada especial que decirle.

En mi cabeza continuaba agitándose una vaga idea. Algo había aún más absurdo que todo el resto y el pensamiento de ese algo no me dejaba un instante. Por el contrario, la sensación de que así era, crecía y crecía en mí casi hasta volverme loco. Me hubiese gustado empinarme otro trago. Sirio ya se encaminaba al poniente pero hacía aún bastante calor.

Quería beber aunque fuese agua. También Ma parecía encontrarse cansada.

—Descansemos un poco —dije—. Ya hemos recorrido la mitad del camino de vuelta.

Hicimos un alto precisamente ante el falso restaurante Bon Ton. Levanté los ojos al letrero y no pude evitar reírme.

—Johnny. ¿Quieres entrar y pedir que nos sirvan de cenar?

Saludó marcialmente.

—Muy bien, señor.

De inmediato, aquel ciego servidor se encaminó a la puerta. Pero antes de llegar a ella se puso muy colorado y se detuvo. Yo no pude menos que reírme; sin embargo, no quise decir nada.

Ma y Ellen tomaron asiento sobre el bordillo de la acera.

Yo preferí ir hasta la parte trasera de la fachada. Nada parecía haber cambiado. El revés seguía tan liso como antes y una cucaracha, que se hubiese dicho era la misma que ya había visto, seguía junto al mismo hoyo.

—Hola —dije, sin obtener respuesta.

De inmediato quise aplastarla con el pie, pero fue demasiado rápida para mí. Una cosa me resultó curiosa: comenzó a moverse desde el instante en que decidí ponerle la bota encima; antes de que hiciese el menor movimiento que denunciara mi propósito.

Volví al frente, recostándome contra la pared de ladrillos. Era agradable y seguro descargar sobre ella el peso del cuerpo.

Cogiendo un cigarrillo me dispuse a encenderlo; pero, antes de que la cerilla

llegase a él, la dejé caer. Casi, casi, sabía lo que carecía de sentido.

Tenía que ver con Sam Heideman.

—Ma —le dije; y ella se volvió a mí—. ¿No estaba Sam Heideman m... ?

De pronto mis palabras se cortaron al ceder bruscamente mi punto de apoyo. La pared ya no estaba allí y yo me precipitaba al suelo.

Ma y Ellen gritaron.

Poniéndome nuevamente de pie, me sacudí el polvo verdoso que cubría mis ropas, cosa que hacían también ellas dos, porque el camino y la acera sobre la cual estuvieran sentadas hasta entonces acababa de esfumarse, como mi pared.

No quedaba el menor rastro de él ni de la fachada con su letrero. Sólo las colinas terrosas. El panorama era similar al que viéramos al descender de la nave *Chitterling*.

La caída me había dejado confuso y malhumorado. Necesitaba algo sobre lo cual descargar mi cólera de modo que busqué una cucaracha que no hubiese desaparecido como el resto. Vi una y quise darle con toda el alma; pero volví a fallar.

Paseé la mirada en torno. Ma parecía hallarse en un estado de ánimo parecido al mío. Se pasaba la mano por la zona de su cuerpo sobre la que había caído. Johnny mostraba en el rostro su sorpresa. De momento, su compostura parecía haberle abandonado.

Ellen no demostraba nada, limitándose a examinar el suelo donde poco antes existía el camino, el lugar donde estaba la fachada del restaurante Bon Ton y el contorno. También tendió la mirada hacia atrás, es decir, hacia el lugar de donde veníamos, como preguntándose si la tienda de Sam también se había evaporado.

—No estará —le dije.

—¿Qué es lo que no está? —preguntó Ma.

—Digo que ya no estará allí.

—Pero ¿qué demonios dices?

—Me refiero a la tienda de Sam Heideman —expliqué, aún malhumorado—. A la compañía de cine y a todo el tinglado, incluyendo a Sam. Fue justamente al ir a hablar de Sam cuando la calle y la fachada se hicieron humo.

—¿Y qué ibas a decir sobre él?

—Que había muerto. ¿No lo recuerdas? Hace seis años, en Nueva York, cuando hojeábamos unos ejemplares de la revista *Varietades interplanetarias*, nos encontramos con su necrología. Sam Heideman ya no vive. No había nada allí. Fue precisamente al recordar eso cuando todo desapareció. Ellos lo volatilizaron.

—¿Ellos? ¿A quiénes te estás refiriendo, Pop Wherry?

—¿A quiénes? ¿Que quiénes son?

La mirada de Ma me cortó la palabra.

—No hablemos aquí —propuse luego—. Lo que ahora hemos de hacer es encaminarnos cuanto antes a la nave. ¿Puede llevarnos hasta ella, Johnny, aunque ya

no haya camino?

Asintió con la cabeza, olvidando llevar la mano a la gorra. De inmediato nos pusimos en marcha. Ninguno de nosotros abrió la boca.

Al llegar donde había estado el fin de la senda pudimos apreciar en la tierra la huella de nuestros pasos, de modo que fue fácil seguir el rumbo. Encontramos otra vez el sitio donde se alzaba el matorral púrpura que habíamos visto lleno de pájaros con hélices, pero no quedaba nada de éstos ni tampoco de la planta.

Tuve la corazonada de que lo mismo iba a suceder con los avestruces del tamaño de un elefante ataviados con lazos. Así fue: ni rastros de ellos pudimos ver.

En cambio el *Chitterling* estaba en su lugar, gracias a Dios. Visto desde la altura más próxima, parecía hallarse tal como lo habíamos dejado. Fue como si viésemos nuestro hogar, de modo que comenzamos a andar más rápidamente.

Abrí la puerta y me hice a un lado para que Ma y Ellen pudieran entrar primero. Pero apenas había puesto un pie en el primer escalón, oímos la voz.

—Adiós —dijo.

Miré en torno. Todos miramos en torno, en realidad, sin lograr ver a nadie ni nada que hubiese podido emitir aquel saludo de despedida.

—Adiós —dije en voz alta—. Ya podéis iros al demonio.

Tenía un humor de perros y me era preciso manifestarlo de algún modo.

Hice señas a Ma para que entrara de una vez en el *Chitterling*. Cuanto antes abandonáramos aquel lugar, tanto mejor sería.

Pero la voz volvió a oírse.

—Esperad.

Algo nos movió a obedecer.

—Quisiéramos darles una explicación, para que desistan de volver por aquí.

Nada más lejos de mi ánimo que la idea de retornar; pero quise saber más.

—¿Por qué no habríamos de volver?

—Vuestra civilización es incompatible con la nuestra. Hemos estudiado cuidadosamente vuestra raza antes de adquirir tal certeza. Hemos proyectado imágenes que hemos tomado de vuestras mentes, con el fin de analizar vuestras reacciones. Nuestras primeras imágenes, o pensamientos proyectados, eran confusas. Pero ya habíamos comprendido vuestras mentes cuando llegasteis al fin de vuestro paseo. Somos capaces de proyectar seres similares a vosotros.

—Sí; a Sam Heideman. Pero ¿y la hem... la chica? No podía estar en la cabeza de ninguno de nosotros, por la sencilla razón de que no la conocíamos.

—Fue hecha con trozos. Algo parecido a lo que vosotros llamáis idealización. De todos modos, eso no importa. Al estudiaros hemos podido aprender que el vuestro es un mundo de cosas, mientras el nuestro es de pensamientos. Nadie aquí tiene nada que ofrecer a otro. Del intercambio no tenemos nada que ganar y sí que perder.

Nuestro planeta carece de recursos que pudieran interesar a los hombres.

En eso llevaba aparentemente la razón. Bastaba echar una ojeada al desértico panorama gris verdoso. Apenas podía crecer algún matorral. Sólo eso. En cuanto a minerales, lo juzgaba dudoso: no había podido discernir ni siquiera una piedrecita.

—Estamos de acuerdo —grité—. Los planetas que apenas son capaces de dar matorrales y cucarachas pueden arreglárselas como les plazca en lo que a mí concierne. De modo que...

De pronto se me ocurrió algo.

—Oye —exclamé—. Espera un momento. Tiene que haber algo más, aparte de matorrales y cucarachas. Por ejemplo, ¿a quién diablos estoy dirigiéndome?

—Hablas a eso que llamas cucaracha, lo cual viene a constituir otra diferencia fundamental entre nosotros. Para ser más preciso te diré que hablas a una voz que es un pensamiento proyectado. Y a propósito, permíteme decirte que nos resultáis tan repugnantes como las cucarachas os resultan a vosotros.

Mirando al suelo percibí a tres de ellas, prontas a meterse en el agujero más próximo ante el pensamiento que pudiera yo albergar de aplastarlas.

Ya dentro de la nave dije:

—Venga, Johnny, salgamos cuanto antes de este maldito lugar.

Saludó.

—Sí, señor.

De inmediato se introdujo en su cabina y cerró la puerta tras de sí. Su rostro había mostrado hasta entonces una absoluta falta de emociones personales. No salió de su cubil hasta dejar que el piloto automático se encargara de la conducción del vehículo. Sirio ya no era más que una estrella que se perdía en lontananza. Ellen estaba en su habitación. Ma y yo jugábamos a las cartas.

—¿Puedo tomarme un descanso, señor?

—Claro.

Se dirigió muy tieso hacia su cuarto.

Poco después, Ma y yo decidimos irnos a dormir. Hacia poco que nos hallábamos en nuestra habitación cuando pudimos oír los ruidos.

Me dispuse a investigar.

Cuando volví, reía.

—Todo va bien, Ma. Era Johnny Lane. Está más borracho que una cuba.

Di unas palmadas a mi mujer.

—¡Ay! —gritó—. No seas bruto. ¿No ves que aquí es precisamente donde me golpeé al desaparecer el bordillo de la acera donde estaba sentada? Por otra parte, ¿qué tiene de tan extraordinario que Johnny se haya emborrachado? ¿Piensas hacerlo también tú?

—No —tuve que afirmar, con un poco de desgana—. Pero es que, sabes, me dijo

que me fuese a la mierda. Es una jornada histórica, Ma. ¿No puedes comprender lo que ha sucedido con su orgullo y su dignidad?

—Quieres decir que como él...

—... como él se enamoró perdidamente del pensamiento proyectado de una cucaracha —completé— tenía que embriagarse para olvidar un hecho tan deshonroso. Le era preciso. Ahora, sabe que al recobrar la sobriedad, se volverá otra vez humano. Apostaría lo que fuese a que es así, como apostaría a que en cuanto se sienta humano verá a Ellen y advertirá lo encantadora que es. Estoy seguro de que estará más enamorado que un palomo antes de que lleguemos de nuevo a la Tierra.

—Si tienes razón...

—La tengo —afirmé jovialmente—. Traeré una buena botella y brindaremos por ese planeta. Por Nada Sirio.

Tuve razón. Ellen y Johnny eran novios antes de que llegásemos a las cercanías del sistema solar y comenzáramos a disminuir la velocidad de marcha.

JOHN RUSSELL FEARN

VAGABUNDO DEL TIEMPO

Wanderer of Time

¡Blake Carson desgarró el velo del futuro... y lo que ve detrás le lanza a una amarga empresa vengadora!

Cierta vez el profesor Hardwick ofreció una conferencia a un interesado auditorio de estudiantes.

—A decir verdad el tiempo no existe —explicó—. Se trata, simplemente, de un término que la ciencia aplica a cierta condición del espacio que no puede comprender cabalmente. Los hombres sabemos que ha habido un pasado y estamos en condiciones de probar tal aseveración. También sabemos que hay un futuro; pero eso sí que no podemos probarlo. De ahí nace pues la necesidad del término *tiempo*: mediante él sorteamos la dificultad insuperable que el futuro plantea, transformándolo en algo apto para la comprensión común.

Lo antedicho es parte de la conferencia pronunciada por el profesor. Una pedantería, sin duda; pero llevó a Blake Carson, estudiante a ratos perdidos y aficionado a la física, a profundizar en el tema. Y a estudiarlo con dedicación y seriedad. Había oído aquellas palabras de Hardwick cinco años atrás. El profesor estaba ya muerto; pero los artículos que había dejado eran abundantes y también había escrito numerosos libros, que Carson estudió con creciente apasionamiento. De ahí pasó a otros. Entre los veinticinco y los treinta años llegó a ahondar en las más difíciles obras de Einstein, Eddington y Jeans.

«Definitivamente —terminó por sentenciar al cabo de esos cinco años—, puedo afirmar que el tiempo no existe. No es más que un concepto que arranca de las propias limitaciones del cuerpo físico. Y el cuerpo físico, según Eddington y Jeans, sólo constituye la manifestación exterior del propio pensar. Si se cambia el pensamiento, se altera el cuerpo en parecida proporción. El hombre cree conocer el pasado. Pues sólo es preciso acordar la mente a la situación y tendremos que nada nos impide conocer el futuro».

Dos años más tarde, introdujo una enmienda a aquella afirmación.

«El tiempo es un círculo en el cual el pensamiento y todas las creaciones de éste desfilan a través de un ciclo infinito. El proceso se repite interminablemente. De modo que si en un remoto pasado hubiéramos hecho lo mismo que hacemos hoy, lo lógico es presumir que algo nos ha quedado en la memoria; algo que desde nuestro actual punto de vista, se hallará en el futuro, por muy atrás que haya acaecido en el círculo del tiempo.

»El medio para pensar se encuentra en el cerebro. En consecuencia, aquel algo que ha quedado, debe estar alojado en él. Se trata de hallarlo. Si logramos hacerlo, habremos dado con la llave del futuro. Todo lo que haremos, en realidad, será despertar un recuerdo del remoto pasado».

A partir de aquella concepción, el laboratorio de Carson se fue llenando de complicados aparatos adquiridos gracias a un durísimo plan de economías en otras actividades. Una y otra vez armó y desarmó, probó, experimentó y solicitó consejo a otros jóvenes estudiosos que sostenían ideas similares a las suyas. No siempre, sin embargo, llegaban éstos a comprender plenamente la teoría de Carson. De todos modos, su entusiasmo les causó honda impresión.

Por fin consiguió que las cosas estuviesen dispuestas tal como él las quería. Cierta sábado por la noche invitó a su casa a sus dos principales consejeros y les enseñó su aparato.

Dick Glenbury tenía una mata de pelo rubio, era sonrosado y de ojos azules. Pertenecía a la especie de los impulsivos, los honestos y los trabajadores. Hart Cranshaw, en cambio, se colocaba en el extremo opuesto. Pálido, casi macilento y tranquilo, su pelo era muy moreno. Brillante físico, se inclinaba, empero, por las actitudes cínicas. Gracias a su gran inteligencia se salvaba de resultar un pelmazo.

—Chicos —dijo Blake Carson—. Lo he logrado.

Rezumaba entusiasmo. Los ojos le brillaban.

—Ya conocen ustedes mi teoría, según la cual queda algo en la memoria. Llamaré a eso «resaca». Pues bien, este aparato puede demostrar la exactitud de mis suposiciones.

—No irás a decirnos que piensas aplicar esos cacharros a tu cerebro con el fin de localizar el lugar exacto, ¿verdad?

—Eso es lo que pienso hacer, efectivamente.

—¿Y una vez hecho, qué? —preguntó Cranshaw, tocando, como siempre la tecla práctica.

—Te lo diré cuando sepa algo concreto —rió Carson—. Por ahora sólo os pido que os atengáis a las instrucciones que os daré.

Cogió un sillón y tomó asiento junto a su engendro, donde abundaban lentes de aspectos raros, lámparas y tubos. Siguiendo sus directrices, Glenbury se situó ante el

panel de los mandos. Se encendió un reflector que bañaba con luz violeta toda la cabeza de Carson.

Frente a él y puesta de tal manera que pudiera verla con claridad, una pantalla cuadrada y numerada pareció cobrar vida al mostrar una perfecta silueta de su cráneo, obtenida a través de rayos X. Sólo difería de la imagen proporcionada por auténticos rayos X en que las circunvoluciones del cerebro aparecían con mayor claridad que cualquier otro elemento.

—Bueno —jadeó abruptamente Carson—. Mirad la sección nueve, cuadrado cinco. Podréis ver una marca negra ovalada. Es un punto vacío. No se registra nada en él. Pues bien, eso es una «resaca».

Oprimió una palanca que estaba sobre el brazo de su sillón.

—Estoy tomando una fotografía —explicó.

Ordenó luego que se desconectara el aparato y se puso de pie. A los pocos minutos, el tanque autorrevelador proporcionó una imagen clara. Carson, cogiéndola por los bordes, la mostró a sus dos amigos, claramente encantando con los resultados.

—¿Y qué? —gruñó Cranshaw—. Ahora tienes un punto vacío. ¿Puedes decirme de qué te sirve? Todo esto se sale de la física ortodoxa que he estudiado; pero no lleva al conocimiento del futuro.

Pronunció la última frase con cierta impaciencia.

—Sí que lleva —la voz de Carson era tensa—. ¿Habéis observado que el punto vacío se halla exactamente donde cabía esperar que se encontraría? En la zona del subconsciente. Para llegar a conocer de manera irrefutable lo que el punto contiene sólo hay un método posible.

—Oh, claro —dijo Cranshaw de mal humor—. Un neurocirujano podría unir el punto vacío e inerte a un punto activo, por medio de un nervio. Es delicado pero...

—No necesito cirujano alguno —interrumpió Carson—. ¿Para qué un nervio? El nervio no es más que un medio físico, corpóreo, para llevar sensaciones eléctricas minuciosas. Un pequeño instrumento eléctrico podría hacer lo mismo. En otras palabras, un nervio externo, mecánico.

Se volvió a una mesa y cogió de ella cierto objeto parecido a un estetoscopio. A cada extremo se veían dos cápsulas de succión a las que se unían pilas secas de pequeño tamaño. Las dos cápsulas estaban conectadas por un fuerte cable.

—El cerebro despide cargas eléctricas exactas, como todo el mundo sabe —continuó diciendo Carson—. Este instrumento mecánico puede desempeñar la misma función a través del cráneo. De tal modo, el punto vacío y la zona normal del cerebro quedarían vinculados. Por lo menos, eso es lo que yo creo.

—De acuerdo —comentó Dick Glenbury mirando nerviosamente a Hart Cranshaw—. Pero a mí eso me parece como un nuevo medio de suicidarse.

—Como ahogarse en los propios residuos —aprobó Cranshaw.

—Si no estuvierais tan sumidos en la ciencia de los hechos prácticos comprenderíais mejor mis puntos de vista —repuso Blake—. De todos modos, me dispongo a hacer una prueba.

Puso de nuevo en funcionamiento su equipo para analizar el cerebro. Estudió un poco la imagen de la pantalla, comparándola con la fotografía y por fin afirmó un extremo del nervio artificial a su cráneo. La otra cápsula de succión fue recorriendo, guiada por su mano, otras partes de su cabeza. Cada movimiento era controlado por Blake a través de lo que aparecía en la pantalla. Una y otra vez, probaba los alrededores del punto vacío, hasta que terminó por fijar la cápsula mediante el apéndice succionador.

Una sensación de mareo le invadió. Era como si su cuerpo fuera un guante al que se vuelve del revés. Su laboratorio y las caras de sus dos amigos, tensas ante la gravedad del momento, fueron desvaneciéndose misteriosamente. Por su cerebro corrieron imágenes que parecían las que producen las aguas agitadas al reflejar caprichosamente los objetivos que se hallan sobre ellas.

Una masa de impresiones inconexas se precipitó sobre su conciencia. Innumerables personas se fugaban precipitadamente, superpuestas a unas colinas abruptas y escarpadas, contra las cuales chocaban las aguas del mar, levantando nubes de espuma. De los acantilados parecían surgir las torres de una ciudad remota, desconocida e incomparablemente hermosa y en dichas torres se reflejaban los fulgores de un sol invisible.

Máquinas... personas... nieblas. Un dolor intensísimo...

Abrió de pronto los ojos, encontrándose extendido sobre el piso de su laboratorio. Alguien le daba a beber coñac, que le hacía arder la garganta.

—Nunca se habrá visto experimento más loco e insensato —exclamó Dick Glenbury apasionadamente—. Tras unos minutos te quedaste como una luz que se apaga.

—Te advertí que de nada serviría —dijo Cranshaw—. Las leyes de la física están contra este tipo de cosas. El tiempo está encerrado...

—No, Hart, no lo está —le interrumpió Carson mientras se levantaba del suelo acariciándose la cabeza dolorida—. Definitivamente puedo decirlo: no lo está.

Ya de pie, miró ante sí. Tenía una expresión soñadora.

—¡He visto el futuro! —murmuró—. No estaba del todo claro, pero tenía que tratarse del futuro. Percibí una ciudad tal como nunca había imaginado. Todo se veía fragmentado, como si se tratara de un montaje cinematográfico o, mejor, de una superposición de imágenes filmadas. Pero esto puede ser mejorado. Hay que mejorar lo que se relaciona con el nervio artificial. La próxima vez me saldrá mejor.

—¿La próxima vez? —repitió Cranshaw—, ¿te dispones a seguir adelante con algo tan arriesgado? Podrías matarte sin llegar a conseguir lo que te propones.

—Tal vez —admitió Carson con voz tranquila.

Se sobrecogió un poco.

—Los pioneros han debido a veces pagar muy caros sus descubrimientos. Sin embargo yo poseo la llave. Me dispongo a seguir adelante, amigos, hasta abrir limpiamente la puerta con ella.

Durante los meses que siguieron, Blake Carson continuó febrilmente con sus experimentos. Abandonó su trabajo para contar con más tiempo, viviendo cuidadosamente del dinero que tenía ahorrado. Sólo vivía para perfeccionar su descubrimiento.

Al principio se vio estimulado por la precisión y certeza de los resultados obtenidos. Luego, a medida que el tiempo pasaba, tanto Hart Cranshaw como Dick Glenbury comenzaron a notar extraños cambios en Carson. Parecía atribulado y a la vez temeroso de dejar escapar alguna afirmación sobre lo que estaba realizando.

—¿Qué sucede, Blake? —le preguntó cierta noche Glenbury, que había ido a visitarte—. Te ves diferente. Algo escondes en tu cabeza. Ya sabes que soy tu mejor amigo. Puedes confiar en mí.

Blake Carson sonrió y Dick Glenbury pudo advertir el cansancio que denunciaba su rostro.

—¿No podríamos decir lo mismo de Hart, eh?

—Hombre, no quise decir eso. Pero ya sabes que es de sangre un poquitín fría cuando se habla de hechos. Venga, dime qué sucede.

—He descubierto cuándo he de morir —explicó Carson concisamente.

—¿Y qué? Todos hemos de morir algún día.

Dick Glenbury se detuvo, algo incómodo. Podía ver un extraño brillo en los ojos de Carson.

—Sí, desde luego que todos moriremos algún día. Pero es que no me has entendido: yo sé *cuándo*. Moriré el mes que viene, para ser exactos; el catorce de abril. Y ha de ser en la silla eléctrica, sentenciado por asesinato en primer grado.

Dick Glenbury le miró azorado.

—¿Qué? ¿Tú, asesino? Vamos, eso es algo completamente... Oye, Carson, ese nervio artificial te ha jugado una mala pasada.

—No, no lo creo, Dick. Ahora comprendo que la muerte pone término a una determinada fase de la existencia sobre este plano. Las vistas del futuro que he podido ver pertenecen a otro plano que está más allá de éste. Se trata del plano al que sucesivas muertes terminarán por llevarme. Con la muerte, toda asociación con las cosas de la Tierra, cae.

—Sigo sin creer que el mes que viene te ajusticien —dijo Dick.

—Moriré culpable de asesinato —insistió Carson con voz dura—. El hombre que me meterá en el horrible enredo que se aproxima y que dispondrá de una perfecta

coartada será... Hart Cranshaw.

—¿Hart? ¿Estás intentando decirme que él cometerá un crimen para luego echar deliberadamente las culpas del mismo sobre ti?

—Eso es. Sin duda. Ya sabemos que actualmente se halla muy interesado en este invento mío, como también sabemos que tiene conciencia de tener un punto vacío en su cerebro, cosa que nos sucede a todos. Hart, con juicio frío y calculador, ha pesado el valor de mi descubrimiento y visto el valor que tiene para ganar poder y dinero. Imagínate: la bolsa, las especulaciones financieras, la historia, todo puede llegarse a conocer antes de que suceda. Sería posible hasta alcanzar el dominio del mundo. Por lo tanto ya ha resuelto robarme el secreto y deshacerse de los dos únicos hombres que conocen su villanía.

—¿Dos hombres? —exclamó Dick Glenbury—. ¿Quieres decir que también habré de morir yo?

—En efecto. —La voz de Carson parecía llegar desde muy lejos.

—Eso es imposible —gritó Dick con voz potente—. No permitiré que... me maten sólo para que Hart Cranshaw consiga sus fines. Ni loco que estuviera. Olvidas, Carson, que estar prevenido es estar armado. Entre ambos podemos frustrar lo que Hart trama.

Su voz se hizo anhelante.

—Ahora que conocemos sus planes, podemos interceptarlos.

—No —afirmó Carson—. Durante varias semanas he estado reflexionando sobre el asunto, Dick. Han sido semanas en que casi me he vuelto loco. Las leyes del tiempo son inexorables. Lo que ha de suceder ha de suceder. ¿No comprendes que lo que yo he podido ver es apenas un recuerdo minúsculo de un tiempo pasado, sobre los cuales estamos pasando otra vez? Todo esto ya ha sucedido antes. A ti te asesinarán. Tan seguro como que estás aquí. Por otra parte, yo sabía previamente que vendrías esta noche. Te asesinarán y yo moriré, acusado de haberte matado.

El rostro de Dick Glenbury había tomado el color de la masilla.

—¿Cuándo sucederá eso?

—Exactamente a las once y cinco de esta noche... aquí mismo.

Carson calló, cogiendo fuertemente un hombro de su amigo.

—¡Por las estrellas del cielo, Dick, no puedes saber cuánto me hiere todo esto! No puedes imaginarte lo que me cuesta decírtelo todo. Si lo he hecho es porque es algo que tiene que ver directamente contigo.

—Sí... lo sé.

Glenbury se dejó caer pesadamente en un sillón. Por unos momentos su mente erró al azar. De pronto advirtió que su helado mirar estaba fijo en el reloj eléctrico. Eran las diez y cuarenta.

A las once menos diez, es decir, dentro de diez minutos, pensaba, Hart vendrá

diciendo que siente muchísimo haberse retrasado y que la culpa ha sido de una reunión extraordinaria de su sociedad. Sobrevendrá una discusión y en seguida mi muerte. Todo estará claro hasta el momento de ser yo asesinado, momento en que ya no habrá futuro en mi vida. La visión de una vida que continúa en un plano diferente a éste es algo en lo que he pensado mucho.

Dick Glenbury no había hablado.

—¿Qué sucedería —dijo Carson— si intentara experimentar con el tiempo? Acaso, gracias a que poseo un poder que ningún hombre ha poseído hasta ahora, pueda yo alterar el orden del ciclo. Suponte que volviera a la Tierra tras haber sido electrocutado para acusar a Hart de asesinato doble: el tuyo y el mío, puesto que yo he sido también asesinado en la silla eléctrica.

—¿Cómo lo harías? —murmuró Glenbury, cuya mente se encontraba demasiado nublada para entender bien todo aquello.

—Ya te he dicho que el cuerpo obedece a la conciencia. Normalmente, al morir volveré a crear mi cuerpo dentro de un plano de existencia diferente a éste. Pero ¿qué sucedería si mis pensamientos en el momento de la muerte se concentraran sobre mis deseos de retornar a este plano una semana después de mi ejecución? Sería por entonces el veintiuno de abril. Creo que podría intentarlo y enfrentar a Hart.

—¿Acaso sabes cómo hacerlo?

—No; pero parece lógico suponer que puedo encontrar el medio. Puesto que tras la muerte, el futuro se desarrolla en otro plano, no soy capaz de decir si mi proyecto funcionará o no. Como te he dicho, Hart queda borrado de mi futuro desde el momento en que muero, a menos que yo pueda cambiar el curso del tiempo, realizando de tal modo algo único. Creo que...

Carson se interrumpió al abrirse súbitamente la puerta. Hart Cranshaw penetró en el laboratorio. Arrojó su sombrero a un rincón.

—Siento muchísimo haberme retrasado, chicos; pero tuvimos reunión extraordinaria de la sociedad. —Miró a Glenbury—. ¿Qué te sucede, Dick? ¿Te sientes mal?

Su amigo no respondió nada. No apartaba los ojos del reloj. Eran exactamente las once menos diez.

—Está perfectamente —contestó Carson en tono tranquilo—. Sólo que ha sufrido un fuerte *shock*. Eso es todo. He estado escudriñando el futuro, Hart, y he descubierto algunas cosas que no son precisamente agradables.

—¿Sí? —Hart Cranshaw pareció meditabundo durante unos instantes, pero pronto volvió a adquirir su expresión habitual—. En verdad reconozco, Blake, que no he sido últimamente todo lo cordial que debiera contigo. En especial teniendo en cuenta lo extraordinario de tu invento. Quisiera saber más sobre él. Cuéntame.

—¡Claro, así podrás robarlo! —gritó Dick Glenbury de pronto, poniéndose de pie

—. Ésa es tu intención. Oh, no te molestes en negarlo: el aparato de Carson ya se lo ha revelado. Me matarás para que le ajusticien luego. Pero no lograrás tu propósito. Te aseguro que no. ¿Dices que no se puede engañar al tiempo, Blake? Lo veremos.

Corrió hacia la puerta pero no pudo llegar a ella porque Hart Cranshaw le cogió con fuerza de un brazo, haciéndole retroceder.

—¿Qué desatinos estás diciendo? —preguntó iracundo—. ¿Quieres decir que me propongo matarte?

—A eso has venido, Hart —dijo Carson sin perder la serenidad—. El tiempo no miente. Tus declaraciones de pretendida inocencia no nos pueden engañar sobre tus intenciones. Piensas sacar gran provecho a mi invento.

—Muy bien; supongamos que dices la verdad —exclamó Hart Cranshaw extrayendo una pistola de entre sus ropas—. ¿Qué te propones hacer para impedirlo?

Blake Carson se encogió de hombros.

—Sólo lo que la ley inmutable me dice que haga.

—A la mierda con todo eso —saltó Dick Glenbury—. No me voy a estar aquí, muy quietecito para que las leyes inmutables se cumplan. Mi vida está en peligro. ¡Venga, Hart, aparta esa pistola!

Cranshaw se limitó a sonreír fríamente. Desesperado, Dick se abalanzó sobre él; pero tropezó con un cable que corría por el suelo, yendo a dar contra el físico. Si fue accidente o no, era algo de lo cual Blake Carson no podía estar seguro. Lo cierto fue que la automática se disparó.

Hart Cranshaw se quedó inmóvil. Un momento más tarde, el cuerpo de Dick Glenbury se deslizaba suavemente junto a él, hasta quedar tendido en el suelo, inerte. Los ojos de Blake Carson se volvieron al reloj. ¡Las once y nueve minutos!

Entretanto Hart Cranshaw se había recuperado. Agarró con firmeza su pistola.

—Bueno, Blake, ya que conoces el futuro, sabrás lo que se avecina...

—Sí. Te dispones a echarme la culpa por su muerte. Mataste a Dick deliberadamente.

—No estás en lo cierto. Fue un accidente. De hecho, las cosas sucedieron antes de lo que yo esperaba, nada más. Y ahora, con los dos fuera del campo, ¿qué puede impedirme ser el dueño del mundo? Tendré ese aparato que has inventado y con él todo lo que pueda desear. —Sonrió macabramente—. He planeado todo a la perfección, Blake. Tengo una coartada irrefutable para mis andanzas de esta noche. No sé cómo te las arreglarás para probar tu inocencia.

—No me las arreglaré de ningún modo —repuso Blake—. Y tú lo sabes.

Hart Cranshaw le miró con expresión perpleja.

—Teniendo en cuenta lo que ha sucedido y lo que sucederá, te estás tomando las cosas con mucha calma.

—¿No es lo lógico? El conocimiento del futuro te permite saber lo que es

inevitable... para ambos, Hart.

La última frase había sido pronunciada intencionadamente.

—Pues mi futuro será magnífico —dijo Hart—. Tengo para rato en este mundo.

Reflexionó brevemente, luego hizo un movimiento con su arma.

—Muévete lejos de tu aparato. No quiero que vayas a estropearlo. Si lo intentas te mataré, aunque me resulte algo más complicado salir libre con mi coartada. Descuelga el teléfono y llama a la policía. Les dirás que lo has hecho tú.

Con calma resignada, Blake Carson hizo lo que el otro le ordenaba. Al terminar, Hart Cranshaw movió alegremente la cabeza.

—Excelente. Antes de que llegue la policía yo me habré marchado dejándote esta pistola que explicará los hechos. Como llevo guantes, mis huellas no estarán en la culata. Aunque tampoco hallen las tuyas, el punto es de poca importancia: sólo Dick y tú estabais aquí esta noche. Yo me encontraba en otra parte y puedo probarlo.

Blake Carson sonrió tristemente.

—De tal modo podrás luego fingirte mi buen amigo y encargarte de seguir adelante con mis trabajos, cubierto por tu coartada y un buen abogado si la ocasión lo exige. Muy astuto, Hart. ¡Sin embargo, recuerda que para todo hay una hora señalada!

—Pues por ahora las cosas son de color de rosa en lo que a mí concierne —repuso el otro con tono presumido y seguro.

La maquinaria de la ley actuó exactamente del modo previsto por el aparato de Carson. Una vez en manos de la policía fue interrogado interminablemente hasta que sus posibilidades de escapar se tornaron nulas. Fue condenado bajo acusación de asesinato en primer grado y el tribunal decretó la pena de muerte. Todo el juicio se desarrolló en tiempo récord, pues se consideró un caso de delito in fraganti. Los periódicos atacaron despiadadamente al acusado. A pesar del asombro de su abogado, Carson rehusó apelar la sentencia y también acogerse a los plazos legales que hacían posible posponer su cumplimiento. Su actitud fue fatalista desde el principio. Nada pudo hacerle cambiar de propósito: deseaba morir cuanto antes.

En su celda, durante el período de tiempo que se extendía entre la sentencia final y su ejecución, pasó la mayor parte del tiempo reflexionando sobre los hechos que había logrado entender merced a sus experimentos. Fue sin duda un excelente preso. Tranquilo, silencioso y sólo un poco triste. Todo su ser estaba puesto en una firme e inalterable concentración sobre la fecha del veintiuno de abril. Sólo sobre su dominio de las fuerzas elementales en el momento de morir descansaba su posibilidad de enfrenar a Hart Cranshaw con lo imposible, es decir, con su retorno de la muerte.

Ni una sola palabra sobre ello escapó de sus labios. Al llegar su último momento no dobló la cabeza. En la fría mañana escuchó las breves plegarias reconfortantes del capellán de la prisión, pronunciadas en hondo silencio, y encaminó sus pasos por el

corto corredor sombrío y flanqueado de guardas, hasta llegar a la cámara fatal. Tomó asiento en la silla de la muerte con la calma de un hombre que se dispone a presidir una reunión de negocios.

Las hebillas de los cinturones que le pasaron por el cuerpo y los brazos sonaron secamente, turbando un poco su concentración.

Apenas advertía lo que sucedía a su alrededor en el recinto poco iluminado. Si su concentración sobre el veintiuno de abril había sido intensa hasta entonces, se tornó frenética en aquellos momentos supremos. Rígido, con el sudor chorreándole copiosamente por la cara por obra del esfuerzo mental, esperaba...

De pronto sintió la estremecedora, tirante y tremenda corriente que atenazaba sus entrañas para extenderse en seguida en medio de una angustia tal que reducía al mundo y al universo entero a un instante infernal en el que todo se disolvía...

Luego todo se serenó. Todo quedó envuelto en una extraña quietud...

Le parecía flotar a la deriva en un océano insustancial, como si lo hiciera por los aires. Su concentración había sido suplantada por un sentimiento de maravilla que crecía sin cesar y que él trataba de comprender.

Había muerto. Por lo menos eso le había sucedido a su cuerpo, sin duda. Estaba convencido de que así era. Ahora le era preciso romper los lazos que le paralizaban. Trató de realizar un esfuerzo brusco, mediante el cual logró que todo quedara un poco más claro. Comprendió que salía del vacío de la nada para penetrar en un entorno normal o, mejor dicho, terrestre. Se movió cautelosamente. Estaba solo, tendido de espaldas en medio de un llano sombrío, helado y cubierto de polvo rojizo. Le produjo gran sorpresa constatar que aún llevaba puesta la fina camisa de algodón y los pantalones que usara en la prisión.

La helada brisa le caló hasta los huesos. Temblaba al ponerse de pie. Echó un vistazo a su atuendo.

Claro, pensó; llevaba estas prendas en mi pensamiento, tal como llevaba mi cuerpo. No es extraño que también ellas resultasen recreadas...

Sin atinar a explicarse nada aún, miró en torno suyo, sobre su cabeza, el cielo era de un azul violáceo y estaba muy estrellado. Hacia su derecha se veía una elevación escarpada. Todo el resto del terreno visible era rojizo. El tiempo —un espacio de tiempo infinitamente largo— había pasado.

Lanzando una exclamación ahogada corrió hacia la colina escarpada y trepó rápidamente a ella. Llegado a la cumbre se detuvo azorado.

Un sol rojo de inaudito tamaño se veía a medias por encima del horizonte formado por montañas dentadas. Las estrellas llegaban hasta los bordes mismos del astro, que era viejo. Sus fuegos incandescentes declinaban.

—Millones de años, miles de millones de años —susurró Blake Carson.

Se sentó sobre una piedra y tendió la mirada sobre la sobrecogedora y sombría

extensión.

—En nombre del cielo, ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Siguió mirando ante sí, tratando, por un esfuerzo sobrehumano, de pensar sensatamente. Había proyectado volver a la tierra a la semana de morir. En lugar de ello aquí estaba, al final de la existencia de la Tierra. Los años mostraban su marca en todas las cosas y aquel sol, apenas vivo, hablaba de la próxima detención del planeta en su carrera. El suelo era rojo porque estaba hecho de óxido de hierro extremadamente antiguo. El aire era tan leve que había transformado las alturas atmosféricas en algo azul violado y hacía de la respiración un proceso penoso.

Algo más sucedía. Algo que Blake Carson no tardó en comprender: ya era incapaz de prever el futuro.

—He complicado las cosas al torcer el curso normal de la vida tras la muerte —murmuró—. No me he trasladado a un plano vecino al terrestre para reasumir la existencia ni, menos aún, revivido el veintiuno de abril como proyectaba. Esto sólo puede explicarse por el hecho de que en el último minuto hubo un error imprevisible. Es posible que la electricidad de la silla haya trastornado mis corrientes cerebrales, desviando el destino de mis pensamientos de tal modo que fui lanzado con fuerza hacia adelante. Con tanta fuerza en realidad, que aquí estoy, no a una semana, sino a siglos. Además, carezco ya del poder de visualizar el futuro. De haber muerto por medio de cualquier agente que no fuera la electricidad, tal vez no me encontraría ahora en esta situación.

Se sobrecogió nuevamente, al correr un aire helado que venía del desierto y que le atravesó. Forzado a moverse, volvió a ponerse de pie y, protegiéndose la cara del viento polar, anduvo por la base de la pequeña colina. Volvió a contemplar el desolado paisaje. Entonces vio algo que, desde su anterior punto de mira, no podía divisar. Parecían ruinas.

Echó a correr para no congelarse, aunque tal acto imprimiera una presión casi intolerable sobre sus pulmones. Iba hacia el sol moribundo y perezoso. Por fin se encontró a la sombra de una sala vasta y muy erosionada por el tiempo.

Como todo el resto, el lugar era rojo. Dentro del recinto había grandes maquinarias cubiertas de polvo. Colosos energéticos abandonados desde muchísimo tiempo atrás. Las examinó, sin poder explicarse nada sobre su funcionamiento o significado. Dirigió entonces los ojos hacia más allá, donde se veían más ruinas de metal oxidado. Cámaras y más cámaras semiderruidas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, confundiéndose con el cielo morado. Allí estaba, al parecer, el desplomado monumento a la esfumada grandeza del hombre. Las inexplicables y gigantescas máquinas eran como el enigma que proclamaba su ya fenecida importancia...

¿Y el propio hombre? ¿Había acaso emigrado a otros mundos? ¿Se hallaba

sepultado bajo el polvo rojo? Blake Carson se estremeció ante la evidencia de su total soledad. Sólo las estrellas, el sol y el viento —aquel gélido viento que silbaba entre las ruinas formando nubes carmesíes que cubrían el brillo de algunas estrellas— quedaban aún.

Volviéndose a un costado creyó ver a lo lejos, entre los despojos mecánicos, un resplandor que parecía un reflejo del sol. Brillaba como un diamante. Corrió hacia el lugar; pero sólo para comprender que se había engañado sobre la distancia. El objeto estaba por lo menos a dos millas. No cejó en su empeño, sin embargo, y se dirigió resueltamente hacia allí. A medida que se acercaba, el brillo sufría cambios. Por fin terminó siendo un conjunto de seis grandes y macizas bóvedas de cristal que median unos seis pies de diámetro.

Había luego dos bóvedas más. Las ocho se levantaban sobre un plano hundido, cuyas paredes rocosas se veían libres de cascotes y piedras. Se hubiese dicho el piso de un cráter rodeado de paredes de lava arrugada.

Intrigado resolvió mirar hacia las profundidades.

Instantáneamente olvidó el viento y su sensación de desesperada soledad. ¡Debajo había vida! ¡Vida que pululaba! Acaso no se tratase de vida humana; pero al menos algo se movía. Le llevó unos momentos ajustar su mente a su descubrimiento.

Tal vez a unos doscientos pies bajo el nivel del suelo sobre el cual se levantaban las bóvedas, se veía una ciudad en miniatura profusamente iluminada. Al observarla vino a la mente de Carson cierta maqueta de la ciudad del futuro que había visto una vez en una exposición. Se veían terrazas, aceras, torres y hasta aviones. Todo estaba allí, aunque a escala infinitamente diminuta. Era probable que la ciudad continuara bajo mayores profundidades.

Pero sus habitantes eran... hormigas. Había millones de ellas. No se movían desordenadamente de aquí para allá con la aparente desorientación propia de sus tiempos, sino que parecían obedecer a un propósito definido y ordenado.

¿Hormigas en un mundo que se moría? ¿Hormigas que tenían sus ciudades?

Claro, dijo a media voz, dejando una marca en el cristal helado con su aliento; claro. Es la ley de la evolución. Él hombre se ha transformado en hormiga y ésta en bacteria. La ciencia de su tiempo ya lo tenía previsto. Si yo no pude verlo con mi aparato, el hecho se debió tan sólo a que el futuro que yo veía no abarcaba este plano.

¿Y Hart Cranshaw? ¿Y sus planes de venganza? Todo eso parecía ahora muy remoto. Allá abajo había compañía. Hormigas inteligentes que, fuera lo que fuese lo que de él pensarán, al menos le hablarían, le ayudarían...

Comenzó a golpear los cristales con los puños y a dar voces.

No obtuvo resultados inmediatos. Volvió a golpear —ahora frenéticamente— y entonces la huidiza multitud de abajo se detuvo en sus movimientos como si vacilara. De pronto todas las hormigas comenzaron a correr en todas direcciones. Parecían

motas de polvo arrastradas por un remolino.

—¡Abran! —gritó—. ¡Abran que me estoy congelando!

No hubiese podido decir lo que le sucedió entonces, pero le pareció enloquecer un poco. Creía recordar que corrió de una bóveda a otra, redoblando sus golpes contra la lisa e insensible superficie.

El viento, entretanto, estaba transformando su sangre en hielo. Por fin cayó casi inerte a un costado, sobre el límite del plano sobre el cual se levantaban las bóvedas sepultando la cabeza en ambas manos. Temblaba violentamente mientras un creciente deseo de dormir se apoderaba de él. Pero nuevas ideas despejaron su mente. Eran ideas grandiosas, que no provenían de él.

Como en un caleidoscopio vio la ascensión del hombre a las supremas alturas y su gradual comprensión de que habitaba un planeta condenado a morir; contempló la reducción de las multitudes y la supervivencia de los más aptos; el lento e inexorable trabajo de la naturaleza para adaptar la vida de modo que atendiese a sus nuevas necesidades.

Como si tuviese ante sí un panorama de todas las eras, con vistas de cada tiempo, Blake Carson vio el cuerpo humano transformarse en uno de termita. Las de sus propios días eran como los prototipos progenitores, las formas experimentales. Las termitas dotadas de superinteligencia habían construido aquellas ciudades subterráneas, dotadas de alta tecnología y apenas necesitadas de los pobres recursos que de la Tierra quedaban. Sólo bajo la superficie había refugio contra la moribunda atmósfera.

Sí; la naturaleza se había mostrado sabia al organizar la mutación y seguiría haciendo alarde de ingenio cuando llegara el momento de transformar a las termitas en bacterias, esos seres indestructibles, capaces de sobrevivir en el espacio, de desplazarse hacia otros mundos, de comenzar todo de nuevo. El eterno ciclo.

Carson se asombraba él mismo. ¿Cómo sabía él todo aquello? Quiso ponerse de pie, pero volvió a caer sobre el suelo: sus piernas entumecidas se mostraban incapaces de sostenerlo.

De pronto advirtió que un pequeño ejército de hormigas se hallaba junto a él. Se hubiese dicho un felpudo negro tendido sobre el liso suelo rojo. ¡Se acababa de enterar de la historia evolutiva por medio de la transferencia mental! Las verdades le habían sido metidas en la mente por aquellos seres. Lo supo con toda certeza al verse literalmente bombardeado por preguntas mentales.

Eran tantas y procedían de tal cantidad de sujetos, que apenas podía distinguir algo que tuviese algún sentido.

—¡Refugio! —exclamó—. Alimento, calor: eso es lo que deseo. Me he salido del tiempo. Soy un vagabundo dentro de él y he llegado aquí por accidente. Podréis examinarme como un sobreviviente de tiempos remotísimos para vosotros. De seguro

que os será útil. Si no me ofrecéis alguna clase de refugio, el frío acabará pronto conmigo.

—Tú te creaste tu propio accidente, Blake Carson —dijo una nítida onda de pensamiento—. Si hubieses muerto como las leyes del tiempo lo prescriben, hubieses pasado al próximo plano de existencia, que no es éste. En cambio quisiste probar, tratando de derrotar al tiempo, con el fin de preparar tu venganza. Nosotros, es decir, el tiempo, el espacio y la vida, conocemos perfectamente tus intenciones.

»Nadie puede ya ayudarte. La ley del cosmos ordena que los seres vivan y mueran según sus dictados; y la muerte que ahora te aguarda no será la transición normal de un plano a otro cualquiera, sino a uno que nadie puede siquiera imaginar. Has perturbado para siempre la línea cósmica del tiempo que debías seguir. Ya no podrás corregir tal perturbación.

Blake Carson contemplaba en silencio a las termitas, deseando tan sólo desentumecer sus ateridos miembros. Sabía que se estaba muriendo; lo comprendía perfectamente; pero el interés mantenía aún vivo su razonamiento.

—¿A esto llamáis vosotros hospitalidad? —murmuró—. ¿Es ésta la benevolencia científica de una era avanzada? ¿Cómo podéis ser tan implacables cuando sabéis por qué buscaba la venganza?

—Sabemos ciertamente el porqué; pero eso es algo trivial comparado a la incalificable transgresión que implica pretender alterar la ley para adecuarla a tus propios fines. Para ello cometiste un pecado contra la ciencia, lo cual es imperdonable, por muy atendibles que sean los motivos. Eres un paria, Blake Carson. En especial para nosotros. No has vuelto a encontrar a Hart Cranshaw, el hombre que buscabas y nunca lograrás ese anhelo.

Los ojos de Blake Carson se entrecerraron. Notó que mientras le llegaba el mensaje de las hormigas, éstas habían retrocedido y se encontraban ahora a cierta distancia de él. Parecían haber perdido todo interés en su caso y dirigirse de nuevo a sus dominios subterráneos. Sin embargo el poder de las emisiones no se debilitaba en consecuencia.

De pronto supo porqué. Una de las termitas, más grande que las otras, estaba sola a su lado, sobre el suelo rojo. Carson la contempló con ojos ardientes.

—Comprendo —murmuró—. ¡Sí, comprendo! Vuestros pensamientos resultan claros para mí. Y te entiendo particularmente a ti. Eres Hart Cranshaw. El Hart Cranshaw de esta era. Robaste mi invento y así llegaste a transformarte en el dueño y señor de la ciencia y de todo el mundo, tal como lo deseabas. Hallaste que era posible quedarse en el plano normal tras cada muerte, a condición de no morir electrocutado. Eso fue lo que malbarató mi proyecto: morir en la silla eléctrica.

»De tal modo seguiste y seguiste, muriendo y renaciendo, cada vez con un cuerpo diferente pero con la misma mente. ¡Un hombre eterno, cada vez más dominador!

La voz de Carson crecía en intensidad. Llegó a convertirse en grito. Pero se calmó.

—Hasta que al fin la naturaleza te transformó en termita. Llegaste a constituirte en amo de la comunidad. ¡Nunca llegué a imaginar que mi descubrimiento te iba a deparar el dominio del mundo! Sin embargo, si yo he contrariado las leyes del cosmos, también las has contrariado tú, Hart Cranshaw, que has burlado tu tiempo normal una y otra vez con tus innumerables muertes. Te has quedado en este plano cuando debiste trasladarte a otros. Ambos hemos violado la ley. Tanto para ti como para mí, la muerte significará esta vez el viaje a lo desconocido. Un poder que parecía venirle de algo situado fuera de sí mismo le invadió. La vida volvió a correr por sus miembros rígidos y de un salto se puso de pie.

—Nos hemos vuelto a encontrar, Hart, tras miles de billones de años. ¿Recuerdas lo que te dije cierta vez? ¿Que para cada acontecimiento hay una hora señalada? Ahora sé por qué no deseas salvarme.

La solitaria hormiga, moviéndose con asombrosa rapidez se volvió hacia donde sus compañeras se encontraban. Una vez entre ellas, sería más difícil localizarla.

Al pensar así dio un salto hacia adelante. Pero tal movimiento sería el último que hiciera en vida. Cayó de frente, pero pudo echar mano a la termita que huía. Quiso apretarla entre sus dedos; no obstante aquélla consiguió escapar. Pudo verla correr por el dorso de su mano y luego por la palma, cuando Carson ya no podía cogerla con fuerza.

No hubiese podido decir durante cuánto tiempo la observó. Sólo que en cierto momento llegó a situársela sobre el pulgar. Su índice encontró fuerzas y, cerrándose, aplastó a su enemigo.

Se quedó mirando la mancha oscura que quedó en ambos dedos.

Ya no pudo hacer movimiento alguno. La parálisis se había apoderado de él por completo. Sintió un dolor intenso en el corazón. Su visión menguó. Le parecía deslizarse...

Pero al trasladarse al más allá creyó comprender algo nuevo. ¡No había burlado al tiempo! ¡Tampoco Hart Cranshaw! Los dos habían hecho algo igual antes en algún lado y seguirían haciéndolo interminablemente, mientras el tiempo existiera. Muerte... tránsito... renacer... evolución... vuelta a la edad de las amibas... hombre otra vez... el laboratorio... la silla eléctrica...

Eternamente. ¡Inmutablemente!

CLARK ASHTON SMITH

LA ISLA QUE FALTABA EN LOS MAPAS

The Uncharted Isle

Algo raro sucedía con aquella isla; pero Mark Irwin no podía descifrar qué era.

No sabía por cuánto tiempo había estado a la deriva en la barca. Ahora recuerdo que pasaron varios días con sus noches. Sin embargo, para mí apenas eran algo más que sucesivos espacios de luz y de oscuridad. Luego vino una fantasmal eternidad de delirio y un tiempo indeterminado en el que olvidé todo. El agua de mar que tragué involuntariamente ha de haberme reanimado. Al volver en mí estaba tirado en el fondo de la barca, con la cabeza un poco más alta que el cuerpo y recostado a la popa. En la boca sentía un fuerte sabor a salmuera. Jadeaba. La garganta se me oprimía por los grandes tragos que sin duda había bebido. La barca se movía violentamente y cada vez penetraba más agua en su interior.

De pronto pude oír el ruido de las olas que rompen contra la orilla. No parecía provenir de muy lejos. Traté de sentarme, lo cual conseguí tras ímprobos esfuerzos. Mis pensamientos y sensaciones estaban en desorden, de modo que encontré grandes dificultades en obrar sensatamente. Lo que más me atenazaba era la sed extrema, e hubiese dicho que por mi boca corría una línea de palpitante fuego. Además me sentía completamente mareado. Todo mi cuerpo estaba como flojo y vacío... Me resultaba difícil comprender lo sucedido. Tanto que ni siquiera me sorprendía el hecho de hallarme solo en el bote. Pero aun para mis atontados sentidos, el ruido de aquellas olas al romper significaba una advertencia. Un peligro acechaba, de modo que, sentándome, quise echar mano a los remos.

Pero no estaban en el bote. De todos modos, en el estado en que me encontraba, no era probable que me hubiesen servido de mucho. Miré en torno y pude apreciar que la embarcación era empujada por la corriente en dirección a la orilla que se veía entre dos elevaciones de roca, que la espuma del mar al romper ocultaba a medias. Un acantilado rocoso y escarpado se elevaba cerca de mí. Tuve la fortuna de que, al

acercarse la barca, aquél pareció abrirse milagrosamente, revelando la presencia de un estrecho pasaje que a su vez llevaba a una especie de lago sobre el cual no tardé en navegar sin riesgo alguno: las aguas estaban allí tan quietas como si de un espejo se tratara. El tránsito de una mar encrespada al reino del silencio protegido y recoleto no fue menos sorprendente que el cambio de escenario frecuente en los sueños.

La laguna era larga y angosta, rodeada de orillas bajas y planas, cubiertas por una frondosa vegetación tropical. Abundaban las palmas de hoja pequeña parecida a la del helecho, variedad botánica que yo nunca había visto hasta entonces, y las palmeras tiesas y gigantescas. Las hierbas eran de hojas anchas y tan altas como el árbol tierno. Aun en las condiciones en que me hallaba, aquella vegetación me causó estupor. Pero sólo momentáneo. Mientras la barca se dirigía a la ribera arenosa más próxima, lo que más ocupaba mis pensamientos era una ordenación, así fuese sumaria, de mis recuerdos, tarea que me proporcionó más problemas de lo que pudiera creerse.

Cierto que aún persistía el mareo. El agua de mar que había bebido no pudo sino agravar tal sensación. No obstante, era indudable que a ella debía el hecho de hallarme aún con vida.

Recordaba, naturalmente, llamarme Mark Irwin, primer marinero del buque de carga *Auckland*, que hacía el viaje entre El Callao y Wellington. No olvidaba tampoco la noche en que el capitán Melville me había despertado a empellones, haciéndome caer de la litera donde me encontraba sumido en el más profundo de los sueños. El barco se incendiaba. Pude recordar el estruendo causado por las llamas devoradoras y el humo que nos cegaba mientras tratábamos de salir al puente. Allí pudimos constatar que el carguero estaba perdido: el fuego ya había alcanzado los depósitos de petróleo que formaban parte de su flete. Echamos al agua los botes salvavidas, a la luz de las altas llamas. Media tripulación quedó atrapada en el castillo de popa, ya casi calcinado. Los demás tuvimos que contentarnos con salvar la vida de inmediato. Durante varios días remamos en medio de un mar en calma, sin llegar a ver nunca otro barco que nos recogiera; y cuando pasábamos penurias sin cuento, se desató una gran tempestad que hizo zozobrar nuestros botes. Dos de ellos se fueron a pique. Sólo se salvó uno, en el que íbamos el capitán Melville, el segundo marinero, el contramaestre y yo. Lo demás no lo recordaba muy bien. Acaso en medio de la tormenta, alguno o algunos se ahogaran; tal vez durante las jornadas de delirio, algún otro se arrojara al agua... No recordaba detalles. Todo me parecía ahora irreal y remoto; algo que hubiera sucedido a otra persona y no a mí, que me dirigía en aquellos momentos hacia la playa, cruzando un sereno lago. Me sentía adormilado y como ausente. Ni siquiera la sed me torturaba tanto como cuando despertara poco antes.

La embarcación se detuvo en arenas finas y sedosas cuando aún me resultaba

inexplicable mi aventura y, por consiguiente, no acertaba a saber dónde había ido yo a parar. Lo único que positivamente sabía era que nos hallábamos en medio del océano Pacífico, al sudoeste de la isla de Pascua, al declararse el fuego en el buque. Por aquella zona no hay otra isla que la llamada de Pascua. Y naturalmente, el lugar donde me encontraba no podía ser dicha isla. ¿Dónde estaba, pues? Comprendí sorprendido que había ido a parar en algún islote que no se encontraba en los mapas ni en las cartas geológicas. Tendría que ser una isla. De eso no me cabía duda. Pero no podía afirmar nada más y, desde luego, resultaba imposible decir si estaba habitada o no. De momento, la única vida aparente tenía formas de mariposas, pájaros de plumaje extraño y peces no menos raros que se podían vislumbrar gracias a la transparencia del agua. Aparte de eso, estaba, como ya he indicado, la vida de una vegetación lujuriente.

Abandoné el bote, sintiéndome aún muy mareado, a pesar del cálido sol que se precipitaba sobre el lugar como una inmóvil e infinita catarata. Mi primer objetivo era dar con alguna fuente de agua dulce, de modo que me interné entre las palmas de hojas extrañas, tratando de abrimme paso entre las innumerables plantas rastreras entre las cuales, debido a mi agotamiento, quedaban enredados a veces mis pies. Si no caí fue porque me bastaba extender la mano para asirme a las hojas de los tupidos árboles. No tuve que dar más que veinte o treinta pasos, sin embargo, para hallar un arroyuelo que brotaba, quebrándose en mil reflejos, de entre unas piedras bajas, para extenderse por una extensión más ancha, donde se reflejaban hierbas de diez pulgadas de altura y grandes flores parecidas a las anémonas. El agua era fría y sabrosa. Bebí cuanto quise, sintiendo que la bendición de su frescura reavivaba mis resechos tejidos.

Luego me puse a indagar con el fin de ver si podía conseguir algún alimento. Junto al arroyo di con un matorral cargado de drupas de color anaranjado, cuyo aspecto me era desconocido; pero no por ello parecían menos apetecibles, de modo que resolví correr el riesgo. Al abrirlas apareció una pulpa azucarada. Apenas comencé a probar el fruto, sentí que las fuerzas me volvían. Mi mente recuperaba la lucidez a pasos agigantados y pude notar que me volvía casi por entero la vitalidad.

Regresé al bote y extraje de él toda el agua de mar, tras lo cual lo arrastré por la arena lo más lejos posible de la orilla. Quería asegurarme de que dispondría de él si llegaba a necesitarlo nuevamente. No pude llevarlo muy lejos, no obstante, porque mis fuerzas estaban por debajo de las exigencias de la tarea. Resolví, pues, ante el temor de que la marea lo arrastrase lejos, cortar algunos tallos de las curiosas plantas que por allí abundaban y entretejer con ellos una cuerda, con la cual amarré la embarcación al tronco de la palma más cercana. Me felicite de llevar aún conmigo mi cuchillo.

Entonces, por primera vez, pude pasar revista a la situación en que me encontraba con ojo analítico. Así percibí muchos objetos y circunstancias que no había advertido

cuando la urgencia por sobrevivir pasaba delante de cualquier otra consideración. Una maraña de insólitas impresiones se agolpaba en mi cabeza, algunas de las cuales no podían llegar a ella por los conductos normales de los sentidos. Para comenzar, vi con mayor claridad lo inesperado de las formas que allí asumían las plantas. Las palmas con hojas de helecho, el césped alto y poblado y la especie de los matorrales, los tallos y las ramas frondosas presentaban un aspecto grosero y arcaico. Se hubiese dicho que estaba en medio de un paisaje perteneciente a edades remotas, como debió ser el del perdido litoral acuático de Mu. Nada allí me recordaba siquiera a lo que yo había visto en Australia o Nueva Guinea, donde se hallan reservas de la flora primigenia. Aquí la vegetación resultaba claramente vinculada a una oscura y prehistórica antigüedad. Esta impresión se hacía aún más intensa por obra del imponente silencio que me rodeaba; un silencio propio de edades muertas y de cosas que han sucumbido a los embates del olvido. Sentí que algo muy extraño rodeaba aquella isla, aunque no podía comprender cabalmente toda su peculiaridad.

Aparte de la rareza de la vegetación noté que el propio sol tenía un aspecto intrigante. Se hallaba demasiado alto. Tanto, que no encajaba con ninguna latitud a la cual yo hubiese podido razonablemente llegar tras varios días a la deriva. Sin embargo el cielo era extraordinariamente luminoso, poblado de una cegadora incandescencia. Una magia quieta parecía reinar en el aire: ni las hojas ni el agua se movían en absoluto. Todo el paisaje parecía suspendido ante mí, como una inverosímil visión sobrenatural; como algo propio de un mundo ajeno al tiempo y al espacio humanos. De acuerdo con los mapas, aquella isla no existía... Se me hacía cada vez más intensa la impresión de que algo muy extraño se encerraba allí. Sentí la perplejidad de quien se viera de pronto en un planeta desconocido. También me parecía hallarme separado de mi vida anterior, de todo cuanto antes me resultara familiar, por espacios inconmensurables. Pensé que, como la propia isla, estaba perdido para siempre. Esta reflexión me infundió tal pánico que sentí paralizarse mi cuerpo.

En mi afán por sobreponerme me puse a andar por la orilla del lago, con pasos rápidos y febriles. Creí del caso explorar la isla. Tal vez luego estuviera en condiciones de hallar la clave del misterio.

La costa era serpenteante. Empero, al cabo de cierto tiempo pude alcanzar el límite de la laguna. A partir de allí, el terreno se elevaba hasta alcanzar la altura de un acantilado cubierto de tupidos árboles que pertenecían a la misma especie de los que ya viera. Sólo que ahora se veía alguna que otra araucaria de largas hojas. La cumbre de aquella elevación era aparentemente la altura máxima de la isla, de modo que resolví escalarla: lo conseguí tras media hora de difícil caminar entre helechos y matorrales antiquísimos.

Desde la cima y apartando un poco las ramas de los árboles que todo lo cubrían,

pude contemplar un panorama tan increíble como inesperado. ¡Ante mí tenía la otra ribera de la isla y a todo lo largo de un puerto cerrado pude ver los techos de piedra y las torres de una ciudad! Aun a la distancia a que me hallaba, resultaba claro que la arquitectura era absolutamente distinta a todo cuanto yo conociera. Pero desde allí no podía distinguir si aquello era un conjunto de ruinas abandonadas o un caserío habitado por seres vivos. Divisé luego que en el puerto se hallaban anclados unos cuantos navíos de forma tan extraña como todo lo anterior. Sus grandes velas anaranjadas brillaban al sol.

Me sentía presa de gran excitación pues como mucho (en caso de descubrir que la isla estaba habitada) pensaba hallar unas chozas de salvajes. ¡En cambio allá abajo, un conjunto de edificios mostraban a las claras un alto índice de civilización! Cómo eran y quién los había construido, representaban preguntas sin respuesta. Por lo mismo me puse a descender con dirección al puerto. Mi humana ansiedad se teñía de sorpresa y estupefacción. Parecía haber seres humanos en la isla. Tal idea hizo que el horror que al principio se aliara a mi asombro cediera de momento.

Al aproximarme a las casas aprecié lo extrañas que eran. No era sólo la apariencia exterior, aunque no me sentía capacitado para vincular su estilo a ninguno conocido; era la impresión general lo que más extrañeza provocaba. Estaban construidas con una piedra de cuyo color exacto no guardo memoria. No era marrón, ni rojo ni gris, sino una sutil mezcla de todos esos colores. Recuerdo muy bien, en cambio, que las casas eran bajas y cuadradas y que cada una contaba con una torre, también cuadrada. Un clima de remotísima antigüedad emanaba de todo aquello, tan tangible como un olor. Creí comprender de inmediato que eran tan antiguas como las groseras y elementales plantas. Como éstas, parecían pertenecer a un mundo olvidado hacía ya muchísimos años.

Luego vi a las gentes. No necesité acudir a mis conocimientos étnicos. Me bastaba la razón para sentirme completamente azorado. Entre los edificios podía ver a grupos de seres que sin excepción parecían hallarse atareadísimos. No pude comprender al principio lo que estaban haciendo. Sólo que no descansaban ni por un momento. Algunos examinaban cuidadosamente el cielo y luego se ponían a observar con no menor intensidad unos papeles o papiros que llevaban enrollados. Otros se agrupaban sobre una plataforma de piedra, cerca de un inmenso aparato de forma circular.

Vestían largas túnicas de color. Algunas eran amarillentas como el ámbar; otras azules o rosadas, aunque las palabras no describen adecuadamente el matiz. El corte no se parecía al de ningún ropaje usado en la historia.

Seguí acercándome a ellos y pude notar que el tipo humano era mongoloide. Los rostros eran chatos y aplanados; los ojos, oblicuos. Sin embargo no era posible atribuirles un parentesco definido con ningún tipo racial que haya existido en la

Tierra durante millones de años, como tampoco el lenguaje, líquido, con muchas vocales, que hablaban en voz baja, tenía que ver con ningún otro de que se tuviera conocimiento.

Ninguno de ellos pareció percatarse de mi presencia. Cuando me dirigí a un grupo de tres que hablaban animadamente mientras consultaban un rollo que habían extendido previamente ante ellos, no me contestaron, limitándose a inclinarse aún más sobre el papel. Ni siquiera cuando extendí la mano para tocar a uno en la manga, nadie se dignó dirigirme la mirada. Muy sorprendido miré atentamente sus caras para notar la expresión de extrema concentración y casi maniática intensidad que en ellas aparecía. Se hubiese dicho hombres de ciencia dementes, absortos en el estudio de algún problema insoluble. Los ojos de los tres estaban fijos en el rollo desplegado y parecían despedir fuego mientras de sus labios escapaban murmullos que sin duda querían ser muestra de febril inquietud. Dirigí mis ojos al problema que tan preocupados les tenía para advertir que se trataba de un mapa que, a juzgar por lo descolorido del papel y lo desvaído de su tinta, parecía pertenecer a épocas pretéritas. Los continentes, mares e islas que allí aparecían no eran los propios del mundo conocido y las inscripciones estaban en un idioma heteróclito, cuyos signos parecían pertenecer a un alfabeto perdido. Un gran continente parecía dominar todo el resto. Una pequeña isla situada cerca de su ribera meridional apenas se veía; sin embargo, continuamente señalaban los tres seres con sus índices aquella isla, complementando a menudo el gesto con una mirada hacia el vacío horizonte, como si trataran de recuperar una desvanecida frontera. Tuve la impresión de que aquellos seres se hallaban allí tan perdidos como yo mismo; que también ellos se encontraban irremisiblemente desorientados ante una situación que carecía de posibilidades de ser comprendida.

Seguí hasta llegar a la plataforma de piedra, la cual se levantaba en medio de un espacio abierto entre las casas periféricas. Estaba a unos diez pies de altura y para llegar allí era preciso subir un breve tramo de escaleras. Así lo hice y me acerqué a un grupo que se apiñaba en torno al extraño aparato circular. Pero todos adoptaron la misma actitud de los anteriores, demostrando hallarse igualmente absortos en la dilucidación de algún problema apasionante y vital. Algunos hacían girar una gran esfera del aparato mientras otros consultaban variados mapas geográficos y celestiales. Gracias a mis conocimientos marítimos comprendí que ciertos individuos medían la altura del sol sirviéndose de un astrolabio o artefacto parecido. Todos tenían la misma expresión perpleja de hombres de ciencia enfrascados en el estudio.

Viendo que todos mis esfuerzos por atraer la atención de ellos eran inútiles, descendí las escaleras y me puse a vagar por las calles que llevaban al puerto. Lo extraño e inexplicable de todo cuanto veía superaba ampliamente toda mi capacidad de comprensión. Más y más advertí que me estaba alienando de toda experiencia o

conjetura racional para penetrar en una especie de limbo que nada tenía de terrenal y que estaba presidido por la confusión y la falta de racionalidad. Me internaba, al parecer, en un *cul-de-sac*, metido a su vez dentro de una dimensión ultraterrestre. Todos aquellos seres estaban claramente perdidos y perplejos. Bastaba verlos para comprender que tanto como yo, tenían conciencia de que algo muy extraño estaba sucediendo a la geografía y acaso también a la cronología de la isla en que se hallaban.

Pasé el resto del día vagabundeando por allí. En ningún caso me encontré con alguien que me manifestara el menor interés en mi persona. Ni siquiera pude advertir curiosidad en nadie. En consecuencia nadie me pudo brindar apoyo de ninguna clase que calmara la constante y creciente confusión de mi espíritu. Por doquier veía hombres y también mujeres que, a pesar de no tener en general los cabellos blancos y la tez arrugada, me parecían viejísimos y pertenecientes a eras situadas más allá de todo posible cómputo. Todos seguían intensamente preocupados, febrilmente absortos y constantemente inclinados sobre sus rollos de papel que desplegaban con gestos meticulosos. En raros casos escrutaban libros y a menudo todos dirigían la mirada al mar y al cielo, como ávidos por hallar algún error que figurara en los cálculos de todos.

De vez en cuando era posible dar con algún rostro terso que mostraba señales de juventud. En cambio no vi más que un solo niño entre muchas personas maduras. Inútil será decir que el rostro del pequeño no mostraba menos desasosiego que el de los mayores. Si alguno de ellos comía, bebía o desplegaba cualquier menester de los normales en la vida, es algo que no podría asegurar: nunca vi a nadie entregado a nada de ello. Me parecía como si esta gente hubiese vivido de este modo, obsesionada con el mismo problema, a lo largo de un período de tiempo que hubiese sido prácticamente eterno en cualquier mundo que no fuese el de ellos.

Llegué a un edificio cuyas puertas estaban entreabiertas. El interior parecía hallarse sumido en completa penumbra. Al observarlo de más cerca creí comprender que se trataba de un templo, porque más allá de la estancia desierta y el aire cargado de humo rancio y de nubecillas de incienso, refulgían los ojos rasgados de una siniestra y monstruosa imagen que parecía mirarme. Era una escultura hecha de piedra o madera. Tenía largos brazos de gorila y sus rasgos parecían pertenecer a una maligna raza subhumana. Por lo poco que pude distinguir entre las tinieblas, no parecía muy agradable de contemplar.

Dejando el templo, continué con mi paseo por la extraña ciudad. Así llegué al borde del mar, donde los navíos de velas anaranjadas estaban amurados al dique de piedra. Eran cinco o seis y parecían pequeñas galeras con una hilera de remos a cada costado y mascarones de metal que representaban sin duda dioses antiguos. Estaban increíblemente gastados por el oleaje de infinitos años. Sus velas eran, más que tales,

grandes colgajos inertes. Como todo en la isla, los barcos llevaban la innegable marca de una inmemorial antigüedad. Hasta podía creerse que aquellas proas habían surcado en su día mares míticos para anclar en los muelles de Lemuria.

Volví a la ciudad, tratando nuevamente de entrar en relación con alguno de sus habitantes. Pero, como antes, todo fue en vano. Entretanto, el sol declinaba en el horizonte y no tardó en desaparecer. Las estrellas pronto lo suplantaron, poniéndose a brillar en un cielo que parecía de terciopelo púrpura. Eran grandes, muy brillantes y no menos numerosas. Las estudié con todo el saber que puede poseer un viejo marino, sin llegar a distinguir aquellas constelaciones, aunque de vez en cuando pensara discernir en algún grupo de astros la distorsión o prolongamiento de grupos conocidos. Todo volvía a ser raro y carente por completo de explicación racional. Mi cerebro parecía hallarse cada vez más desordenado y confuso cuando se trataba de orientarme. Esta sensación se tornaba casi dolorosa cuando consideraba que los demás se encontraban en parecido problema.

No sé decir por cuánto tiempo estuve en aquella isla. El tiempo no tenía en ella un sentido preciso o, de ser así, yo no estaba en condiciones de apreciarlo. Todo era tan imposible e irreal... tan alucinatorio, absurdo e intrigante, que a menudo pensaba haber recaído en el delirio y que sin duda me encontraba aún tendido en el fondo de la barca. Después de todo, aquélla era la explicación más lógica; y no dudo que quienes lean mi historia se nieguen a admitir otra. Me afiliaría a esta tesis, de no ser por algunos pormenores estrictamente materiales, no divagatorios...

El modo en que se desarrolló mi vida en la isla no está del todo claro en mis recuerdos. Sé que dormí al aire libre en las afueras de la ciudad y también que comí y bebí mientras aquella gente seguía con sus desesperados cálculos. En algunas ocasiones penetré en sus casas y me preparé la comida; y un par de veces, si me acuerdo bien, dormí en cama sin que nadie me reprochara nada ni me obligara a marchar. Nada en el universo me parecía ser capaz de arrancarles a su obsesión ni de hacer que reparasen en mí, de modo que terminé por no intentar nada más en tal sentido. A medida que el tiempo transcurría se me antojaba que yo mismo me iba haciendo más irreal y tan incierto y desprovisto de sustancia como el trato que estaba recibiendo parecía indicar.

No obstante, aun sumido en el asombro, me puse a pensar si no sería posible abandonar la isla. Tenía mi embarcación amarrada en el otro extremo de la isla, pero carecía de remos. Seguí pensando en la eventualidad y, ya dispuesto a poner en práctica el proyecto, comencé con los preparativos.

A plena luz del día y ante los propios ojos de aquella gente, cogí dos remos de una de las naves que se levantaban en el muelle y me dirigí hacia la laguna cruzando el acantilado, en busca del lugar donde había escondido el bote. Eran remos muy pesados: la parte más ancha se abría en abanico y la de la empuñadura estaba

recubierta de metal con unas inscripciones. De una de las casas había tomado dos jarras de barro cocido y decoradas con motivos bárbaros. Mi plan era llenarlas con agua del arroyuelo donde, poco después de arribar, había saciado mi sed. De ese modo me pondría a salvo de la sed mientras durara mi viaje. También había hecho provisión de alimentos.

Me costó tomar la decisión de abandonar la extraña ciudad. El enigma que lo rodeaba todo había hecho impresión en mi mente, paralizando en cierto modo los resortes del pensamiento. Por lo demás pensaba razonablemente que aquellos seres debieron intentar innumerables veces escapar en sus galeras. Que habían fracasado resultaba claro. Esas reflexiones fueron postergando mi marcha. Parecía un hombre que sufre una ridícula y absurda pesadilla.

Hasta que una noche, cuando las distorsionadas estrellas no estaban a la vista, comprendí que se preparaban acontecimientos desusados. Las gentes ya no conversaban animadamente en grupos ni miraban rollos o libros, sino que se dirigían apresuradamente al templo. Las seguí y me quedé atisbando en la puerta.

El lugar estaba alumbrado con antorchas, que arrojaban demoníacas sombras sobre los seres y sobre el ídolo ante el cual todos se postraban. Se olía el perfume del incienso y se escuchaba el canto de los asistentes. El sonido del lenguaje que empleaban, atiborrado de vocales y ya familiar para mí, pobló la atmósfera del recinto. Todos parecían invocar a la aterradora imagen con brazos de gorila y rostro medio humano, medio animal. ¿Qué pedían? No me resultaba difícil adivinarlo. Las voces fueron bajando de tono hasta confundirse en un murmullo doliente. El humo de los incensarios fue disminuyendo y el único niño que yo había visto en la comunidad fue empujado hacia un espacio vacío, situado entre el ídolo y sus fieles.

Yo pensaba, naturalmente, que la imagen fuera de madera o de piedra; pero ahora, asaltado por el terror y el asombro, me dije que estaba equivocado, pues los oblicuos ojos se abrieron, despidiendo un rápido fulgor al posarse sobre el pequeño y los brazos, rematados por garras filosas como cuchillos, se levantaron y extendieron hacia adelante. Unos colmillos enormes en forma de arco surgieron de la sonriente boca del monstruo y su cabeza se inclinó. El niño estaba inmóvil, como un pájaro hipnotizado por la serpiente que se dispone a devorarlo. El silencio era sepulcral. Nadie en aquella multitud parecía esbozar siquiera un gesto.

No recuerdo ahora qué sucedió realmente. Cada vez que intento rememorar la escena, una nube de horror y de sombra se apodera de mi cerebro. Debí abandonar templo y huir a través de la isla en medio de la noche. Pero no sé bien si lo hice. Lo que sí puedo recordar es que poco después estaba remando, sentado en mi bote, que se dirigía al mar abierto dejando la laguna. Una vez en el océano traté de localizar mi posición en el distorsionado firmamento, con sus constelaciones disparatadas.

Pasaron muchos días y noches durante los cuales me sucedió a menudo no hacer

ningún progreso porque la mar estaba completamente en calma. A menudo esto sucedía bajo el cielo resplandeciente. Otras veces, bajo las estrellas dispuestas absurdamente en las alturas. Días y noches terminaron por ser una eternidad torturante por su monotonía. Mis provisiones se acabaron y también el agua que llevaba en las dos jarras. Hambre, sed y una fiebre que me hacía delirar, sumiéndome en abismos de alucinación, fueron todo lo que conocí.

Una noche cobré lucidez durante un rato. Sin moverme, dirigí al cielo los ojos para encontrarme con que las estrellas estaban en su lugar. Di gracias a Dios al distinguir la Cruz del Sur antes de recaer en el delirio.

Cuando recobré los sentidos estaba tendido en la litera de un camarote y el médico de a bordo se inclinaba sobre mí. Todos fueron muy bondadosos conmigo; pero, al contarles lo que me había sucedido, sonreían piadosamente. Después de algunos intentos comprendí que sería mejor callar. Sentían gran curiosidad por averiguar el origen de mis dos remos con mangos metálicos cubiertos de inscripciones y también por saber de dónde había yo sacado aquellas dos jarras pintadas que encontraran a mi lado en el bote. No obstante, al explicarles la aventura ligada a esos objetos, nadie quiso creerme. Con toda franqueza, algunos llegaron a decirme que mi historia era inverosímil. Ni aquella isla ni aquel pueblo podían existir según ellos. La razón era muy simple: faltaban en todos los mapas acreditados y no había etnólogo ni antropólogo que hablaran de pueblos como el que yo describía.

A menudo yo mismo llego a poner en entredicho la verdad de mi relato, puesto que abundan en él las circunstancias que no puedo probar. ¿Habrá sido aquella una zona del océano Pacífico que se extendería más allá del espacio y el tiempo? ¿Un limbo oceánico dentro del cual, por obra de algún desconocido cataclismo, surgió aquella isla, proveniente de eras remotas, para volver a hundirse como Lemuria bajo el embate de una ola gigantesca? Pero de ser así, ¿en virtud de qué abrogación de la ley dimensional pude yo llegar a la isla, vivir en ella y marcharme? Son fenómenos que se encuentran más allá de toda especulación. Pero me sucede a menudo que al soñar se presentan ante mí aquellas estrellas desconocidas y situadas en posiciones imposibles. Entonces vuelvo a compartir la confusión y el miedo de un pueblo perdido que escruta eternamente sus cartas y mapas inútiles, mientras trata de medir la altura de un sol que se ha desviado en su carrera.

Notas

[1] Venus y Venecia tienen en inglés una pronunciación parecida. (*N. del T.*) <<

[2] Juego de palabras entre la frase francesa y *fate* («destino») accompli. (*N. del T.*) <<

[3] Ciudad que pertenece a una mitología particular inventada por H. P. Lovecraft y sus amigos. (*N. del T.*) <<